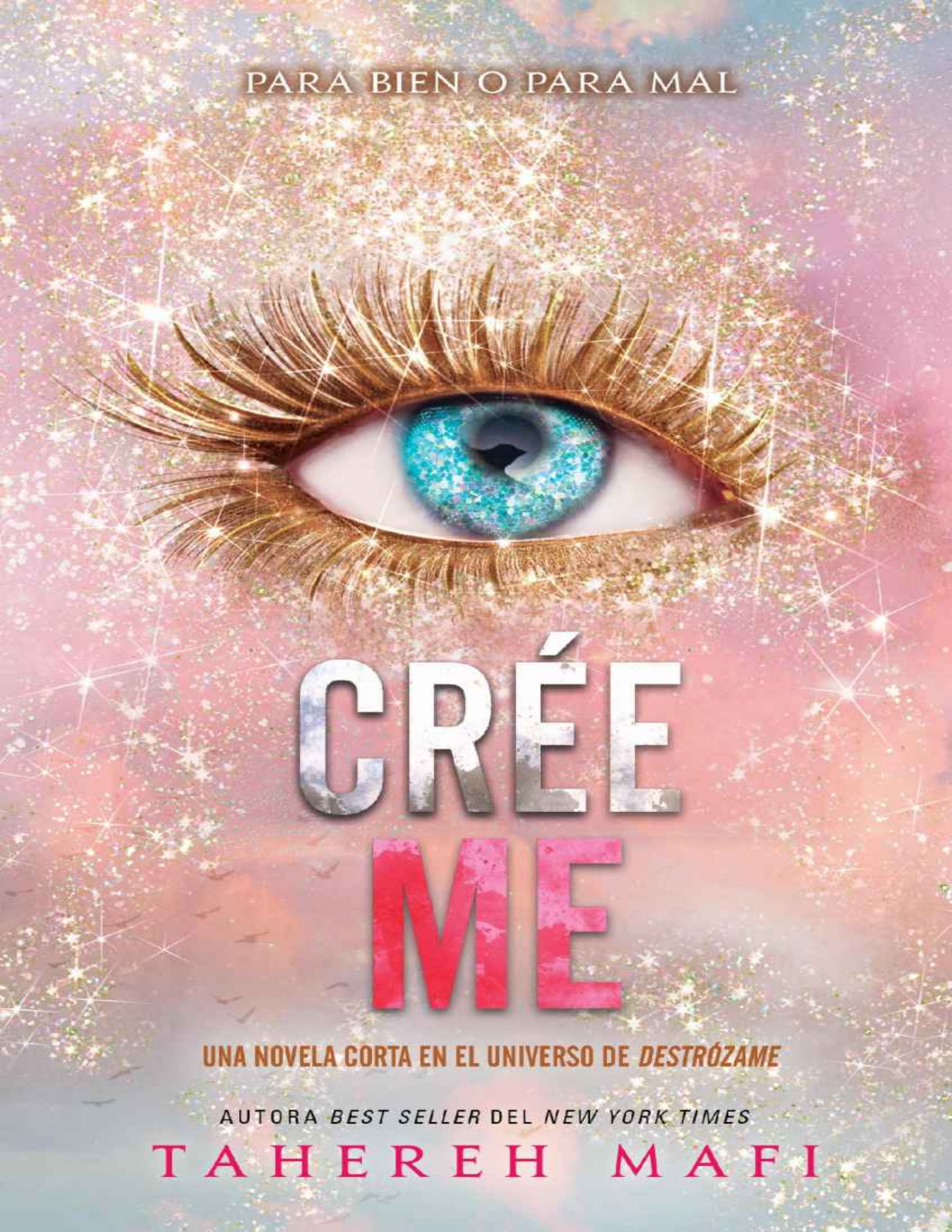
PARA BIEN O PARA MAL



CRÉEME

UNA NOVELA CORTA EN EL UNIVERSO DE *DESTRÓZAME*

AUTORA *BEST SELLER* DEL *NEW YORK TIMES*

TAHEREH MAFI

CRÉE
ME

PARA BIEN O PARA MAL

CRÉE ME

TAHEREH MAFI

Traducción de Xavier Beltrán



Argentina – Chile – Colombia – España
Estados Unidos – México – Perú – Uruguay

Título original: *Believe Me*
Editor original: HarperCollins Children's Books,
una división de HarperCollins*Publishers*
Traducción: Xavier Beltrán

1.ª edición: abril 2025

Todo el contenido del presente libro, incluidas las imágenes e ilustraciones de cubierta, es original y se encuentra sujeto y protegido por las actuales normativas de Propiedad Intelectual españolas y europeas. Su uso y/o reproducción, ya sea total o parcial, para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial, así como cualquier tipo de minería de datos, queda terminantemente prohibido. El editor en tanto que titular de los derechos de la obra ejecutará las acciones que considere necesarias ante cualquier uso no autorizado.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 2021 *by* Tahereh Mafi
All Rights Reserved
© de la traducción 2025 *by* Xavier Beltrán
© 2025 *by* Urano World Spain, S.A.U.
Plaza de los Reyes Magos 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid
www.mundopuck.com

ISBN: 978-84-10495-81-4

Fotocomposición: Urano World Spain, S.A.U.

UNO

La pared es de un blanco inusual.

Más blanca de lo habitual. Por lo general, la gente cree que las paredes blancas son blancas de verdad, aunque la verdad es que solo parecen blancas, pero en realidad no lo son. La mayoría de los tonos de blanco están mezclados con un poco de amarillo, que ayuda a suavizar los cantos afilados del blanco puro, convirtiéndolo más bien en un tono crudo o marfil. Varios tonos crema. Clara de huevo, incluso. El blanco de verdad es prácticamente intolerable como color, tan blanco que casi es azul.

Esta pared, en particular, no es tan blanca como para que resulte ofensiva, pero es de un tono lo bastante limpio como para que me pique la curiosidad, algo que se acerca a un milagro, porque llevo contemplándola durante gran parte de la última hora. Treinta y siete minutos, para ser exactos.

Las costumbres me tienen como rehén, igual que la formalidad.

—Cinco minutos más —dice ella—. Te lo prometo.

Oigo el frufrú de la tela. Cremalleras. El crujido de…

—¿Eso es tul?

—¡Se supone que no debes estar escuchando!

—¿Sabes una cosa, cariño? Ahora se me ocurre que he experimentado situaciones como rehén que han sido bastante menos tortura que esto.

—Está bien, está bien, ya me lo he quitado. Guardado. Solo necesito un momento para ponerme la ro…

—Eso no hace falta —digo dándome la vuelta—. Está claro que esta parte me está permitido verla.

Me reclino sobre la pared de blanco inusual, estudiándola mientras me mira con el ceño fruncido y los labios separados formando una palabra que parece haber olvidado.

—Por favor, continúa —la animo, con un gesto de la cabeza— lo que sea que estuvieras haciendo.

Mantiene la frente arrugada unos segundos más de puro teatro y entrecierra los ojos en un gesto de frustración que es mentira pura y dura. Agrava esta farsa llevándose una prenda al pecho, fingiendo pudor.

No me importa lo más mínimo.

Me embebo de ella, de sus curvas suaves, de su piel lisa. Su pelo es precioso con cualquier corte, aunque últimamente lo lleva algo más largo. Largo y espeso, sedoso contra su piel, y cuando tengo suerte… contra la mía.

Deja caer lentamente la blusa.

De repente, me yergo.

—Se supone que tengo que ponerme esto debajo del vestido —me dice, su ira fingida ya olvidada. Juguetea con las ballenas de un corsé de color crema y resigue con los dedos inconscientemente el liguero y las medias de rejilla. No puede mirarme a los ojos. De repente, la vergüenza la embarga, y esta vez es real.

¿Te gusta?

Una pregunta sin formular.

Cuando me ha invitado a pasar al probador, he supuesto que era por algún motivo más allá de quedarme observando las variaciones del color de una pared de un blanco inusual. He pensado que quería que viera algo.

Que la viera a ella.

Me doy cuenta ahora que estaba en lo cierto.

—Eres preciosa —le digo, incapaz de despojar el asombro de mi voz. Oigo la maravilla pueril de mi tono, que me avergüenza más de lo que debería. Sé que no tendría por qué sentir ningún tipo de vergüenza por mis sentimientos profundos ni por emocionarme.

Aun así, me siento extraño.

Joven.

—Siento que te acabo de estropear la sorpresa. Se supone que no tienes que ver nada de nada hasta la noche de bodas —murmura.

El corazón se me detiene unos segundos.

La noche de bodas.

Acorta la distancia que nos separa y me rodea con los brazos, liberándome así de la parálisis momentánea. Mi corazón late más rápido con ella aquí, tan cerca. Y aunque no sé cómo ha sabido que necesitaba de repente el consuelo de sus caricias, le estoy agradecido. Exhalo, tirando de ella suavemente hacia mí, y nuestros cuerpos se relajan al recordarse.

Hundo la cara en su pelo, inhalo el aroma dulce de su champú, de su piel. Solo han pasado dos semanas. Dos semanas desde el fin del antiguo mundo. Desde el principio de uno nuevo.

Todavía me parece que ella sea un sueño.

—¿De verdad está pasando esto? —susurro.

Alguien llama a la puerta de golpe y yergo la espalda.

Ella frunce el ceño.

—¿Sí?

—Siento mucho importunarla ahora, señorita, pero hay un caballero que desea hablar con el señor Warner.

Ambos intercambiamos una mirada.

—De acuerdo —responde a toda prisa—. No te enfades.

Entrecierro los ojos.

—¿Por qué debería enfadarme?

Se echa atrás para mirarme mejor a los ojos. Los suyos son brillantes, preciosos. Llenos de preocupación.

—Es Kenji.

Me obligo a tragarme un nudo de rabia tan violenta que creo que me va a dar un ataque. Me deja mareado.

—¿Qué hace aquí? —consigo preguntar—. ¿Cómo demonios sabe dónde estamos?

Ella se muerde el labio.

—Nos llevamos a Amir y a Olivier.

—Ya veo. —Nos asignamos guardias extra, y eso significa que nuestra posición se publicó en el boletín de seguridad público. Por supuesto.

Ella asiente.

—Me vino a buscar antes de que nos marcháramos. Estaba preocupado… Quería saber por qué nos íbamos a dirigir de nuevo

hacia las antiguas tierras reguladas.

Intento decir algo para dejar constancia de la inhabilidad de Kenji de hacer una simple deducción a pesar de tener un montón de pistas justo delante de sus narices…, pero Ella sostiene un dedo en alto.

—Le dije que estábamos buscando ropa de recambio y le recordé que, por ahora, los centros de provisiones siguen siendo los únicos lugares donde comprar comida o ropa o… —hace un gesto con la mano, arruga la frente— cualquier cosa. De todos modos, me dijo que intentaría reunirse con nosotros aquí. Dijo que quería ayudar.

Mis ojos se abren ligeramente. Siento que me acomete otro ataque.

—Dijo que quería ayudar.

Ella asiente.

—Increíble. —Un músculo me palpita en la mandíbula—. Y gracioso también, porque ya nos ha ayudado tanto… Justo anoche nos echó un cable enorme destruyendo mi traje y tu vestido, obligándonos a comprar ahora ropa de una… —miro alrededor, abarcando con un gesto la nada— tienda el mismísimo día en el que se supone que nos vamos a casar.

—Aaron —susurra. Se vuelve a acercar. Me coloca una mano en el pecho—. Se siente fatal por eso.

—¿Y tú? —le pregunto, escrutando su rostro, sus sentimientos—. ¿No te sientes tú fatal por eso? Alia y Winston trabajaron mucho para fabricarte algo precioso, algo diseñado específicamente para ti…

—No me importa. —Se encoge de hombros—. Solo es un vestido.

—Pero era tu vestido de novia —digo, mi voz rasgándose, prácticamente rompiéndose con la palabra.

Suspira y en el sonido oigo cómo se rompe su corazón, más por mí que por ella misma. Entonces se da la vuelta y abre la cremallera de la enorme funda que cuelga de una percha por encima de su cabeza.

—Se supone que no tienes que ver esto —me recuerda, sacando kilómetros de tul de la bolsa—, pero creo que puede significar más para ti que para mí, así que… —se da la vuelta y sonríe— voy a dejar que me ayudes a decidir qué ponerme esta noche.

Casi suelto un gruñido al oír el recordatorio.

Una boda de noche. ¿Quién diantres se casa de noche? Solo los desgraciados. Los desafortunados. Aunque supongo que ahora nos podrían contar en sus filas.

En vez de reorganizarlo todo, lo hemos atrasado varias horas para tener tiempo de comprar algo de ropa. Bueno, yo tengo ropa. La mía no importa demasiado.

Pero su vestido… Kenji destrozó su vestido la noche antes de nuestro enlace. Como un monstruo.

Lo voy a matar.

—No puedes matarlo —me recrimina, tirando todavía de montones de tela de la bolsa.

—Estoy seguro de no haber dicho nada parecido en voz alta.

—No, pero lo estabas pensando, ¿verdad?

—Con todo mi corazón.

—No puedes matarlo —se limita a repetir—. Ni ahora ni nunca. —Suspiro.

Todavía se las está viendo y deseando para desenterrar el vestido.

—Perdóname, cariño, pero si todo esto… —señalo con la cabeza hacia la funda, la explosión de tul— es para un solo vestido, me temo que ya sé qué opinión tengo al respecto.

Deja de tirar. Se gira con los ojos desorbitados.

—¿No te gusta? Ni siquiera lo has visto todavía.

—He visto lo suficiente como para saber que, sea lo que sea, no es un vestido. Es un conjunto caótico de capas de poliéster. —La rodeo y pellizco la tela con los dedos—. ¿En esta tienda no tienen tul de seda? Quizá podamos hablar con la costurera.

—Aquí no hay costurera.

—Es una tienda de ropa —replico. Le doy la vuelta al corpiño, arrugando la nariz al ver las puntadas—. Debe de haber una costurera. Una no muy buena, está claro, pero aun así…

—Los vestidos los hacen en una fábrica —me dice—. Los hace una máquina.

Me tenso.

—Mucha gente no ha crecido con sastres privados a su disposición —afirma esbozando una sonrisa—. El resto de nosotros teníamos que comprar la ropa lista para usar. Ya hecha. Mal entallada.

—Ya —mascullo entre dientes. De pronto, me siento estúpido—. Claro. Perdóname. El vestido es muy bonito. Quizá debería esperar a que te lo pusieras. Te he dado mi opinión demasiado rápido.

No sé por qué, pero mi respuesta solo empeora las cosas.

Se queja y me dedica una única mirada derrotada antes de desplomarse en la pequeña silla del probador.

Y se me cae el alma a los pies.

Se lleva las manos a la cara.

—Es un desastre, ¿verdad?

Vuelven a llamar a la puerta.

—¿Señor? El caballero parece estar muy inquieto por…

—Es evidente que no es un caballero —contesto tajante—. Dile que espere.

Unos instantes de vacilación. Luego, en voz baja:

—Sí, señor.

—Aaron.

No hace falta que levante la vista para saber que no está contenta con mi falta de modales. Los dueños de este centro de provisiones en concreto han cerrado toda la tienda solo para nosotros y han sido sumamente amables. Sé que estoy siendo cruel, pero ahora mismo no puedo evitarlo.

—Aaron.

—Hoy es el día de tu boda —le digo, incapaz de mirarla a los ojos —. Te ha arruinado el día de tu boda. De nuestra boda.

Ella se pone en pie. Noto cómo su frustración se desvanece. Se transforma. Discurre por la tristeza, la felicidad, la esperanza, el miedo y finalmente…

La resignación.

Uno de los peores sentimientos posibles en lo que tendría que ser un día de alegría. La resignación es peor que la frustración. Mucho

peor.

Mi ira se enquista.

—No lo ha arruinado —repone al cabo de un rato—. Todavía podemos hacer que vaya bien.

—Tienes razón —le digo, rodeándola con los brazos—. Claro que tienes razón. No importa. Nada importa.

—Pero es el día de mi boda —insiste—. Y no tengo nada que ponerme.

—Cierto. —La beso en la coronilla—. Lo voy a matar.

Alguien aporrea la puerta de pronto.

Me tenso. Giro sobre los talones.

—¿Chicos? —Más golpes—. Sé que estáis supercabreados conmigo, pero tengo buenas noticias, os lo juro. Voy a solucionarlo. Os lo voy a compensar.

Estoy a punto de responder cuando Ella tira de mi mano, silenciando mi réplica mordaz con un simple movimiento. Me dedica una mirada que significa:

Dale una oportunidad.

Suspiro mientras la rabia se instala en mi cuerpo y mis hombros se hunden bajo su peso. A regañadientes, doy un paso al lado para dejar que Ella lidie con este idiota de la manera que considere oportuno.

Al fin y al cabo, es su boda.

Ella se acerca a la puerta. La señala, apuntando con el dedo hacia la pintura, de un blanco inusual, mientras habla.

—Más te vale que valga la pena, Kenji, o Warner te matará y yo lo

ayudaré a hacerlo.

Y en cuanto la oigo…

Vuelvo a sonreír.

DOS

Nos llevan de vuelta al Santuario de la misma manera que nos llevan a todos lados estos días: en un todoterreno blindado, pero el coche y sus ventanas tintadas solo nos hacen llamar más la atención, algo que me preocupa. Pero como a Castle le gusta remarcar, no tengo ninguna solución para el problema, así que estamos en un callejón sin salida.

Intento ocultar mi reacción mientras cruzamos el área arbolada a las afueras del Santuario, pero no puedo evitar poner mala cara ni que mi cuerpo se cierre en sí mismo, preparándose para una pelea. Tras la caída del Restablecimiento, la mayoría de los grupos rebeldes emergieron de sus escondites para regresar al mundo…

Pero nosotros no.

Justo la semana pasada limpiamos este camino de tierra para el todoterreno, para que ahora se pueda acercar todo lo posible a la entrada oculta, pero no estoy seguro de que haya sido de gran ayuda. Una muchedumbre ya se ha congregado a nuestro alrededor y avanzamos a paso de tortuga. La mayoría tiene buenas intenciones, pero gritan y golpean el coche con el entusiasmo de una multitud beligerante, y cada vez que tenemos que pasar por este circo debo obligarme físicamente a mantener la calma. A quedarme sentado tranquilo e ignorar el impulso de sacar la pistola de la cartuchera bajo mi chaqueta.

Me cuesta.

Sé que Ella puede protegerse a sí misma, lo ha demostrado más de mil veces, pero aun así me preocupo. Se ha hecho popular hasta un nivel que casi me aterroriza. Hasta cierto punto, nos ha pasado a todos. Pero Juliette Ferrars, como es conocida alrededor del mundo, no puede ir a ningún lado ni hacer nada sin atraer a las masas.

Dicen que la quieren.

Aun así, actuamos con cautela. Todavía quedan muchos en el mundo a los que les encantaría insuflar vida a las reminiscencias del Restablecimiento, y asesinar a una heroína querida sería la manera más efectiva de empezar un plan de ese estilo. Aunque tenemos niveles de intimidad sin precedentes en el Santuario, donde las protecciones de vista y sonido de Nouria alrededor del terreno nos garantizan una libertad que no podemos disfrutar en ningún otro sitio, hemos sido capaces de ocultar nuestra ubicación específica. La gente sabe, en general, dónde encontrarnos, y esa pequeña porción de información los ha estado alimentando durante semanas. Los civiles esperan aquí, miles y miles de personas, cada día.

Solo para la oportunidad de vernos unos instantes.

Hemos tenido que instalar barricadas. Hemos tenido que contratar seguridad extra, reclutar a soldados armados de los sectores locales. Esta área no se parece en nada al aspecto que tenía hace un mes. Es un mundo distinto. Y noto que el cuerpo se me agarrota cuando nos acercamos a la entrada. Ya casi estamos.

Levanto la vista, preparado para decir algo…

—No te preocupes. —Kenji me clava la mirada—. Nouria ha

aumentado la seguridad. Debería haber un equipo esperándonos.

—No entiendo por qué todo esto es necesario —dice Ella mirando por la ventanilla—. ¿Por qué no puedo bajar un momento y hablar con ellos?

—Porque la última vez que lo hiciste por poco te pisotean —contesta Kenji, exasperado.

—Fue solo una vez.

Kenji abre mucho los ojos por la indignación; en este punto, él y yo estamos completamente de acuerdo. Me acomodo en el asiento mientras cuenta con los dedos.

—El mismo día que por poco te arrollan, alguien intentó cortarte el pelo. Otro día un puñado de personas intentó besarte. La gente lanza literalmente sus recién nacidos encima de ti. Además, ya he contado hasta seis personas que se han meado encima ante tu presencia, algo que, debo añadir, no solo es triste sino también antihigiénico, sobre todo cuando intentan abrazarte mientras se siguen manchando los pantalones. —Niega con la cabeza—. Las multitudes son demasiado numerosas, princesa. Demasiado fuertes. Demasiado apasionadas. Todo el mundo te grita en la cara, hace lo imposible por tocarte. Y la mitad del tiempo no podemos protegerte.

—Pero…

—Sé que la mayoría tiene buenas intenciones —digo tomándole la mano. Ella se remueve en el asiento y me mira a los ojos—. La mayoría es amable, curiosa. Se siente abrumada por la gratitud y está desesperada por ponerle cara a su libertad. Y lo sé porque siempre analizo las multitudes y escruto su energía por si hay rabia o

violencia. Y aunque es buena gente —suspiro y niego con la cabeza —, tesoro, te has granjeado muchos enemigos. Estas multitudes masivas sin registrar no son seguras. Todavía no. Quizá no lo lleguen a ser nunca.

Respira hondo y suelta el aire poco a poco.

—Sé que tienes razón —dice Ella en voz baja—. Pero en cierto modo me parece mal no ser capaz de hablar con la gente por la que he peleado. Quiero que sepan cómo me siento. Quiero que sepan lo mucho que nos importan… y lo mucho que tenemos planeado reconstruirlo todo y poner las cosas en su sitio.

—Lo harás —le aseguro—. Me encargaré de que tengas la oportunidad de decirles todas esas cosas. Pero solo han pasado dos semanas, cariño. Y ahora mismo no disponemos de la infraestructura necesaria para gestionarlo.

—Pero estamos trabajando en ello, ¿verdad?

—Estamos trabajando en ello —repone Kenji—. Y ahora que lo mencionas, de hecho… No es que esté buscando excusas o lo que sea…, pero si no me hubieses pedido que priorizara el comité de reconstrucción, probablemente no habría dado la orden de demoler unos cuantos edificios inestables, entre los cuales se hallaba el estudio de Winston y Alia, y que conste —levanta las manos— que yo no sabía que era su estudio. Y repito, no es que esté buscando excusas por mi comportamiento reprobable o lo que sea…, pero ¿cómo demonios iba yo a saber que era un estudio de arte? Estaba registrado oficialmente en los libros como inestable, marcado para demolición…

—No sabían que estaba marcado para demolición —interviene Ella con un deje de impaciencia en la voz—. Lo convirtieron en su estudio precisamente porque nadie lo estaba usando.

—Sí —dice Kenji, señalándola—. Vale. Pero ¿ves?, eso yo no lo sabía.

—Winston y Alia son tus amigos —remarco de mala manera—. ¿No es asunto tuyo saber esas cosas?

—Oye, han sido dos semanas muy agitadas desde que el mundo se hizo pedazos, ¿vale? He estado ocupado.

—Todos hemos estado ocupados.

—Vale, ya basta —dice Ella, levantando una mano. Está mirando por la ventanilla con el ceño fruncido—. Alguien se acerca.

Kent.

—¿Qué está haciendo Adam aquí? —pregunta Ella. Se gira para mirar a Kenji—. ¿Sabías que iba a venir?

Si Kenji responde, no lo oigo. Me estoy asomando por la ventanilla tintada para observar la escena que tiene lugar fuera, en la que Adam se abre camino entre la gente para acercarse al coche. Parece desarmado. Grita algo al mar de gente, pero no se acallan al instante. Lo intenta unas cuantas veces más… y se calman. Miles de caras se giran para mirarlo.

Me esfuerzo por comprender sus palabras.

Y entonces, lentamente, se hace a un lado mientras diez hombres y mujeres armados hasta los dientes se acercan a nuestro coche. Sus cuerpos forman una barricada entre el vehículo y la entrada al Santuario, y Kenji es el primero en salir, invisible y marcando el

camino. Proyecta su poder para proteger a Ella, y yo le robo su habilidad para mí mismo. Los tres, con los cuerpos indetectables, nos movemos con cautela hacia la entrada.

Solo cuando estamos al otro lado, a salvo dentro de los confines del Santuario, me relajo al fin.

Un poco.

Miro atrás, como hago siempre, hacia la muchedumbre reunida más allá de la barrera invisible que protege nuestro campo. Algunos días tan solo me quedo aquí de pie y estudio sus caras, buscando algo. Lo que sea. Alguna amenaza desconocida, sin nombre.

—Vaya… Increíble —dice Winston, y su voz inesperada me saca del ensimismamiento.

Me giro para mirarlo y me sorprendo al verlo sudado y sin aliento mientras se acerca a nosotros.

—Cómo me alegro de que hayáis vuelto —añade, resollando—. ¿Alguno de vosotros por casualidad no sabrá arreglar tuberías? En una de las tiendas tenemos algún tipo de problema con las aguas residuales, y está todo manga por hombro.

El regreso a la realidad es rápido.

Nos sacude.

Sin embargo, Ella da un paso adelante y agarra la llave inglesa —Dios mío, ¿está mojada?— de la mano de Winston, y apenas me lo puedo creer. Le rodeo la cintura con un brazo y tiro de ella hacia atrás.

—Por favor, cariño. Hoy no. Otro día, quizá. Pero hoy no.

—¿Qué? —Mira hacia atrás—. ¿Por qué no? Se me da muy bien

usar la llave inglesa. Ah, por cierto —dice, girándose hacia los demás —, ¿sabíais que Ian lleva en secreto lo bien que se le da la carpintería?

Winston se ríe.

—Ha sido un secreto solo para ti, princesa —dice Kenji.

Ella arruga la frente.

—Bueno, es que el otro día estábamos arreglando uno de los edificios en mejor estado, y me enseñó a usar todo lo que tenía en la caja de herramientas. Lo ayudé a reparar el tejado —dice, sonriendo de oreja a oreja.

—Una justificación un poco extraña para pasarte las horas antes de tu boda sacando caca de un váter. —Kent se acerca a nosotros paseando. Está riendo.

Mi hermano.

Qué raro es todo.

Es la versión más feliz y sana que haya visto jamás de él. Tardó una semana en recuperarse cuando lo trajimos aquí, pero cuando recobró el conocimiento y le contamos lo que había ocurrido —y le aseguramos que James estaba a salvo—, se desmayó.

Y no se despertó hasta al cabo de dos días.

Desde entonces, se ha convertido en una persona distinta del todo. Prácticamente exuda alegría. Está feliz por todo el mundo. Hay una oscuridad que todavía se aferra a todos nosotros… y es probable que nos acompañe el resto de nuestras vidas.

Pero Adam parece totalmente cambiado.

—Solo quería comentaros las novedades. Nouria quiere que salga

y lleve a cabo una desactivación general antes de que nadie entre o salga del recinto. Solo como precaución. —Mira a Ella—. Juliette, ¿te parece bien?

Juliette.

Muchas cosas cambiaron cuando volvimos a casa, y esta fue una de ellas. Recuperó su nombre. Lo reclamó. Dijo que eliminando a Juliette de su vida temía que le estuviera dando al fantasma de mi padre demasiado poder sobre ella. Se dio cuenta de que no quería olvidar sus años como Juliette ni subestimar a la joven que era, peleando contra viento y marea para sobrevivir. Juliette Ferrars es quien era cuando se hizo famosa en el mundo, y quiere que siga siendo así.

Ahora soy el único al que se le permite llamarla Ella.

Es solo para nosotros. Un vínculo a nuestra historia compartida, un guiño a nuestro pasado, al amor que siempre he sentido por ella, fuese cual fuese su nombre.

La observo mientras se ríe con sus amigos, mientras saca un martillo del cinturón de herramientas de Winston y hace ver que golpea a Kenji con él, seguramente con motivo. Lily y Nazeera aparecen de la nada. Lily lleva en brazos un bultito que es un perro que Ian y ella salvaron de un edificio abandonado cercano. Ella suelta el martillo con un grito y Adam da un salto atrás, alarmado. Toma la criatura sucia y mugrienta en los brazos y la llena de besos, aunque el bicho le ladre con una ferocidad salvaje. Acto seguido, se gira para mirarme, al tiempo que el animal sigue soltando ladriditos en su oído, y me doy cuenta de que tiene los ojos anegados en

lágrimas. Está llorando por un chucho.

Juliette Ferrars, una de las heroínas más temidas y alabadas de nuestro mundo, está llorando por un perro. Quizá nadie más lo entendería, pero sé que es la primera vez que tiene uno en brazos. Sin vacilación, sin miedo, sin el peligro de que le pueda causar daño a una criatura inocente. Para ella, es felicidad pura.

Para el mundo, ella es extraordinaria.

¿Para mí?

Para mí, Ella es el mundo.

Así que cuando me coloca a la criatura en los brazos, la sostengo con reticencias, sin quejarme cuando la bestia me lame la cara con la misma lengua que sin duda alguna habrá usado para limpiarse el trasero. Me quedo quieto, estoico, incluso cuando sus babas calientes me bajan por el cuello. Me quedo quieto cuando sus patas mugrientas se hunden en mi abrigo y me araña la lana con las uñas. Estoy tan quieto, de hecho, que al final la criatura se tranquiliza, y sus patas inquietas se acomodan contra mi pecho. Gimotea mientras me mira, gimotea hasta que al fin levanto una mano y le acaricio la cabeza.

Cuando oigo la risa de Ella, soy feliz.

TRES

—¿Warner?

—¿Señor Warner?

Oír que me llaman por mi nombre en estéreo por poco me sobresalta; absorbo la sorpresa con una calma entrenada, soltando con cuidado el perro en el suelo. Empiezo a girar en dirección a las voces conocidas, pero el animal liberado decide no aprovechar su libertad y opta por levantar una pata y apoyar la pezuña en mis pantalones mientras gimotea otra vez, con el morro hacia arriba implorándome que haga algo.

¿Que lo alimente? ¿Que lo acaricie?

Entonces ladra y le dedico una única mirada afilada, tras la cual se calma, agacha los ojos y su cuerpo sarnoso se desploma sobre el suelo para recostar la cabeza sobre las patas delanteras. El perro se acomoda tan cerca de mí que su pequeño hocico negro me golpea la bota. Suspiro.

—¿Señor Warner? —repite Castle.

Su hija Nouria y él me están mirando. Ella rompe el contacto visual solo para lanzarle a su padre una mirada de frustración prácticamente imperceptible.

Paso la vista de uno a otro. Está claro que todavía no han acabado de decidir los detalles del papel que tiene cada uno aquí.

—¿Sí? —pregunto, y una sensación de inquietud me brota en el

pecho.

Castle y Nouria han venido para mantener una conversación privada conmigo, lo noto al instante. Que mi mente se llene de rabia como respuesta es irracional —lo comprendo incluso mientras ocurre —, ya que no pueden saber el miedo que experimento cuando me separo de Ella. Siento una urgencia repentina por mirarla a los ojos, por alargar la mano en busca de la suya, un síntoma del nuevo pánico que últimamente me ha nacido en el cuerpo. Esta reacción empezó poco después de que regresáramos al Santuario, cuando con una banda sonora de gritos aterrorizados sacaron el cuerpo inerte de Ella del avión y lo metieron en la tienda médica, donde estuvo durmiendo durante diez de los catorce días que llevamos aquí desde que regresamos. Ha sido difícil, por resumirlo en una palabra. Y ahora, siempre que la pierdo de vista, mi cerebro intenta convencerme de que está muerta.

—¿Podemos robarte un poco de tu tiempo? Ha ocurrido una urgencia y… —dice Castle.

Nouria corta la frase tocando amablemente el brazo de su padre. Emite una risa forzada.

—Solo necesitaré unos pocos minutos —añade. Desvía la mirada fugazmente a alguien (a Ella, supongo) antes de volver a dirigirla hacia mí—. Te prometo que no tardaremos mucho.

Quiero decirle que no.

—Por supuesto —contesto, y al final me obligo a observar a Ella, cuya mirada perdida he estado evitando. Le sonrío y mi cerebro intenta anteponerse a sus propios instintos, hacer los cálculos

necesarios para demostrar que mis miedos no son más que una amenaza imaginaria. Cada día que Ella permanece con vida y está bien es una victoria, una serie de números concretos que puedo añadir a una columna y que me facilitan hacer las operaciones matemáticas; ahora soy capaz de procesar el pánico un poco más rápido que durante las primeras noches. Aun así, a pesar de los esfuerzos por ocultárselo, he sentido que Ella me miraba. Y que se preocupaba.

Ni siquiera mi sonrisa actual la ha convencido.

Me escruta los ojos mientras le pone un puñado de herramientas nuevas —¿destornilladores?— a Kenji en los brazos. Se acerca a mí, me toma la mano sin demora, y tengo que aguantar que nuestro público ponga los ojos en blanco. Es un milagro que el amor de Ella sea más cegador, y me siento tan agradecido por el consuelo que me proporciona su tacto que me perfora el pecho.

—¿Qué ocurre? —le pregunta a Nouria—. Quizá yo puedo ayudar.

Capto un deje de preocupación en Nouria, y ocurre algo sorprendente: no le demudan los rasgos. Sonríe y dice:

—Creo que ya tienes el día bastante atareado. Warner y yo solo tenemos que hablar de algunas cosas. En privado.

Pronuncia la última parte en tono burlón, insinuando que lo que tenemos que tratar puede que tenga algo que ver con la boda. Miro a Nouria con intensidad, pero ahora me evita los ojos.

Ella me aprieta la mano y me giro para contemplarla.

¿*Estás bien*?, parece estar diciéndome.

Lo ha hecho a menudo últimamente, hablándome a través de sus

pensamientos, de sus emociones.

Durante un instante, lo único que puedo hacer es quedarme mirándola. Un motín de sentimientos parece haberse detonado en mi interior —miedo, alegría, amor y terror—, y no consigo distinguirlos entre sí. Inclino la cabeza y le doy un ligero beso en la mejilla. Su piel es tan suave que me siento tentado a quedarme en ella, aunque la aversión emocional de nuestro público no hace más que aumentar.

De un tiempo a esta parte, me ha dado miedo tocarla.

Es más, desde que huimos de Oceanía no he hecho mucho más que abrazarla. Por poco muere en el viaje de vuelta en avión. Ya estaba débil cuando encontró a Emmaline, después de haber empleado la mayor parte de su energía en destrozar el programa malévolo que le anulaba la mente; peor aún, se había arrancado el aparato del brazo, dejando una herida abierta de aspecto repugnante. Todavía estaba sangrando por las orejas, la nariz, los ojos y los dientes cuando se abrió paso por la luz de Max, despellejándose los dedos en el proceso. Estaba tan exhausta en ese momento que ni siquiera los refuerzos de Evie pudieron evitar que le fallara el cuerpo. Aterrizó mal y se rompió el fémur al caer de la cámara de contención de Max, y luego usó la poca fuerza que le quedaba para matar primero a su propia hermana y luego prenderle fuego a la capital de Oceanía.

Cuando bajaron los niveles de adrenalina y vi por primera vez la punta del hueso roto que se asomaba por la pernera de sus pantalones…

No vale la pena ni describir el recuerdo.

Las siguientes horas fueron un suplicio; no teníamos ningún sanador en el vuelo de vuelta, nos faltaban calmantes y solo podíamos contar con un kit básico de primeros auxilios. Ella había perdido tanta sangre —y estaba experimentando un dolor lacerante — que no tardó en perder el conocimiento. No me cabía duda de que moriría antes de que tomáramos tierra. Que sobreviviera a ese terrible vuelo era un milagro.

Cuando finalmente llegamos a la base, Sonya y Sara hicieron todo lo posible por ayudarla, pero no prometieron nada. Aunque las heridas físicas de Ella se iban curando, seguía inconsciente. Era incapaz de abrir los ojos.

Durante días no las tuve todas conmigo de que fuera a sobrevivir.

—Aaron…

—Son secretos —susurro, obligándome a apartarme—. Nada de lo que preocuparse.

Me escruta los ojos. Percibo su silenciosa guerra interna, la felicidad y la duda peleando por ganar la batalla.

—¿Secretos buenos? —me pregunta con esperanza.

El corazón se me encoge al oír la suavidad de su voz y al ver la sonrisa que le ilumina hasta los ojos. Jamás deja de maravillarme la habilidad que tiene de compartimentar sus emociones, incluso después de haber experimentado tantísima brutalidad.

Ella muestra fuerza en aquellos aspectos en los que yo he sido siempre débil.

Perdí la confianza en la gente, en el mundo, hace ya mucho

tiempo. Pero, por más baños de sangre y oscuridad que presencie, Ella jamás parece perder la fe en la humanidad. Se esfuerza siempre por construir un futuro mejor. Siempre es amable y generosa con las personas a las que quiere.

Todavía me resulta extraño que yo sea una de esas personas.

Oigo el zumbido de la impaciencia creciente de Castle y Nouria, y mi resentimiento no hace más que aumentar; esbozo una sonrisa para Ella y me alejo, dejando su pregunta sin respuesta. No sé qué quiere Nouria de mí, pero mucho me temo que son noticias desalentadoras. Sin duda alguna, la vida de Ella vuelve a estar en peligro de alguna manera que no habíamos anticipado.

Solo pensarlo hace que se me llene el cuerpo de pavor.

Noto que me tiemblan las manos por voluntad propia; me las meto en los bolsillos y sigo avanzando. Al tímido ladrido de un perro sarnoso le sigue el sonido de sus patas al rascar el suelo, y el animalillo acelera y se apresura a seguirme los pasos. Cierro los ojos un instante.

Este sitio es un zoo.

Aunque reconozco la importancia del trabajo que llevamos a cabo, sigue habiendo una parte desgraciadamente grande de mi mente que detesta a todos los que habitan aquí…, que detesta todo lo que hay aquí.

Estoy cansado.

Lo único que quiero es escapar de este ruido con Ella. Quiero, por encima de todo, que esté a salvo. Quiero que la gente cese en su empeño por matarla. Quiero, por primera vez en mi vida, vivir en

paz y que no me molesten; quiero que nadie aparte de mi esposa me necesite.

Me doy cuenta de que todo eso no son más que fantasías inalcanzables.

Tanto Castle como Nouria asienten cuando me acerco para indicarme que debo seguirlos mientras desfilan por el camino. Ya sé que se dirigen al despacho de Nouria y Sam, al que llaman cariñosamente «la sala de guerra», en la que hemos celebrado varias reuniones similares.

Echo la vista atrás con la esperanza de atisbar el rostro de Ella una última vez, pero en su lugar me topo con Kenji, cuyos pensamientos son tan estridentes que me resulta imposible ignorarlos. Experimento un arrebato de ira; sé que me va a seguir incluso antes de que se mueva en mi dirección.

Entre el perro y él siguiéndome, me quedo con el chucho.

Aun así, tengo a los dos pisándome los talones, y oigo que Adam se ríe mientras le dice algo ininteligible a Winston. Está claro que los dos disfrutan del espectáculo que es mi vida.

—¿Qué? —les pregunto con tono arisco.

La sombra que me acecha pronto se transforma en carne a mi lado. Kenji imita mi ritmo por el camino lleno de verdor y nuestras botas hacen crujir las malas hierbas que lo invaden todo. Unas figuras salpican la periferia de mi visión, y sus sentimientos me asaltan mientras avanzo. Algunos todavía piensan que soy una especie de héroe y, como resultado, los consume una estúpida devoción debido a una percepción distorsionada de mi identidad. De

mi cara. De mi cuerpo.

Estas interacciones me resultan sofocantes. Ahora mismo, la rabia que siente Kenji por mí es tan audible que me da dolor de cabeza. Aunque prefiero que sea rabia a pena.

La lástima colectiva de una multitud es casi imposible de soportar.

—¿Sabes una cosa? Creía que no te comportarías como un idiota cuando trajéramos a J. a casa —repone—. Veo que no ha cambiado nada. Veo que todos mis esfuerzos por defender tu comportamiento de mierda fueron en balde.

El perro ladra. Oigo cómo jadea.

Vuelve a ladrar.

—¿Me vas a ignorar sin más? —exhala Kenji, irritado—. ¿Por qué? ¿Por qué eres así? ¿Por qué te comportas siempre como un cretino?

A veces deseo tranquilidad con tantas ansias que podría asesinar a alguien solo por obtener a cambio algo de silencio. Sin embargo, me voy apagando lentamente, silenciando todas las voces que puedo. No me costaba tanto antes de verme obligado a unirme a este remanso de paz. En mi vida anterior en el Sector 45 me dejaban solo. En el Punto Omega, me pasé la mayor parte del tiempo en un solitario confinamiento. Cuando más tarde recuperamos el control del 45, conservé la privacidad de mi habitación.

Aquí estoy perdiendo la cabeza.

Me bombardean masivamente las descargas emocionales de los demás. Nada me ofrece alivio temporal alguno. A Ella le gusta pasar el rato con esta gente, y esta gente lo hace todo en multitudes. Las comidas se sirven en una tienda enorme que hace las veces de

comedor. Los actos sociales al final del día se celebran en comunidad, en la tienda silenciosa, donde nunca hay silencio. Muchas de las cabañas fueron dañadas o destruidas durante la batalla, lo que significa que todo el mundo está en estos momentos compartiendo el espacio —o durmiendo en las zonas comunes— mientras lo reconstruimos. Nouria y Sam tuvieron un detalle con nosotros al transferir la habitación de Ella a la tienda médica; parecía que era la única alternativa para no dormir con todos los demás en los barracones improvisados. No obstante, nuestra habitación huele siempre a antiséptico y a muerte. Solo hay una estrecha cama de hospital en la que Ella y yo discutimos cada noche. Insiste, a pesar de mis irrefutables protestas, en que yo me quede la cama y en dormir ella en el suelo.

Es el único momento en el que me enfado con ella.

No me importa dormir en el frío suelo. No me importa la incomodidad física. No, lo que odio es estar desvelado cada noche escuchando el dolor y la pena de los que todavía se están recuperando. Odio que me recuerden constantemente los diez días que me pasé en una esquina de nuestra habitación contemplando cómo Ella se debatía entre la vida y la muerte.

La necesidad imperiosa que siento por el silencio me ha debilitado. A veces creo que, si pudiera matar esa parte de mí, lo haría.

—No me toques —salto de repente, percibiendo la intención de Kenji de rozarme, de darme un golpecito en el hombro o agarrarme el brazo antes de que ocurra. Tengo que hacer acopio de todo mi autocontrol para no responder físicamente.

—¿Por qué tienes que decirlo así? —pregunta, herido—. ¿Por qué haces que parezca que me gusta tocarte? Solo intento llamarte la atención.

—¿Qué quieres, Kishimoto? —le espeto—. No me interesa tu compañía.

El dolor que siente en respuesta es ensordecedor; me rebota contra el pecho, dejando una leve marca tras de sí. Este nuevo y patético acontecimiento me llena de remordimiento. Deseo desesperadamente que no me importe, pero…

Ella adora a ese idiota.

Me detengo de golpe en medio del camino. El perro se choca contra mis piernas y menea la cola con fuerza antes de volver a ladrar. Respiro hondo y fijo la mirada en un árbol lejano.

—¿Qué necesitas? —pregunto de nuevo, esta vez con amabilidad.

Percibo cómo frunce el ceño mientras procesa sus sentimientos. Responde sin mirarme:

—Solo quería decirte que lo entiendo.

Al oír sus palabras, me tenso, y mi cuerpo se activa con recelo. Giro sobre los talones para mirarlo. De repente, Kenji Kishimoto aparece ante mí representado vívidamente: sus ojos cansados, su piel morena, sus espesas cejas negras… y su pelo, que necesita un buen corte sí o sí. Tiene los restos de un moratón en la sien y la mano izquierda vendada. Oigo el crujido de las hojas y veo una ardilla que sale disparada hacia un arbusto. El perro se vuelve loco.

—¿El qué entiendes? —pregunto con cuidado.

—Ah, ¿ahora te pica la curiosidad? —Me mira a los ojos, los suyos

entornados en expresión furibunda—. ¿Ahora me vas a mirar como si fuera un ser humano? ¿Sabes qué? Vete a la mierda. No sé por qué cojones te hago ningún favor.

—No lo hiciste por mí.

Kenji profiere un sonido de incredulidad y aparta la mirada antes de volver a clavar los ojos en los míos.

—Ya, bueno, ella se merece un anillo bonito, ¿no crees? Maldito trozo de mierda. ¿Quién le propone matrimonio a una chica sin un anillo?

—Quizá sea bueno que te recuerde que no estás en posición alguna de dar sermones morales —le digo con una voz cada vez más letal, por más que me repita que debo mantener la calma—, después de haber destruido su vestido de novia.

—¡Fue un accidente! —grita—. ¡Y el tuyo fue un descuido!

—Toda tu existencia es un descuido.

—Vaya. —Levanta las manos—. Ja, ja. Una respuesta muy madura.

—¿Lo tienes o no?

—Sí, lo tengo. —Se mete las manos en los bolsillos—. Pero, ¿sabes qué?, ahora estoy pensando que quizá se lo doy ella. Después de todo, he sido yo el que ha hecho todo esto por ti. Fui yo el que le pidió a Winston que esbozara tu diseño. Fui yo el que encontró a alguien que elaborase esta tontería…

—No pensaba irme de aquí mientras ella siguiera postrada en la cama de un hospital —digo, tan cerca de gritar que Kenji se sobresalta. Da un paso atrás y se me queda mirando unos segundos.

Neutralizo mi expresión, pero es demasiado tarde.

La rabia de Kenji se evapora mientras me observa, y se le relaja el rostro. Solo experimento ira en respuesta.

Nunca parece comprenderlo. Es su constante pena —su compasión, no su estupidez— lo que hace que me den ganas de matarlo.

Doy un paso atrás y bajo la voz.

—Si eres lo bastante idiota como para pensar que voy a permitir que seas tú quien le dé este anillo de compromiso, es que claramente me has subestimado. Puede que no se me permita matarte, Kishimoto, pero me dedicaré en cuerpo y alma a hacer que tu vida sea un infierno interminable.

Esboza una sonrisa.

—No le voy a dar el anillo, hombre. Jamás haría eso. Solo me estaba metiendo contigo.

Me lo quedo mirando. Las ganas que tengo de estrangularlo me impiden hablar.

—¿Solo te estabas metiendo conmigo? ¿Eso es lo que tú entiendes por una broma?

—Sí, bueno, es que eres demasiado intenso —me dice, poniendo una mueca—. A Juliette le habría hecho gracia.

—Si piensas eso, está claro que no la conoces bien.

—Pues vale. —Kenji se cruza de brazos—. Hace más tiempo que la conozco que tú, imbécil.

Al oír esto, experimento una rabia tan intensa que creo que quizá sí que lo mate. Kenji debe de verlo, porque da marcha atrás.

—No… Tienes razón —me dice, señalándome—. Culpa mía, colega.

Me había olvidado de todo el asunto del borrado de memoria. No me refería a eso. Solo quería decir que… yo también la conozco, ¿sabes?

—Te voy a dar cinco segundos para que vayas directo al asunto.

—¿Lo ves? ¿Quién dice cosas así? —Kenji arruga la frente; su ira ha regresado—. ¿Qué significa eso? ¿Qué me vas a hacer dentro de cinco segundos? ¿Y si no hay ningún asunto? No… ¿Sabes qué? Sí que hay un asunto, y es que estoy harto de esto. Estoy harto de tu actitud. Estoy harto de tener que buscar excusas que justifiquen tu comportamiento de mierda. De verdad creía que intentarías que nos lleváramos bien por el bien de J., sobre todo ahora, después de todo lo que ha vivido…

—Soy completamente consciente de todo lo que ha vivido… —digo con voz sombría.

—Ah, ¿no me digas? —se mofa Kenji fingiendo sorpresa—. Entonces, puede que esto también lo sepas —hace un gesto dramático con las manos—: última hora, es muy buena persona. Se interesa por los demás y no amenaza a nadie con matarlo a todas horas. Y le gustan mis bromas.

—Es muy bondadosa, lo sé.

Kenji exhala furioso y mira alrededor, buscando inspiración en el cielo.

—Mira, lo he intentado, de verdad, pero es que no sé qué ve en ti. Ella es… es como la luz del sol. Y tú eres como una nube de tormenta oscura y violenta. El sol y la lluvia no…

Kenji se queda callado de golpe, pestañeando.

Me alejo antes de que se dé cuenta. No vale la pena escuchar

cómo termina esa frase.

—Madre mía —se queja, arrastrando la voz—. ¡Madre mía!

Acelero.

—¡Eh! No me dejes con la palabra en la boca cuando estoy a punto de decir algo increíble.

—No te atrevas a decirlo…

—Voy a decirlo. Tengo que decirlo —replica Kenji, interponiéndose en mi camino. Va caminando marcha atrás, sonriendo como un idiota.

—Me he equivocado —dice, formando un corazón con las manos —. El sol y la lluvia hacen un arcoíris.

Me detengo de golpe. Cierro los ojos unos segundos.

—Ahora tengo ganas de vomitar —dice Kenji, con la sonrisa todavía en el rostro—. De verdad. De devolver todas mis tripas. Me das asco.

Solo soy capaz de invocar una leve furia como respuesta a esa retahíla de insultos, puesto que la sensación se disipa delante de una prueba irrefutable: las palabras de Kenji contradicen sus emociones. Está contento de verdad por nosotros, puedo sentirlo.

Está feliz por ella, concretamente.

Siento una punzada por el amor y la devoción que inspira en los demás. Bastante raro es encontrar una sola persona que desee tu alegría incondicionalmente; ella ha encontrado a varias.

Se ha construido su propia familia.

Yo existo en las afueras de este fenómeno: soy muy consciente de que eclipso su luz con mi oscuridad, siempre preocupado por que en

algún momento me vaya a considerar insuficiente. Estas relaciones significan un mundo para ella; hace mucho que lo sé, y he intentado ser más sociable y llevarme mejor con sus amigos. No protesto cuando me pide que nos reunamos con los demás, ya no le propongo que vayamos a comer los dos solos. La sigo dondequiera que vaya y me siento en silencio a su lado mientras habla y se ríe con las personas cuyos nombres me cuesta recordar. Contemplo cómo florece en la compañía de aquellos que le importan, mientras yo intento ahogar sus voces, matar el ruido que reverbera en mi cabeza. Me preocupo constantemente por no ser capaz de ser lo que necesita de mí a pesar de todos mis esfuerzos.

Es verdad, soy insufrible.

Me pregunto si solo es cuestión de tiempo que Ella lo descubra por sí misma.

Vencido, las ganas de pelear abandonan mi cuerpo.

—O me das el anillo o me dejas en paz —le suelto, y detecto el hastío que me tiñe la voz—. Nouria y Castle me están esperando.

Kenji se percata de mi nuevo tono y cambia de marcha, activando en su ser una solemnidad que rara vez le he visto. Me mira el suficiente rato como para incomodarme antes de meterse la mano en el bolsillo, del que saca una cajita forrada con terciopelo azul oscuro.

La extiende hacia mí.

Los nervios se me ponen incómodamente de punta mientras analizo la caja y tomo el objeto con inquietud, cerrando los dedos alrededor de sus contornos suaves con la mirada perdida en el

horizonte, intentando retomar el control de mí mismo.

No esperaba sentirme así.

El corazón me martillea en el pecho. Me siento como un niño nervioso. Ojalá Kenji no estuviera aquí para presenciar este momento y ojalá me importara menos el contenido de esta caja, pero es imposible.

Ansío que a Ella le encante.

Muy lentamente, me obligo a abrir la tapa, y los objetos delicados que hay dentro centellean bajo la luz antes incluso de que tenga la oportunidad de examinarlos. Los anillos destellan bajo el sol, reflejando el color por todas partes. No me atrevo a sacarlos de la cajita, sino que decido fijar la vista en ellos, con el corazón latiéndome fuerte.

No me podía decidir por uno de los dos.

Kenji me dijo que era una estupidez elegir dos anillos, pero, como casi nunca me importa su opinión, lo ignoré. Ahora, con la mirada clavada en ellos, me pregunto si Ella pensará que es una estupidez. Uno está pensado que sea el anillo de compromiso y el otro la alianza, pero ambos son igual de impresionantes, cada uno a su propia manera.

El anillo de compromiso es más tradicional; la banda de oro es extremadamente delgada, simple y elegante. Solo tiene una piedra incrustada, reciclada de una alhaja antigua, y, aunque es bastante grande, me pareció un ejemplo claro que reflejaba el contraste que veo en Ella: poderosa a la par que delicada. El joyero me envió una selección de gemas, cada una extraída de anillos salvaguardados de

distintas épocas. Me fascinó un diamante tallado con unas facetas de lo más inusuales, procedente de una antigua mina. Lo habían tallado a mano hace muchísimo tiempo y por ende el resultado era ligeramente imperfecto, pero me gustaba que no lo hubiese fabricado una máquina. Me pareció adecuada una piedra irrompible que después de pasar por un arduo tallado se había transformado en algo indestructible y de un esplendor resplandeciente.

Kenji me aseguró que había un diamante llamado «de corte princesa», que creyó que sería una opción de lo más adecuada para Ella, puesto que le recuerda el ridículo apodo que le puso. Le dije que no tenía el más mínimo interés por elegir un anillo basado en una broma y tampoco quería que la alianza de mi esposa le recordara a otro hombre. Además, cuando vi la forma de la piedra en cuestión, me pareció que estaba mal. El cuadrado era demasiado afilado, todo cantos abruptos. No me recordaba para nada a Ella.

Pedí que colocaran la gema antigua sobre una fina filigrana dorada; quería que el delgado anillo se asemejara a una delicada ramita orgánica. Es el mismo diseño que tiene la alianza: una esbelta rama curvada forjada en oro, que tan solo cuenta con dos pequeñas hojas de esmeralda contrapuestas.

—Es precioso. Le va a encantar.

Cierro la cajita de golpe y regreso al momento presente con un sobresalto desorientador. Levanto los ojos y me encuentro con el rostro contemplativo de Kenji, que me ha estado observando de cerca, y me siento tan incómodo de repente en su presencia que fantaseo durante un instante en desaparecer.

Y lo hago.

—Hijo de puta —masculla Kenji enfadado. Se pasa las manos por el pelo, fulminando con la mirada el lugar en el que me encontraba. Me meto la cajita de terciopelo en el bolsillo y sigo por el camino.

El perro ladra dos veces.

—¡Muy maduro por tu parte, eh! —grita Kenji en mi dirección—. Muy bonito. —Luego añade con tono mordaz—: Y «de nada», por cierto. Imbécil.

El perro, que no deja de ladrar, me persigue hasta la sala de guerra.

CUATRO

El paso de los años ha ido desgastando la superficie de la mesa de madera, que no está barnizada. Las manos callosas de los rebeldes y los revolucionarios han ido puliendo sus cantos afilados hasta que han sucumbido. Resigo con la punta de los dedos las marcas naturales, las líneas de edad desvanecidas de un árbol que hace mucho tiempo que murió. El suave sonido de un reloj de pared señala lo que ya sé que es verdad: que hace demasiado rato que estoy aquí, y que cada segundo que pasa se lleva consigo una parte de mi cordura.

—Warner…

—Ni soñarlo —digo en voz baja.

—Pero si apenas lo hemos hablado. No rechaces la idea sin pensarlo antes —protesta Nouria, con un tono plano que de poco sirve para ocultar su frustración subyacente, que se acerca demasiado a la superficie. Pero no es ninguna sorpresa, Nouria rara vez es capaz de ocultar lo mucho que me detesta.

Me aparto de la mesa de un empujón y mi silla rasca la madera. Debería preocuparme la facilidad con la que mi mente recurre al asesinato para solucionar mis problemas, pero ahora no puedo diseccionar estos pensamientos.

Me han separado de Ella para esto.

—Ya sabes mi opinión al respecto —insisto, mirando hacia la salida

—. Y no va a cambiar.

—Lo comprendo. Sé que estás preocupado por su seguridad, todos lo estamos, pero necesitamos ayuda aquí. Tenemos que ser capaces de flexibilizar las normas un poco.

Miro a Nouria directamente a los ojos, con los míos destellando rabia. La habitación se desenfoca a su alrededor y todavía lo veo: paredes oscuras, mapas antiguos, una estantería endeble llena de tazas desportilladas. El aire huele a rancio. Este sitio es deprimente, los rayos de sol nos rebanan a todos por la mitad.

Las cosas no han sido para nada fáciles desde que tomamos el control.

Aquellos que vivían holgadamente en el reinado del Restablecimiento no paran de causarnos problemas; desobedecen las misivas, se niegan a abandonar sus puestos y siguen gobernando sus territorios como si el Restablecimiento siguiera en pie. No disponemos de los suficientes recursos todavía como para rastrearlos a todos —muchos de ellos saben que no tardaremos en arrestarlos y en juzgarlos por sus crímenes—, y, mientras que algunos son lo bastante atrevidos como para permanecer en sus bases, otros han sido lo bastante astutos como para esconderse en lugares donde han estado contratando a mercenarios para que lleven a cabo todo tipo de espionaje e, inevitablemente, asesinatos. Estos exoficiales están llamando y reclutando a los antiguos soldados supremos para que se unan a su bando e intentan infiltrarse en nuestras filas con la intención de rompernos desde dentro. Quizá sea la mayor amenaza para todo aquello en lo que aspiramos convertirnos.

A Ella no le cuento demasiados detalles sobre todo esto, puesto que solo hace pocos días que vuelve a ser ella misma, pero el control que tenemos sobre el mundo es escaso, siendo optimistas. La historia nos ha enseñado que las revoluciones a menudo fracasan —incluso después de su victoria—, ya que los combatientes rebeldes a menudo no tienen el equipo necesario para soportar el peso aplastante de todo aquello por lo que han luchado, y todavía peor: son unos políticos de pacotilla. Ha sido el problema que siempre he tenido con Castle, y ahora con Nouria y Sam.

Los revolucionarios son unos necios.

Por lo visto, no comprenden cómo funciona el mundo en realidad ni lo difícil que es saciar los caprichos y deseos de tanta gente. Cada día supone un esfuerzo mantener nuestro liderazgo, y me paso las horas en vela pensando en el caos que nuestros enemigos van a desatar inevitablemente, el miedo y la ira que van a instigar contra nosotros.

Con todo, mis propios aliados se niegan a confiar en mí.

—Sé que necesitamos ayuda —digo con frialdad—. No estoy ciego. Pero flexibilizar las normas conlleva poner la vida de Juliette en peligro. No nos podemos permitir que empiecen a entrar civiles…

—¡Ni siquiera nos has permitido que entren soldados!

—Es una mentira flagrante —replico, enfureciéndome—. En ningún momento me he opuesto a que trajerais soldados extras para asegurar los terrenos.

—Para asegurar el exterior sí, pero te has negado a dejar que entraran en el Santuario…

—No me he negado a nada. No soy yo el que te está diciendo qué tienes que hacer, Nouria. Por si no te acuerdas, esas órdenes las dio Juliette…

—Con todo el debido respeto, señor Warner —intercede Castle tras carraspear—. Todos somos muy conscientes de lo mucho que aprecia su opinión la señorita Ferrars. Tenemos la esperanza de que pueda hacerla cambiar de parecer.

Me giro para mirarlo y contemplo sus bucles grisáceos y su piel morena curtida. Castle ha envejecido varios años en poco tiempo; los últimos meses nos han pasado factura a todos.

—¿Quieres que la convenza para que arriesgue su vida? ¿Has perdido la cabeza?

—¡Eh! —me ladra Nouria—. Ten cuidado con el tono.

Noto que me tenso al oírla, y unos antiguos impulsos me incitan a ir en busca de mi pistola. Es un milagro que sea capaz de hablar cuando le digo:

—Vuestra primera ofensa ha sido separarme de mi prometida el día de mi boda. Que luego me pidáis que permita el acceso a personas a las que no se ha sometido a una exhaustiva examinación en el único espacio seguro de todo el mundo en el que tiene permitido vivir…

—¡No serían personas sin examinar! —grita Nouria, poniéndose de pie mientras pierde los papeles. Me he dado cuenta de que brilla un poco cuando está enfadada y de que la luz sobrenatural hace que su piel oscura emita cierta luminosidad.

—Tú estarías presente para examinarlos —dice, haciendo un gesto

hacia mi dirección desde el otro lado de la mesa—. Podrías decirnos si podemos fiarnos de ellos. De eso va toda esta conversación, de conseguir tu cooperación.

—Entonces, ¿queréis que vaya detrás de la gente? ¿Las veinticuatro horas del día? ¿O creíais que iba a ser tan simple como dar por válida una simple primera impresión?

—No serían las veinticuatro horas —repone ella—. No vivirían aquí… Tendríamos equipos que entrarían solo para completar proyectos, durante el día.

—Solo llevamos unas semanas en el poder. ¿De verdad crees que es una opción sensata dejar que entren desconocidos en nuestro refugio seguro? Mis poderes no son infalibles. La gente puede ocultarme sus verdaderos sentimientos —señalo endureciendo la voz —. Y ya me ha ocurrido en el pasado. Puedo cometer errores, y eso significa que no podéis depender solo de mí para que sea una defensa infalible contra entidades desconocidas, así que vuestro plan hace aguas.

Nouria suspira.

—Reconoceré que hay una pequeñísima posibilidad de que se te escape algo, pero de verdad creo que vale la pen…

—Para nada.

—Señor Warner —tercia Castle, con voz más suave—. Sabemos que es pedirle mucho. No es nuestra intención ponerle encima una presión excesiva. Su posición aquí, entre nosotros, es crítica. Ninguno de nosotros conoce los tejemanejes del Restablecimiento tan bien como usted. Ninguno está tan preparado para desmantelar

desde dentro el sistema norteamericano tan bien como usted. Valoramos lo que aporta a nuestro equipo, hijo. Valoramos sus opiniones. Pero tiene que ver que nos estamos quedando sin opciones. La situación es precaria, y necesitamos su ayuda.

—¿Y este era vuestro plan? —pregunto, con una risa que puja por estallar—. ¿De verdad os pensabais que podríais persuadirme con un poco de la vieja técnica de poli bueno y poli malo? —Miro a Nouria —. Doy por sentada que tú haces de poli malo.

—Tenemos más cosas que hacer que antes —replica Nouria enfadada—. Apenas podemos reconstruir nuestras cabañas. La gente necesita privacidad y lugares adecuados donde pasar la noche. Necesitamos que las escuelas vuelvan a funcionar para los niños. Tenemos que dejar de vivir de los generadores y la comida del automat. —Hace un gesto brusco con el brazo y tira sin querer una pila de papeles al suelo—. Nos las estamos viendo y deseando para cuidar de nuestra gente, ¿cómo se supone que vamos a mirar por el bien de la gente del 241 o los sectores que se extienden más allá?

Baja su armadura emocional durante solo un segundo, pero lo percibo: el peso de su pena es profundo.

—Nos estamos ahogando —dice con un hilo de voz mientras se pasa una mano por la cara—. Necesitamos ayuda. Perdimos a demasiados de los nuestros durante la batalla. El Santuario se cae a pedazos, y no tenemos tiempo para reconstruirlo poco a poco. El mundo entero nos está mirando ahora. Necesitamos más gente que arrime el hombro, más equipos que entren y nos ayuden a hacer el trabajo. De lo contrario, fracasaremos antes incluso de haber tenido

la oportunidad de empezar.

Durante unos segundos, permanezco en silencio.

A Nouria no le falta razón: el Santuario es un desastre. También el planeta. Ya he enviado a Haider, a Stephan, a Lena y a las gemelas de vuelta a sus respectivos continentes; necesitábamos representantes capaces en el terreno que evaluaran la situación actual en el extranjero —que neutralizaran el caos donde pudieran—, y eran los más adecuados para la tarea. Nazeera es la única que ha permanecido aquí, tras asegurar que Haider estará bien solo y que quería quedarse para asistir a mi boda. Tal vez me habría halagado ese sinsentido si no hubiese sabido que estaba mintiendo.

Quería quedarse para estar con Kenji.

Aun así, agradezco su presencia. Nazeera es lista e ingeniosa, y estas últimas dos semanas me ha sido de una inmensa ayuda. El Santuario ya tenía bastante entre manos cuando solo debía ocuparse de mantener a su gente viva; ahora el mundo entero nos está mirando en busca de guía.

Está mirando a Ella en busca de guía.

Lo que no saben, por supuesto, es que solo lleva consciente cuatro días. Cuando al fin despertó, había muchas cosas que debía hacer —el mundo había estado esperando una prueba de que Juliette Farrars había sobrevivido—, y, a pesar de una cantidad ingente de protestas por mi parte, accedió a hacer apariciones limitadas para dar algunas declaraciones, para empezar a hablar de cómo pintaba el futuro para la gente. Insistió en comenzar de inmediato, en reunir a un comité responsable de diseñar el proyecto de obras públicas más ambicioso

del mundo: reconstruir poblaciones, escuelas, hospitales. Invertir en infraestructura. Crear empleos y replantear la disposición de las ciudades.

A escala global.

Aun así, apenas hemos tenido tiempo para pensar en todas esas cosas. Me he pasado la mayor parte de las últimas dos semanas haciendo todo lo que he podido por mantener a Ella viva mientras intentaba apagar tantos fuegos como me ha sido posible. En un instante de franqueza, incluso puede que esté dispuesto a admitir que el error de Kenji —derribar el edificio equivocado— fue casi inevitable. Hay una cantidad infinita de cosas que hacer y nunca suficiente gente para hacerlas ni para supervisar los detalles.

Y eso significa que a menudo cometemos errores.

A nivel local, también se requiere que echemos una mano con la reconstrucción de nuestras cabañas. Cortar el césped. Preparar la comida. Fregar los platos. Ella me arrastró a la cocina lo antes que pudo y me azotó con un par de guantes de goma de aspecto cuestionable en el pecho antes de sacar un par mugriento para sí misma. Todo mientras sonreía delante de la base pegajosa de una olla con gachas incrustadas, como si fuera un regalo. Si Ella fuera una casa, sería una mansión, una con muchas habitaciones y puertas que se pudieran abrir fácilmente para que corriera el aire.

Si yo fuera una casa, sería una casa maldita.

—Y déjame que te recuerde —añade Nouria, su voz crispada devolviéndome al presente— que no eres la única persona en la Tierra que se va a casar. Siento mucho que no puedas soportar estar

separado de tu prometida el tiempo suficiente como para mantener una charla vital sobre el mundo que se cae a trozos, pero el resto debemos seguir moviéndonos, Warner, aunque eso conlleve no priorizar nuestra felicidad personal.

Sus palabras me tocan una fibra sensible.

—Y que lo digas —replico en voz baja—. Es verdad que hay personas que nunca han priorizado mi felicidad personal. No esperaba que tú fueras a ser una excepción.

Me arrepiento de esas palabras tan pronto como me abandonan los labios.

Me preparo mientras Nouria se echa hacia atrás, procesando este incómodo momento de sinceridad. Aparta la vista, la culpa sale a la superficie y pelea contra ella, irritada. Su ira acaba ganando la batalla, pero, cuando me vuelve a mirar a los ojos, hay un matiz de arrepentimiento en su mirada y me doy cuenta entonces de que me la han jugado.

Hay algo más.

Tomo una profunda bocanada de aire prácticamente imperceptible; ahora me van a revelar el verdadero motivo de esta reunión.

—Ya que hablamos del tema —dice Nouria, dedicándole una fugaz mirada preocupada a su padre—, pues… A ver. Lo siento mucho, Warner, pero vamos a tener que posponer la boda.

Clavo los ojos en ella.

Mi cuerpo se agarrota lentamente, y un pavor amortiguado se abre paso por mi sistema nervioso. Siento múltiples cosas a la vez: rabia, pena, confusión. Una extraña resignación se sobrepone a todas ellas

y se corona con un dolor conocido, un miedo familiar; la alegría, como las gotas del rocío, se evapora de mi vida en el momento en el que empiezo a confiar en el sol.

Seguimos como siempre.

—Posponer la boda —digo, inexpresivo.

—El día de hoy está siendo malo para todo el mundo —insiste ella, apresurándose a pronunciar las palabras—. Están pasando demasiadas cosas. Hay un problema grave con las aguas residuales al que tenemos que poner solución y que está drenando casi toda la fuerza de trabajo de la que disponemos ahora mismo, y todos los demás están hasta el cuello enzarzados en otros proyectos. No tenemos suficientes manos para reparar algo si se rompe, y lo hemos intentado, de verdad que hemos hecho todo lo posible para que funcione, pero esta noche necesitamos el generador sí o sí. La electricidad va y viene, y la previsión es que las temperaturas se desplomen por la noche; no podemos dejar que los niños se congelen en la cama.

—No lo entiendo. Hablé con Brendan, que se ofreció a…

—Brendan está exhausto. Últimamente hemos estado apoyándonos demasiado en él. Winston me ha amenazado con matarme si esta noche no le dejamos dormir.

—Ya veo. —Me quedo mirando la mesa y luego mis manos. Me he vuelto de piedra, aunque mi corazón late desbocado en mi pecho—. Necesitaríamos el generador solo una hora.

—¿Una hora? —Nouria se ríe, pero parece enervada—. ¿Has asistido alguna vez a una boda al aire libre de noche? Necesitas luz,

calefacción y música. Por no mencionar todo lo que tendríamos que hacer para que el servicio de cocina estuviera operativo a esas horas y distribuir la comida… Jamás sacamos tiempo para preparar una tarta…

—No necesito una boda por todo lo alto —la interrumpo. Mi voz me suena rara incluso a mí mismo, nerviosa—. Solo necesito a un oficiante. No tiene que ser una celebración pomposa.

—Creo que eso no es lo que quiere Juliette.

Levanto la vista.

No soy capaz de producir una respuesta; no puedo hablar en nombre de Ella. Jamás le negaría una boda de verdad si eso es lo que quiere.

Toda la situación se me antoja destinada al fracaso. El día después de que le propusiera matrimonio, su hermana la atacó, tras lo cual cayó en un coma y regresó a casa prácticamente muerta. Se suponía que debíamos casarnos esa mañana, pero su vestido acabó hecho trizas, y ahora…

—¿Posponerla hasta cuándo?

—Si te digo la verdad, no estoy segura. —Los nervios y el recelo de Nouria van en aumento. Intento mirarla a los ojos, pero no deja de echarle miradas de soslayo a Castle, que se limita a negar con la cabeza—. Esperaba que pudiéramos echarle un vistazo al calendario —me propone— y planear algo cuando las cosas estén más calmadas por aquí…

—Debes de estar de broma.

—Claro que no estoy de broma.

—Sabes tan bien como yo —digo con la ira empañando mi voz— que no hay ninguna garantía de que las cosas se vayan a calmar algún día por aquí ni de que vayamos a ser capaces de tener la situación bajo control…

—Bueno, ahora mismo no es un buen momento, ¿vale? —Se cruza de brazos—. No es un buen momento.

Aparto los ojos. Siento el corazón desbocado en la cabeza, me late contra el cráneo. Siento que me disocio —me desconecto de este momento— y me esfuerzo por seguir presente.

—¿No será una especie de venganza perversa? —le pregunto—. ¿Estás intentando evitar mi boda porque no te dejo que entren civiles? ¿Porque me niego a poner la vida de Juliette en peligro?

Nouria guarda silencio durante tanto rato que me veo impelido a levantar la mirada y a que mi mente regrese a su sitio. Me está mirando con una expresión extrañísima en los ojos, algo parecido a la culpa —o remordimiento— que la invade por completo.

—Warner —me dice en voz baja—, ha sido idea de Juliette.

CINCO

La cajita de terciopelo me pesa una tonelada en el bolsillo y sus aristas se me clavan en el muslo mientras estoy aquí sentado, en el borde de un pequeño acantilado, y agacho la mirada hacia nuestro cementerio. Esta zona se construyó poco después de la batalla; es un monumento que homenajea todas las vidas perdidas.

Se ha convertido en un refugio para mí de lo más inusitado.

Pocas personas se acercan a esta área. Para algunas, el dolor es demasiado reciente; para otras, las exigencias de su tiempo resultan demasiado apremiantes. De cualquier modo, agradezco la calma que ofrece. Era uno de los pocos lugares a los que podía escapar cuando Ella se estaba recuperando, así que me pasé bastante tiempo familiarizándome con las vistas y con el asiento, la superficie lisa y suave de una enorme roca. Las vistas desde esta piedra son sorprendentemente tranquilas.

Pero hoy no logra calmarme.

Oigo un sonido distante, un trino lejano que mi mente solo puede describir como el canto de un pájaro. El perro levanta la cabeza y ladra.

Me quedo mirando al animal.

La sucia criatura me ha esperado fuera de la sala de guerra solo para seguirme hasta aquí. No he hecho nada para que me muestre lealtad. No sé cómo deshacerme de él. O de ella.

Como si percibiera el rumbo que toman mis pensamientos, el perro vuelve la cabeza para mirarme, jadeando ligeramente, con tal expresión que juraría que está sonriendo. Apenas tengo tiempo de digerirlo antes de que vuelva a ladrarle al cielo.

Otra vez ese extraño trino que me resulta familiar.

Últimamente he oído a los pájaros cantar más a menudo; nos ha pasado a todos. Castle, que siempre ha insistido en que no todo está perdido, sigue asegurando que los animales no se han extinguido por completo. Dijo que la costumbre de los pájaros es ocultarse durante las estaciones de clima adverso, a diferencia de los humanos. También buscan refugio cuando enferman, en lo que creen que serán sus últimos instantes de vida. Argumenta que los pájaros se ocultaron en masa, ya fuera por miedo o por enfermedad, y que, ahora que la manipulación del clima de Emmaline ha desaparecido, los que han sobrevivido han salido de sus escondrijos. No es una teoría contrastada, pero cada vez cuesta más refutarla. Incluso yo escruto el cielo estos días, con la esperanza de atisbar a alguna de esas criaturas imposibles.

Un viento helado barre el valle, removiéndome el pelo y mordiéndome la piel. Con algo de arrepentimiento, me doy cuenta de que me he dejado el abrigo en la sala de guerra. El perro gimotea y me golpea la pierna con el hocico. A regañadientes, poso la mano en lo que sin duda alguna es una cabeza perruna infestada de pulgas, y el animal se calma. Su cuerpo delgaducho se hace una bolita a mis pies, con la cola golpeando el suelo.

Suspiro.

El día ha amanecido despejado, el sol sin obstáculos en el cielo, pero cada hora que ha transcurrido ha traído consigo unas nubes cargadas y un frío ineludible.

Nouria tenía razón; esta noche será brutal.

Siempre me siento ansioso cuando estoy alejado de Ella, pero después de la charla con Castle y Nouria notaba mis impulsos afilados, confundidos. Solo quería buscar a Ella; solo quería estar solo. Al final he acabado aquí —mis pies me han traído por cuenta propia, mientras que mi cabeza no ha tomado decisión alguna—, contemplando un valle de muerte, con la mente dando vueltas sin parar. Esta mañana me la he pasado agitado, pero ha valido la pena; lleno de irritación, pero de esperanza también. No me ha importado el tictac del reloj contra el que he batallado y que me ha estado marcando el tiempo.

Al final, he terminado la tarde con las manos vacías.

Y mi noche, despejada.

Aparte del sinnúmero de desastres locales e internacionales que quedan por resolver, no tengo ningún motivo por el que apresurarme ya. Creía que esta noche me iba a casar.

Al parecer, se ve que no.

Saco la cajita de terciopelo del bolsillo, la aferro con el puño durante unos segundos antes de tomar una buena bocanada de aire y levanto la tapa con cuidado. Contemplo su contenido centelleante como observa un niño el fuego por primera vez. Ingenuo.

Es raro. De todas las cosas reprobables que sé que soy, jamás pensé que estúpido fuera una de ellas.

Cierro la tapa de golpe y me guardo la cajita de nuevo en el bolsillo.

Nouria no ha mentido cuando me ha dicho que mi boda no tendría lugar esta noche. No ha mentido cuando me ha dicho que ha sido idea de Ella posponerla. Lo que no comprendo es por qué Ella no me lo ha comentado en ningún momento, por qué no me ha dicho nada esta mañana en la tienda. Quizá eso es lo que más me confunde de todo: no he presentido ninguna vacilación por su parte sobre el tema. Está claro que, si no quisiera casarse conmigo, lo sabría.

Aprieto la mandíbula por culpa del frío.

De alguna manera, a pesar de los aullidos del viento, el perro parece haberse quedado dormido y su cuerpo vibra como si fuera un pequeño motor a mis pies. Me tomo unos instantes para examinar su pelaje marrón moteado y me doy cuenta, por primera vez, de que le falta un pedazo en una de las orejas.

Exhalo lentamente, descanso los codos sobre las rodillas y agacho la cabeza hacia las manos. La cajita se me clava un poco más en la carne.

Estoy intentando convencerme de empezar a irme, de volver al trabajo, cuando percibo que Ella se acerca. Me tenso y me yergo.

El pulso se me acelera.

La siento antes de verla, y, cuando finalmente aparece, mi corazón reacciona, contrayéndose dentro del pecho por más que mi cuerpo permanezca inmóvil. Levanta una mano al verme, y ese único instante de distracción le cuesta una pelea con un zarzal. Esta zona, como tantas otras, está plagada de arbustos medio muertos,

preparados para ser pasto de las llamas de un incendio forestal. Ella forcejea por desenredarse y tira fuerte para liberarse y no tarda en fruncir el ceño al darse cuenta. Examina lo que parece ser un jirón en el borde de su jersey antes de levantar la mirada hacia mí. Se encoge de hombros.

Tampoco me gustaba tanto este jersey, parece estar diciendo, y no puedo evitar esbozar una sonrisa.

Ella se ríe.

El viento la ha azotado. Las ráfagas se elevan más furiosas, revolviéndole el pelo que le envuelve la cara mientras se dirige hacia mí. Apenas puedo verle los ojos; solo atisbo sus labios y mejillas, rosadas por el esfuerzo físico. Se echa el pelo oscuro hacia atrás con una mano al tiempo que con la otra aparta los matojos. La luz tenue difumina su figura, ataviada con un jersey liso del color del musgo. Lleva tejanos oscuros y zapatillas deportivas.

La luz cambia mientras se mueve, las nubes pelean por ocultar el sol y fracasan de vez en cuando. La escena asemeja un sueño. En este instante se parece tanto a sí misma que me sobresalto; es como si hubiese salido directamente de uno de mis recuerdos favoritos.

—Te he estado buscando por todas partes —me dice resollando, riéndose cuando se desploma a mi lado en la roca. Huele a albaricoque, es un champú nuevo, y ese aroma me embriaga los sentidos.

Me aprieta el estómago con el dedo.

—¿Dónde estabas?

—Aquí.

—Muy gracioso —contesta, pero su sonrisa se desvanece cuando me mira la cara más de cerca. Me cuesta no desviar los ojos—. Eh —me llama la atención en voz baja.

—Hola.

—¿Qué pasa?

Niego con la cabeza poco a poco.

—Nada.

—Mentiroso —susurra.

Cierro los ojos.

Siento que cambio cuando la tengo cerca, su efecto en mí es poderoso. Mi cuerpo se afloja y mis piernas se vuelven pesadas. Toda la tensión que llevo sobre los hombros parece deshacerse, llevándose consigo mi determinación; casi me embarga un alivio que me deja aletargado.

Respiro superficialmente.

—Eh —repite, tocándome la cara con los fríos dedos y acariciándome la mejilla—. ¿A quién tengo que matar?

Me aparto y le pregunto, con una débil sonrisa en los labios:

—¿Le has dicho a Nouria que querías posponer la boda?

El terror en el semblante de Ella es inmediato.

Se echa hacia atrás y me mira. El miedo, la sorpresa y la rabia se fusionan en una sola masa indistinguible de sentimiento. Desvío los ojos mientras procesa la pregunta, pero su reacción hace más bien poco para aliviar mi estado mental. Hasta que responde:

—Sí.

Me quedo quieto, algo atípico en mí.

—Pero se suponía que Nouria no te lo tenía que decir.

Levanto la vista hacia ella. Está intentando ocultarme el pánico que siente. Desvía los ojos, los baja hacia sus manos. No comprendo qué está ocurriendo y lo verbalizo.

Ella no deja de negar con la cabeza. Se aprieta las manos con fuerza.

—Se suponía que Nouria no te lo tenía que decir. Eso no era… Ella no…

—Pero es verdad.

Ella me mira a los ojos.

—Técnicamente, es verdad, sí, pero no debería… No debería haber sido ella quien te lo dijera. Nouria y yo lo hablamos hace un par de días. Le dije que si no conseguíamos…, que si no conseguíamos organizarlo todo a tiempo, entonces quizá… quizá podíamos esperar…

—Ah. —Levanto los ojos entornados hacia el cielo, buscando el sol.

—Te lo iba a decir yo misma —se disculpa con un hilo de voz—. Es que estaba esperando saber… más cosas. Sobre cómo se iba a desarrollar el día de hoy. Esta mañana ha habido algunos contratiempos que nos han costado un montón de tiempo, pero todavía tenía la esperanza de que pudiéramos apañárnoslas. Todo el mundo se ha estado dejando la piel, y Kenji me dijo que todavía teníamos la oportunidad de hacerlo hoy, pero si Nouria…

—Ya veo. —Me paso una mano por el pelo y la bajo por la nuca—. Entonces, ¿lo has hablado con todo el mundo? Con todo el mundo

menos conmigo.

—Aaron. Lo siento mucho. Dicho así, suena horrible. Lo oigo…, me oigo a mí misma decirlo y veo lo terrible que suena.

Respiro hondo entrecortadamente. No sé qué hacer con los brazos o con las piernas. De repente, las noto espinosas, todo pinchos y espinas. Quiero arrancármelas del cuerpo.

—¿Has cambiado de idea? ¿No te quieres casar conmigo? —pregunto con la mirada fija en el suelo.

—No es eso —responde, con una fuerza emocional detrás de las palabras tan potente que me lleva a levantar la mirada. Veo la angustia que hay en sus ojos y también puedo sentirla; parece que la culpa y la resignación la consumen, una combinación poco común de sentimientos que no puedo analizar. Pero el amor que siente por mí es evidente. Me toma las manos y el sentimiento se magnifica, inundándome el cuerpo de un alivio tan intenso que me dan ganas de tumbarme.

Algo parece aflojarse en mi pecho.

—Te quiero —susurra—. Te quiero muchísimo. Es que quiero hacerlo bien… para los dos. Quiero que disfrutes de una boda maravillosa. Creo que te importa más de lo que crees.

—Qué va —le digo, negando con la cabeza—. No me importa, cariño. No me importa nada. Solo te quiero a ti. Quiero que seas mi familia.

No me lo discute. Se limita a apretarme los dedos mientras sus emociones evolucionan en espiral. Cierro los ojos al sentir su conmoción. Cuando finalmente los vuelvo a abrir, a ella le brillan los

suyos con lágrimas que no ha derramado.

Al verlo es como si me clavaran una estaca en el corazón.

—No —susurro, resiguiendo con el dorso de los dedos su mandíbula de piel fría y aterciopelada—. Pospón la boda tanto como quieras. Podemos casarnos cuando quieras. No me importa.

—Aaron…

Me muevo lentamente. La beso en la mejilla y me quedo ahí, con la cara apoyada en la suavidad de su piel. No hay nadie más aquí aparte de nosotros. Ningún pensamiento aparte de los suyos y los míos. Me toca el pecho como respuesta y suspira bajito mientras mueve la mano por mi nuca y la enreda en mi pelo.

Mi cuerpo responde antes de que mi mente pueda seguirle el ritmo.

Le sujeto la cara con las manos y la beso como he querido hacerlo desde hace días. Desde hace semanas. Abre la boca y la saboreo, recorriendo su cuerpo con las manos, acercándola a mí.

Sus deseos me consumen a medida que evolucionan, dejándome ligeramente embriagado. Experimentarla así, sentir sus emociones en tiempo real, siempre es como una bebida bien cargada. Cuanto mayor es la intensidad del beso, mayor es su deseo y mayor la desesperación con la que responde. Es peligroso; me satura la pensamientos y me cuesta recordar dónde estamos.

Emite un sonido cuando le beso el cuello, un gemido suave seguido por mi nombre susurrado, y esa mezcla inicia un motín en mi cuerpo. Mis manos están debajo de su jersey, acariciando el satén de su piel, el cierre de su sujetador, y ella alarga las manos

hacia mí, hacia el botón de mis pantalones. Puedo oír una voz distante en la cabeza —aunque elijo ignorarla— que me dice que tiene que haber un lugar mejor que este, un sitio más cálido, un sitio más agradable, un sitio que no sea un cementerio…

El perro suelta un enorme ladrido, y Ella se aparta de mí con un grito de sorpresa.

—¡Ay, madre! —exclama, llevándose una mano al pecho—. No sabía… Ay, Dios. ¿El perro ha estado aquí todo el rato?

Intento recuperar el aliento. El corazón me martillea dentro del pecho.

—Sí —respondo, con la mirada fija en ella.

Tiro de ella de nuevo hacia mi cuerpo, reclamando su boca con una determinación que le otorga al momento un cariz de surrealismo, incluso para mí. Se queda asombrada solo un segundo antes de ablandarse en mis brazos, de abrirse y de devolverme los besos. Hace tanto tiempo que no la toco así… No hemos intimado así desde hace tanto…

Algo se asoma por uno de los recovecos de mi mente.

Me aparto, una vez más con la respiración entrecortada, con la esperanza de que la alarma silenciosa de mi mente sea un error.

—¿Qué pasa? —pregunta Ella, acercando las manos a mi cara. Sigue lánguida de placer, sus pensamientos puros, indemnes al ruido que siempre me acosa. Me besa el cuello, lenta y suavemente. Cierro los ojos.

—Nada —murmuro, deseando como nunca que estuviéramos en una habitación… o en una cama decente—. Nada. Me ha parecido

oír…

—No me lo puedo creer. ¿Aquí es donde os habéis estado escondiendo?

Me quedo petrificado de repente. El hielo reemplaza el calor de mis venas a una velocidad tan frenética que por poco me estremezco.

—Mierda —masculla Ella.

—No tenéis ningún sentido de la decencia, ¿eh? ¿Ibais a profanar un cementerio? ¿No sois capaces de no quitaros la ropa ni con el frío que hace?

—Kenji —dice Ella en voz baja. La palabra es un aviso.

—¿Qué? —Se cruza de brazos—. Lo he dicho y lo volveré a repetir: qué asco. Creo que voy a tener que lavarme los ojos con lejía.

Ayudo a Ella a ponerse en pie, rodeándole la cintura con un brazo.

—¿Qué quieres? —le pregunto a Kenji, completamente incapaz de gobernar mi ira.

—De ti nada, colega, pero gracias. Estoy aquí porque necesito a Juliette.

—¿Por qué? —preguntamos Ella y yo al unísono.

Kenji exhala, exasperado y desvía la mirada antes de volver a posarla sobre Ella.

—Solo necesito que vengas conmigo, ¿vale? —dice crípticamente.

—Ah. —Sus ojos se abren un milímetro—. Vale.

—¿Qué pasa? —pregunto—. ¿Necesitas ayuda?

Ella niega con la cabeza. Percibo su recelo, pero imposta una sonrisa.

—No, no es nada… Solo un aburrido asunto sobre unos terrenos no regulados. Hemos logrado localizar a uno de los urbanistas de antes del Restablecimiento en esta zona y va a venir para hablar sobre las ideas que tenemos en mente.

—Ah.

Ella me está escondiendo algo.

Puedo sentirlo… Puedo percibir que no está siendo del todo sincera. Darme cuenta de eso me provoca una sensación de vacío en el estómago que me asusta.

—No me echarás de menos, ¿verdad? —Me dedica una sonrisa forzada—. Sé que siempre tienes mil cosas que hacer.

—Sí. —Aparto la mirada—. Siempre hay mucho de lo que ocuparme.

Se hace una pausa.

—Entonces… ¿Te veo esta noche?

—¿Esta noche? —Miro a Ella y luego al sol.

Todavía quedan unas cuantas horas para que caiga la noche, así que tiene la intención de desaparecer durante todo ese rato. Mi mente se ve sobrepasada por las dudas. Primero nuestra boda y ahora esto. Quiero decirle algo, hacerle una pregunta directa, pero no aquí, no delante de Kenji…

Las emociones de Ella viran de repente.

Levanto la mirada y me encuentro sus ojos fijos en mí preocupados, con un miedo evidente… por mí.

—O me puedo quedar aquí —me dice en voz más baja—. No tengo por qué ir a ningún lado.

—Ah, sí, princesa, sí tienes que…

—Cállate, Kenji.

—Te necesitamos ahí fuera —insiste, abriendo los brazos—. Tienes que estar ahí… No podemos decidir…

—Aaron —dice Ella, colocándome una mano sobre el pecho—. ¿Estarás bien?

Me tenso y doy un paso atrás.

La pregunta hace que brote en mi interior una reacción que no me gusta demasiado. Me enerva el tono de compasión de su voz, pensar que se crea que soy incapaz de sobrevivir unas cuantas horas yo solo.

Cuando lo comprendo, es como si me hubiese golpeado con una maza:

Ella piensa que estoy roto.

—Estaré bien —le aseguro, incapaz de mirarla a los ojos—. Como has dicho, tengo muchas cosas de las que ocuparme.

—Ah —dice recelosa—. Vale.

Todavía puedo notar cómo me analiza, y, aunque no sé qué ve en mi cara, mi expresión parece haberla convencido de que no me voy a convertir en polvo durante su ausencia. Es algo que se acerca a la realidad.

Un silencio tenso nos envuelve.

—Está bien, genial —añade finalmente con una felicidad fingida—. Entonces, ¿te veo esta noche? O antes… Todo depende de lo rápido que pueda…

Kenji profiere un sonido parecido a una risa ahogada.

—Sí, yo en tu lugar me vaciaría la agenda.

—Amor mío —le digo en voz baja—. ¿Seguro que va todo bien?

—Por supuesto —responde, esforzándose por ensanchar la sonrisa. Me aprieta la mano y me besa rápidamente antes de apartarse—. Te lo prometo. Volveré lo antes que pueda.

Ella sigue mintiendo. Me golpea como un puñetazo.

—Oye, siento lo de la boda —dice Kenji, poniendo una mueca—. ¿Quién iba a decir que el inconveniente de derrocar a un gobierno corrupto iba a ser que no pudiéramos tener nada de tiempo libre?

Trago con dificultad, ignorando la opresión que noto en el pecho.

—Veo que todo el mundo ya lo sabe.

—Sí, claro, posponerla fue idea de J. Hay mucho por hacer, e intentar celebrar la boda de noche iba a ser muy complicado, y creyó que sería mejor que…

—Kenji —lo interrumpe abruptamente. Le dedica una mirada y no consigo descifrarla, pero su ira me sorprende.

—Culpa mía, princesa. —Kenji sostiene ambas manos en alto—. Culpa mía. No sabía que era un tema controvertido dejar que el novio supiera lo que estaba pasando con su propia boda, pero supongo que no sé cómo funcionan las bodas, ¿no? —dice la última parte con un deje irritado que le agria la expresión.

No tengo la menor idea de qué está pasando entre ambos.

Ella pone los ojos en blanco, más frustrada con Kenji que nunca. Se acerca a él prácticamente aporreando el suelo con los pies y la oigo musitar:

—Vas a pagar por esto. —Los dos desaparecen en la distancia sin

mirar atrás.

Sin mí.

Me quedo allí durante tanto rato después de que se hayan marchado que el sol finalmente empieza a fundirse en el horizonte, llevándose consigo cualquier rastro de calor. Me estremezco un poco cuando la temperatura se desploma, pero ignoro el frío. Sin embargo, no parece ser que sea capaz de ignorar el dolor amortiguado que noto en el pecho.

Cuando me desperté esta mañana, creía que este iba a ser el día más feliz de mi vida. No obstante, a medida que el día se acerca al ocaso…

Me siento vacío.

De pronto, el perro profiere una sucesión de ladridos agudos. Cuando me giro para mirar a la criatura, emite un sonido completamente distinto, algo parecido a un gruñido, y salta entusiasmado, levantando las pezuñas hacia mi pantalón. Le dedico al animal una mirada firme y le indico con el dedo índice que debe retirarse de inmediato. Baja lentamente de nuevo sobre sus patas y se tumba, meneando la cola.

Otro ladrido.

Suspiro al ver su cara ansiosa inclinada hacia mí.

—Supongo que no debería ser tan desagradecido. Pareces el único que está interesado en que le haga compañía hoy.

Un ladrido.

—Muy bien. Puedes venir conmigo.

El perro se incorpora, jadeando y meneando la cola con brío.

—Pero como defeques en cualquier espacio interior, o me mordisquees las botas, u orines en mi ropa… Te echaré a la calle al instante. Contendrás los movimientos de tus intestinos hasta que estés a una distancia considerable de mí. ¿Queda claro?

Otro ladrido como respuesta.

El perro me persigue con tanto afán que se choca con mis talones con el hocico. Oigo el sonido que hacen sus patas al golpear el suelo; puedo oír cómo respira, olfateando la tierra.

—Lo primero —le digo— será que alguien te dé un baño. Yo no, por supuesto, pero alguien habrá.

Al oírlo, el perro emite un ansioso y agresivo ladrido, y me doy cuenta con un sobresalto de que soy capaz de leer sus emociones. La percepción, sin embargo, es imprecisa; la criatura no siempre comprende lo que estoy diciendo, así que sus respuestas emociones son incoherentes. Pero ahora veo que el perro capta las realidades esenciales.

Por algún motivo que no consigo comprender, este animal confía en mí. Más asombroso todavía: la declaración de intenciones que le acabo de comunicar lo ha hecho feliz.

No sé mucho sobre perros, pero jamás he oído hablar de uno al que le gustara bañarse. Aunque se me ocurre que, si el animal ha entendido la palabra «baño», entonces en su día debió de tener un dueño.

Me detengo de golpe y me vuelvo hacia la criatura para estudiarla. Observo su pelaje marrón apelmazado, su oreja medio mordida. Detiene los pasos igual que yo y levanta una pata para rascarse

detrás de la cabeza de una manera poco digna.

No tengo ni idea de qué tipo de perro se trata, no sé ni por dónde podría empezar para clasificar su especie. Está claro que es algún tipo de chucho, y es jovencito o bien de tamaño pequeño. No lleva ningún collar y está raquítico. Y, sin embargo, una simple ojeada a sus partes nobles me confirma que al animal lo castraron en su día. Debió de tener un hogar de verdad. Una familia. Pero lo más probable es que perdiera a su dueño hace tiempo, de ahí que se haya visto reducido a este estado casi salvaje.

Algo me impele a preguntarme qué ocurrió.

Miro a los ojos oscuros y profundos del perro. Ambos permanecemos callados, evaluándonos mutuamente.

—¿Me estás diciendo que te gusta la idea de darte un baño?

Otro ladrido feliz.

—Qué raro —digo, girándome otra vez hacia el camino—. A mí también.

SEIS

Para cuando pongo un pie dentro de la tienda del comedor, ya son las nueve de la noche. Hace varias horas que Ella se fue, y solo he logrado distraerme un poco de este hecho. Sé que no está en peligro, pero, claro, mi mente siempre ha sido mi adversario más temible. El cúmulo de incertidumbres que he estado experimentado a lo largo del día me han llevado a un temor creciente que noto dentro del cuerpo, cuya sensación es como si me estuvieran lijando la piel.

Las peores incertidumbres son aquellas que no puedo matar o controlar.

Ante la ausencia de acción, me veo obligado a sumirme en estos pensamientos y la ansiedad me erosiona a cada minuto que pasa, corroyendo mis nervios. Tan meticulosa es que todo mi cuerpo se queda como una herida abierta, en carne viva, e incluso una brisa metafórica es como un ataque. El cansancio mental producto de aguantar estos simples golpes me deja en un estado peor que irascible. Más que nada, estos esfuerzos agotadores hacen que quiera estar solo.

Ya no sé qué está ocurriendo.

Escaneo la tienda del comedor mientras me dirijo hacia la cola donde sirven la comida, que es inusualmente corta, y busco algún rostro familiar. El espacio interior no es tan grande como antes; han

dividido una gran sección para usarla como alojamiento temporal. Aun así, la estancia está más vacía de lo que me esperaba. Solo hay un puñado de personas sentadas a las esparcidas mesas y no conozco a ninguna de ellas… Menos a una.

Sam.

Está sentada sola con una pila de papeles y una taza de café, completamente absorta en la lectura.

Serpenteo entre las mesas para hacer cola y acepto, tras unos pocos minutos, un cuenco de aluminio lleno de comida. Elijo un asiento en una de las esquinas de la habitación y me siento a regañadientes. He esperado todo lo que he podido para poder compartir esta comida con Ella, y comer solo me parece que es un poco como admitir la derrota. Quizá sea sensiblero por mi parte cavilar sobre este hecho, imaginarme abandonado. Con todo, así es como me siento.

Incluso el perro se ha ido.

Me perturba pensar que cambiaría la calma relativa de esta estancia por su habitual caos solo por tener a Ella a mi lado. Es un pensamiento que me enerva, uno que no hace más que magnificar mi anhelo pueril.

Levanto la tapa del cuenco y observo su contenido: una masa homogénea gelatinosa de algo que se parece a un salteado. Coloco el tenedor de madera sobre la mesa y me siento. Al menos Nouria tenía razón en una cosa.

Esto es insostenible.

Después de haber encontrado a alguien que se hiciera cargo del

perro, me he pasado la tarde poniéndome al día con la correspondencia digital. La mayoría de los mensajes requerían hacer llamadas y leer detenidamente informes de los niños supremos, que están lidiando con diferentes problemas, igual de preocupantes. Por suerte, Nazeera nos ayudó a instalar una red de comunicaciones más sofisticada en el Santuario, que nos ha ayudado a mantener el contacto de una manera más fácil con nuestros colaboradores internacionales. El Santuario ha destacado en muchas cosas, pero desde el principio carecía de acceso a tecnología decente. El Punto Omega, en comparación, alojaba una tecnología formidable y futurista que era impresionante incluso para los estándares del Restablecimiento. Esa tecnología, me he dado cuenta, era algo que daba por hecho que estaría en todas partes, pero por lo visto no todos los cuarteles generales rebeldes se han construido del mismo modo.

Cuando me percaté de que el Santuario iba a ser nuestro nuevo hogar permanente, insistí en aplicar algunos cambios. Fue entonces cuando Nouria y yo descubrimos por primera vez lo mal que nos caemos.

A diferencia de Sam, Nouria se ofende rápidamente; la hiere con demasiada facilidad cualquier desaire que perciba contra su campamento —y su liderazgo—, lo cual ha dificultado que intentemos instaurar esos cambios y el progreso.

Aun así, presioné.

Nos hicimos con tantos equipos informáticos de cuarteles militares locales como pudimos y sacrificamos lo que había sido la tienda de

la escuela para instalar una base de operaciones funcional, cuyo potencial era del todo desconocido para Nouria y Sam, quienes todavía se niegan a aprender más que sus funciones básicas.

Por suerte para ellas, no necesito ayuda.

La mayoría de los días hago mi trabajo rodeado por antiguos jeroglíficos de niños; hay dibujos hechos con lápices de colores de criaturas indescifrables colgadas en la pared sobre mi escritorio, abejas recortadas toscamente y mariposas que revolotean desde el techo. Cuelgo la chaqueta en un perchero pintado con los colores del arcoíris y dejo mi cartuchera colgando del respaldo de una pequeña silla amarilla decorada con huellas de una mano.

La inquietante dicotomía no me pasa desapercibida.

Sin embargo, entre Nazeera y Castle, que me sorprendió al revelarme que él era la mente maestra detrás de la mayoría de la tecnología de última generación del Punto Omega, estamos a punto de diseñar una interfaz que podrá igualar la que construimos en el Sector 45.

Me he sumergido en el trabajo durante horas, apenas he salido a tomar el aire o a comer siquiera. Además de todo lo otro, he estado diseñando un plan, uno más seguro, que nos permitiría dejar entrar la ayuda que necesitamos al tiempo que mitigamos el riesgo de exposición. Por Ella, más que nada. Normalmente, este tipo de trabajo basta para acaparar toda mi atención. Pero hoy es un día en el que mi mente no para de recordarme que se suponía que tenía que ser el de mi boda…

No importa lo que haga, estoy distraído.

Suspiro y me pongo las manos sobre los muslos, demasiado consciente de la incómoda cajita de terciopelo que tengo guardada en el bolsillo.

Aprieto y aflojo los puños.

Vuelvo a escanear el comedor, inquieto con una energía nerviosa. Todavía me asombra lo fácil que me resulta desprenderme de mi soledad por el privilegio de la compañía de Ella. La verdad es que he aprendido a disfrutar de las mecánicas de la vida con Ella a mi lado; su presencia hace que mi mundo sea más luminoso, los detalles más claros. Es imposible que no note la diferencia cuando no está.

Aun con todo, ha sido un día extraño y difícil.

Sé que Ella me quiere, y sé que dice de corazón que quiere estar conmigo, pero el día de hoy ha estado plagado no solo de decepciones, sino también de ofuscaciones preocupantes. Me oculta algo, y llevo todo el día esperando a que vuelva para poder hacerle en privado una sola pregunta esclarecedora que pueda resolver esa incertidumbre. Hasta entonces, me cuesta saber cómo me siento o qué creer.

Es más sencillo: la echo de menos.

Me arrepiento incluso de haber abandonado al perro.

Cuando he regresado del cementerio, he buscado en los terrenos alguna cara conocida para encontrar a alguien que se encargara de él y, a pesar de todos mis esfuerzos, no he logrado localizar a ninguna persona a la que reconociera. Hay mucho trabajo por hacer en las áreas externas al Santuario que antes no estaban reguladas, así que no es sorprendente que falte gente; solo me sorprendió que

me decepcionara eso. Lo único que he anhelado durante mucho tiempo ha sido un instante de quietud, y, ahora que la tengo a raudales, no estoy seguro de quererla.

Darme cuenta de esto me ha dejado pasmado.

De todos modos, estaba a punto de abandonar la idea de bañar al animal cuando una mujer joven se me ha acercado con paso nervioso. Tenía la cara tan roja como el pelo cuando ha tartamudeado la sospecha de que tal vez necesitaba ayuda.

Aprecio el esfuerzo que ha hecho, pero la conversación no ha podido distar más de ser ideal.

La chica ha resultado formar parte de una subsección ridícula y persistente de gente del Santuario, un grupo de hombres y mujeres que todavía insisten en tratarme como si fuera una especie de héroe. Peleé contra los soldados supremos de mi padre en un intento fallido de proteger a Ella, y estos necios bienintencionados en cierto sentido han idealizado ese fracaso; uno de los peores días de mi vida se ha fosilizado en sus recuerdos como un día que se debe celebrar.

Me pone enfermo.

Esta gente me ha romantizado en sus mentes. Ha romantizado la mismísima idea de mi existencia y a menudo me han deshumanizado en el proceso. Cada vez que miraba a la mujer a los ojos, temblaba visiblemente. Sus sentimientos eran tanto indecentes como sinceros, una mezcla demasiado incómoda casi como para describirla.

He pensado que estaría más calmada si miraba al animal mientras hablaba, que es lo que he hecho, y ha parecido sosegarse un poco.

Le he contado lo del perro, le he explicado que necesitaba un baño y comida, y se ha ofrecido generosamente a hacerse cargo. Como no he percibido ningún peligro por parte de la chica, he aceptado su gesto.

—¿Tiene nombre? —me ha preguntado.

—Es un perro —le he dicho, frunciendo el ceño mientras levantaba la vista—. Puedes llamarlo Perro.

La joven se ha quedado paralizada al oírlo, al ver mis ojos clavados en los suyos de repente. He observado cómo se le dilataban las pupilas mientras forcejeaba con una combinación de emociones que me arrojan demasiado a menudo: un terror abyecto entrelazado con deseo. Me ha confirmado en ese instante lo que siempre he sabido que era verdad. La mayoría de la gente es decepcionante y, por ende, hay que evitarla.

No me ha dicho nada más después de eso, solo se ha limitado a levantar en brazos temblorosos al animal, que se ha dejado de mala gana y gimoteando, y se ha marchado. No he vuelto a ver a ninguno de los dos desde entonces.

No sería ninguna exageración decir que este día ha sido una completa decepción.

Echo hacia atrás la silla y me pongo de pie, levantando el cuenco de aluminio para irme. Tengo pensado guardar el amasijo de comida para el perro, si es que vuelvo a verlo. Levanto la vista hacia el enorme reloj colgado en la pared y me doy cuenta de que solo he logrado matar otros treinta minutos.

Reconozco que debería aceptar el fiasco que ha resultado ser el

día de hoy y, como parece poco probable que vaya a ver a Ella esta noche, debería irme a la cama. Me siento desmoralizado por este giro de los acontecimientos; tanto es así que tardo unos segundos de más en darme cuenta de que Sam me está llamando.

Giro sobre los talones hacia su dirección.

Está haciendo señas para que me acerque, pero ahora mismo no tengo ningún interés en conversar. Lo único que quiero es batirme en retirada y lamerme las heridas. Pero me obligo a acortar la distancia que nos separa, incapaz de generar ni un ápice de buena voluntad mientras me acerco.

Me la quedo mirando a modo de saludo.

Sam está incluso más cansada de lo que me había imaginado. Sus ojos lucen ojeras de color lavanda. Tiene la piel más grisácea que nunca y el corto cabello rubio le cae lánguido sobre la cara.

Ella tampoco pierde el tiempo con formalidades.

—¿Has leído los informes sobre los incidentes recientes en — agacha la mirada hacia los papeles y se frota un ojo con la palma de la mano— el 18, el 22, el 36, el 37, del 141 al 223 y el 305?

—Sí.

—¿Te has dado cuenta de qué tienen todos en común?

Suspiro, sintiendo que se me tensa el cuerpo de nuevo al responder:

—Sí.

Sam cruza los brazos sobre el montón de papeles y me mira desde su asiento.

—Genial. Entonces comprenderás por qué necesitamos que Juliette

haga una gira por el continente. Tiene que hacer comparecencias, apariciones en persona…

—No.

—Hay turbas en las calles, Warner. —La voz de Sam es dura, algo inusual en ella—. Contra nosotros. No contra el Restablecimiento… ¡Contra nosotros!

—La gente es impaciente y desagradecida —digo afiladamente—. Lo que es peor, la gente es estúpida. No comprenden que el cambio conlleva tiempo. Está claro que dieron por sentado que la caída del Restablecimiento traería paz y prosperidad al mundo al instante, y, como ya han pasado dos semanas desde que estamos en el poder, no comprenden, por qué sus vidas no han mejorado de un día para otro.

—Sí, vale, pero la solución no es ignorarlas. Esas personas necesitan esperanza, necesitan verle la cara…

—Ya ha salido por televisión. Ha hecho un par de apariciones locales…

—No es suficiente —me interrumpe Sam—. Escucha. Todos sabemos que el único motivo que impide a Juliette hacer más cosas eres tú. Estás tan preocupado por mantenerla a salvo que estás poniendo todo nuestro movimiento en peligro. Ella lo hizo, Warner. Fue decisión suya enfrentarse al Restablecimiento, fue decisión suya echarse encima esta carga. El mundo la necesita ahora, y eso significa que te tienes que aclarar las ideas. Tienes que ser más valiente.

Me tenso al oír la precisión quirúrgica de su comentario.

No digo nada.

Tras unos segundos de silencio, Sam exhala algo parecido a una risa.

—¿Crees que no comprendo lo que es estar con alguien cuya vida está constantemente en peligro? ¿Crees que no entiendo lo aterrador que es ver cómo salen por la puerta cada día? ¿Te haces una idea de la cantidad de intentos de acabar con la vida de Nouria que ha habido?

Sigo callado.

—Es durísimo, joder —dice enfadada, y me sorprende por el taco. Sam se pasa las dos manos por el pelo antes de volver a frotarse los ojos—. Es muy muy muy duro.

—Lo sé —digo en voz baja.

Entonces me mira a los ojos.

—Sé que no lo estás haciendo a propósito. Sé que solo quieres lo mejor para ella, pero la estás reprimiendo. Nos estás reprimiendo a todos. No sé exactamente lo que habéis tenido que vivir vosotros dos. Sea lo que sea, debe de haber sido algo serio, porque está claro que Juliette está más preocupada por ti que por sí misma, pero…

—¿Qué? —Arrugo la frente—. Eso no es…

—Hazme caso. He hablado muchas veces con ella sobre esto. Juliette no quiere hacer nada que te pueda asustar. Cree que estás procesando algo en estos instantes, aunque no me ha dicho el qué, e insiste en que no va a hacer nada arriesgado hasta que no esté del todo segura de que tú puedas soportarlo. Por lo tanto, necesito que puedas con esto. Ya.

—Estoy bien —le digo, con la mandíbula tensa.

—Maravilloso. —Sam esboza una sonrisa—. Si estás bien, ve y díselo. Anímala a que haga una gira internacional o como mínimo una por el país. Juliette sabe cómo hablarles a las masas; cuando mira a la gente a los ojos, creen en ella. Sé que lo has visto. De hecho, probablemente tú seas el que mejor sepa que nadie en el mundo se preocupa más por la gente que ella. Le importan genuinamente sus familias, sus futuros… Y ahora mismo el mundo necesita un recordatorio. Necesita esa reconfirmación. Así que tienes que dejarle que haga su trabajo.

Noto que mi pulso se desboca.

—Jamás le impediría que hiciera su trabajo. Solo quiero que esté a salvo.

—Sí… Priorizas su seguridad por encima de todo lo demás, en detrimento del mundo entero. Estás tomando decisiones impulsado por el miedo, Warner. No puedes ayudar a curar el planeta si solo estás pensando en lo que es mejor para una sola persona…

—En ningún momento me metí en esto para curar el planeta —le espeto—. Jamás he fingido que me importara el futuro de nuestra patética civilización. Si en algún punto me has tomado por un revolucionario, es error tuyo. Veo que es el momento de aclararte una cosa: me haría feliz ver el mundo arder si algo le llegara a ocurrir a Ella, y, si eso no te sirve, por mí puedes irte a la mierda.

Sam echa hacia atrás su silla tan rápidamente que produce un chirrido penetrante que eriza la piel y retumba por todo el comedor, que está casi vacío. Ahora está de pie, cavando un hoyo en el suelo

con el calor de su ira. Las pocas caras que hay en la habitación se giran para mirarnos; percibo su sorpresa, su creciente curiosidad. Sam es de corta estatura, pero feroz cuando quiere serlo, y ahora mismo parece que se esté pensando si matarme con sus propias manos.

—No eres especial —me suelta—. No eres el único que ha sufrido. No eres el único que se pasa las noches en vela preocupándose por sus seres queridos. Tu dolor o tus problemas no me dan ninguna pena.

—Bien —contesto, equiparando su ira sin problemas—. Lo mismo digo.

Sam niega con la cabeza y alza las manos en el aire. Durante unos instantes, parece que se vaya a echar a reír. O a llorar.

—¿Qué diantres ve en ti? No eres más que un narcisista desalmado sin corazón. No te importa nadie más que no seas tú. Espero que sepas lo afortunado que eres de que Juliette tolere tu presencia. Ni siquiera estarías aquí si no fuera por ella. Ya te digo que yo no te defendería en nada.

Agacho la mirada, absorbiendo los golpes con una practicada indiferencia. Mi cuerpo no es tan distinto a la luna, lleno de cráteres creados con una brutalidad meticulosa que cuesta visualizarlo sin los signos violentos que han dejado en él.

—Buenas noches —exclamo con voz queda, y me giro para marcharme.

Oigo cómo Sam suspira, y el arrepentimiento se va acumulando en su cuerpo mientras me alejo.

—Warner, espera —me dice—. Lo siento… Me he pasado de la raya. Ha sido un día largo, no quería…

Me voy sin mirar atrás.

SIETE

Estoy atrapado entre dos finas mantas sobre el suelo congelado de esta habitación de hospital, con los ojos cerrados, fingiendo dormir, cuando oigo el suave chirrido de la puerta, la presencia familiar de Ella que entra en la habitación.

Hace horas que ha pasado la medianoche.

Trae consigo un leve olor a algo químico, que me confunde, pero lo más importante es que percibo su miedo al entrar de puntillas en el espacio, desplazado por completo por un alivio repentino cuando atisba, sin duda, mi cuerpo tumbado.

Alivio.

No lo entiendo.

Siente alivio al encontrarme durmiendo. Está aliviada por no tener que hablar conmigo.

La presión que noto en el pecho se intensifica.

Oigo los ruidos que hace al quitarse la ropa y los zapatos en la oscuridad y me pregunto cuál será la mejor manera de romper el silencio, preparándome para su sorpresa —y su decepción— al descubrir que estoy despierto. Le cedo unos segundos, oyendo los sonidos familiares de las sábanas. La visualizo subiendo a la estrecha cama de hospital, tapándose con las mantas, y de pronto sus emociones viran sin aviso previo: experimenta una oleada punzante y asombrosa de felicidad.

Curiosamente, hace que me asuste todavía más.

Ella no solo está tranquila, sino que también se siente feliz por haberme esquivado. Está feliz por poder irse a dormir sin que la molesten.

El corazón se me acelera y el pavor se multiplica. Casi me da miedo decir algo ahora, a sabiendas de que el sonido de mi voz solo va a provocar la demolición de su alegría. Aun así, tengo que hablar con ella. Tengo que saber qué está pasando entre nosotros, y me estoy preparando para abrir a boca justo cuando reparo en un cambio en su respiración.

Ya se ha dormido.

He estado tumbado vestido, hundiéndome en la oscuridad durante horas, y Ella se ha quedado dormida en escasos segundos.

Me siento paralizado. Atado a este frío suelo por el miedo, unos pinchos y espinas que conozco bien se me hincan en las piernas y en los brazos.

Abro los ojos de golpe. No puedo respirar.

No sabía qué hacer con la cajita que sigue en mi bolsillo. Tenía miedo de dejarla en cualquier lado, preocupado por perderla o por que Ella la descubriera. Sigue a mi lado, dejando una marca en mi pierna con su presencia, recordándome todo lo que, para mi horror, de sopetón me parece perdido.

Inconscientemente, alargo la mano hacia una pieza de joyería completamente distinta y mis dedos encuentran la piedra lisa de jade de mi anillo en la oscuridad. Estoy tan acostumbrado a él ya que no recuerdo qué aspecto tiene mi mano si no lo llevo. Le doy

vueltas a la fría banda alrededor del dedo meñique siguiendo un movimiento repetitivo y familiar, preguntándome si no habrá sido un error mantener este símbolo de pena tan cerca de mi piel durante todos estos años.

El anillo fue un regalo de mi madre, fue el único presente que recibí cuando era pequeño. Y, aun así, los recuerdos asociados a este objeto son tan oscuros y dolorosos… Son recordatorios de la tiranía de mi padre, del sufrimiento de mi madre, de la traición de mi abuelo…

A menudo me han dado ganas de guardar bajo llave este recuerdo de mi torturada infancia. Tocarlo ahora me retrotrae a diferentes versiones de mí mismo: cuando tenía seis años, luego siete, ocho, nueve… En su día me aferré a él desesperadamente mientras gritaba y un dolor explosivo se extendía por mi espalda, una y otra vez.

Durante mucho tiempo, no quise olvidar. El anillo me recordaba siempre la brutalidad de mi padre y el odio que me motivaba a permanecer con vida, aunque solo fuera para sacarlo de quicio.

Pero lo más importante de todo es que es lo único que me queda de mi madre.

Con todo, quizá este anillo me ha atado a mi propia oscuridad, un símbolo de repetición infinita condenado a conjurar para siempre las agonías de mi pasado.

A veces temo quedarme atrapado para siempre en este círculo, incapaz de sentir felicidad, incapaz de separarme de mis demonios.

Cierro los ojos, y las escenas del día se reproducen como si estuvieran en modo repetición. Parece que estoy condenado a revivir

los acontecimientos eternamente, escudriñándolos en busca de respuestas, en busca de pruebas de cualquier cosa que pueda dar explicación a lo que está sucediendo en mi vida. Y, a pesar de haber hecho lo imposible por apagarlos, recuerdo la voz de Sam y luego la de Kenji…

«No eres más que un narcisista desalmado sin corazón».

«Veo que todos mis esfuerzos por defender tu comportamiento de mierda fueron en balde».

«No sé qué ve en ti».

«¿Qué diantres ve en ti?».

OCHO

Cuando abro los ojos, la luz se está filtrando a través de las cortinas medio echadas y me ciega. Por cómo incide en la habitación, deduzco que el sol hace poco que ha salido y es la primera hora de la mañana.

No sé cuándo me quedé dormido, ni siquiera sé cómo logré esa hazaña de no haber sido por puro cansancio. Mi cuerpo sucumbió a la necesidad aunque mi mente se negara, protestando contra esa decisión con una tunda de pesadillas que vuelven a reproducirse mientras me incorporo y cierro los ojos para evitar el resplandor.

Me he pasado la noche huyendo de un desastre natural indescifrable. Era el elemento onírico clásico que tiene sentido mientras sueñas pero que es un sinsentido cuando te despiertas.

No podía dejar de correr.

No me quedaba otra opción que seguir adelante por miedo a que acabara conmigo la inminente calamidad, mientras buscaba a Ella, de quien me había separado. Cuando al fin he oído su voz, provenía de arriba: estaba sentada en un árbol, lejos del peligro, observando felizmente las nubes mientras yo corría por mi vida. El desastre natural, algo como un tornado o un tsunami o ambas cosas a la vez, aumentaba de intensidad, y yo aceleraba, incapaz de frenar el tiempo suficiente como para hablar con Ella o trepar por el árbol, cuyo tronco era demasiado alto. No entendía cómo lo había escalado

ella.

En un intento desesperado, la he llamado, pero no me ha oído. Me daba la espalda, se reía, y me he dado cuenta entonces de que Kenji estaba sentado a su lado en el árbol. También Nazeera, que sin duda alguna los llevaría volando a un lugar seguro.

He gritado su nombre más de una vez hasta que al final se ha girado al oír el sonido de mi voz, y me ha mirado a los ojos con una sonrisa amable. Al final me he detenido y he caído de rodillas por el sobreesfuerzo.

Ella me ha saludado con la mano justo cuando me hundía.

Alguien llama a la puerta del hospital y me pongo de pie de un salto. Mi mente va con unos segundos de retraso, aunque mis instintos se agudizan. Me doy cuenta ahora de que Ella no está aquí. Las sábanas arrugadas de hospital son la única prueba de que ha estado en la habitación.

Me paso una mano por la cara mientras me acerco a la puerta, apenas consciente de que todavía llevo puesta la ropa de ayer. Tengo los ojos secos, el estómago vacío y el cuerpo extenuado.

Estoy hecho polvo.

Abro la puerta y me sorprende tanto encontrarme con la cara de Winston que doy un paso atrás. Rara vez he hablado con él, prácticamente nunca. No he tenido ningún motivo en concreto para tenerle aversión, pero apenas nos conocemos. No sé si alguna vez le visto la cara tan de cerca.

—Vaya —dice, mirándome atónito—. Tienes un aspecto de mierda.

—Buenos días.

—Ah. Sí. Buenos días. —Respira hondo e intenta esbozar una sonrisa, recolocándose las gafas negras, seguramente por los nervios.

A Winston, por lo visto, le pone muy nervioso tenerme cerca, algo que me deja pasmado.

—Perdona, es que me he sorprendido —dice, tropezándose con las palabras—. Por lo general, tienes un aspecto…, en fin, muy pulcro. Qué más da… Puede que quieras darte una ducha antes de marcharnos.

Soy tan incapaz de procesar la absurdez, o el atrevimiento, de esta propuesta que le cierro la puerta en las narices. Corro el pestillo.

Los golpes en la puerta se reanudan al instante.

—¡Eh! —se queja, gritando para que lo oiga—. Te hablo en serio, tengo que llevarte a desayunar esta mañana, pero creo que…

—No necesito carabina —le espeto mientras me quito el jersey. Esta habitación de hospital es una de las más grandes, con baño privado en el que hay una ducha industrial—. Y no necesito que me recuerdes que debo bañarme.

—¡No quería decirlo como un insulto! Joder. —Emite una risa nerviosa—. Todo el mundo intentó avisarme de que era difícil tratar contigo, pero creía que quizá estaban exagerando, al menos un poco. Fallo mío. Escucha, vas bien. No hueles mal ni nada. Solo he pensado que querrías darte una ducha…

—Repito que no necesito tus consejos sobre este asunto. —Me estoy quitando los pantalones y los doblo con cuidado para que la cajita que está atrapada dentro del bolsillo no se caiga—. Lárgate.

Abro el grifo de la ducha, cuyo sonido distorsiona la voz de Winston.

—Venga ya, hombre, no lo hagas difícil. He sido el único que se ha ofrecido a venir a buscarte esta mañana. Los demás tenían demasiado miedo. Incluso Kenji ha dicho que estaba demasiado cansado como para lidiar con tus mierdas.

En este momento, vacilo.

Salgo del baño y regreso a la puerta cerrada vestido únicamente con mi bóxer.

—¿Venir a buscarme para qué?

Noto el sobresalto de Winston al oír mi voz tan cerca.

—Ah, ya… De hecho, no te lo puedo decir —repone evasivo.

Una sensación aterradora de inquietud me recorre el cuerpo al oír esas palabras. La culpa y el miedo de Winston son más que evidentes, y su ansiedad va en aumento.

Algo va mal.

Le echo una última mirada a la cama vacía de Ella antes de abrir la puerta. Soy poco consciente de mi aspecto, de que estoy abriendo la puerta vestido solo con ropa interior. Me queda claro enseguida, cuando Winston me mira de arriba abajo al verme.

Desvía los ojos rápidamente.

—Hostia… ¿Por qué te has quitado la ropa?

—¿Qué está pasando? —le pregunto con frialdad—. ¿Dónde está Juliette?

—¿Qué? No lo sé. —Winston me da la espalda y se pellizca el puente de la nariz con el pulgar y el índice—. Y no tengo permitido

decirte qué está pasando.

—¿Por qué no?

Ante mi pregunta, levanta la cabeza y me mira a los ojos durante un nanosegundo antes de desviarlos de golpe; un rubor moteado se extiende por su cuello y le sube hasta las puntas de las orejas.

—Por favor, por el amor de Dios —se queja, quitándose las gafas y frotándose la cara—. Ponte algo de ropa. No puedo hablarte así.

—Pues vete.

Winston se limita a negar con la cabeza y se cruza de brazos.

—No puedo. Y no puedo contarte qué está pasando, porque se supone que es una sorpresa.

Las ganas de pelear abandonan mi cuerpo en un solo soplo, dejándome mareado.

—¿Una sorpresa?

—¿Te puedes ir a la ducha, por favor? Te esperaré fuera de la tienda médica. Preséntate vestido. Por favor.

Dejo que la puerta se cierre de golpe entre nosotros y me la quedo mirando con el corazón latiéndome desbocado en el pecho. Me llega una oleada de alivio por parte de Winston y luego un destello de felicidad.

Parece… entusiasmado.

Al final, me alejo, me quito la ropa interior y la arrojo al cubo de la colada que tengo cerca antes de entrar en el cuarto de baño lleno de vapor. Capto mi reflejo en el espejo que ocupa toda la pared, mi cara y mi cuerpo devorados lentamente por el vapor.

«Se supone que es una sorpresa».

Durante un largo rato, parece que no sepa moverme. Me doy cuenta de que tengo los ojos dilatados bajo la luz tenue… Son más oscuros. Tengo un aspecto ligeramente distinto al habitual, mi cuerpo se endurece poco a poco cada día que pasa. Siempre he estado en forma, pero esto es distinto. Mi rostro ha perdido cualquier rastro de suavidad. Mi pecho es más ancho, mis piernas más firmes. Estos sutiles cambios en mi definición muscular, en mi masculinidad…

Veo que me estoy haciendo mayor.

Gracias a la investigación que hicimos para el Restablecimiento, descubrimos que hubo una época en la que la veintena eran considerados los mejores años de la juventud. Siempre me costó visualizar ese mundo, uno en el que a los adolescentes los trataban como niños, en el que los que estaban en la veintena se sentían jóvenes y despreocupados, con un futuro sin límites.

Me sonaba a ciencia ficción.

Aun así… A menudo he jugado a este juego en la privacidad de mi mente. En otro mundo, quizá viva en una casa con mis padres. En otro mundo, puede que ni siquiera se espere de mí que tenga trabajo. En otro mundo, puede que no conozca el peso de la muerte, puede que nunca haya sostenido una pistola, disparado una bala, matado a tantas personas. Los pensamientos me parecen absurdos mientras me asaltan la mente. En un universo alternativo quizá pueda ser considerado una especie de adolescente, libre de cualquier tipo de responsabilidad.

Qué extraño.

¿De verdad existió un mundo en el que los padres hacían el trabajo que se esperaba de ellos? ¿Existió alguna realidad en la que los adultos no eran asesinados simplemente por resistirse al fascismo, abandonando a sus hijos pequeños para que se criaran solos?

Aquí somos casi todos huérfanos que vagabundeamos, y corremos, por este planeta roto.

A menudo me imagino cómo sería entrar en una realidad alternativa así, despojarme del peso de la oscuridad a cambio de tener una familia, una casa, un refugio.

Dejo atrás mi reflejo para meterme bajo el agua caliente.

Jamás pensé que me acercaría tanto a tocar un sueño así, jamás pensé que sería capaz de confiar, de amar, de encontrar la paz. Llevo mucho tiempo buscando un rinconcito tranquilo en el que habitar, un lugar en el que existir sin cargas. Siempre quise tener una puerta que pudiera cerrar, aunque fuese durante un instante, para dejar fuera la violencia del mundo. No comprendía por aquel entonces que un hogar no es siempre un lugar. A veces es una persona.

Dormiría sobre el frío suelo de la habitación de hospital durante el resto de mi vida si así me pudiera quedar al lado de Ella. Estoy dispuesto a renunciar a la tranquilidad. Puedo compartimentar la necesidad de tener espacio, el deseo de intimidad.

Pero perderla a ella…

Cierro los ojos por la presión del agua. El chorro dibuja afluentes sobre mi cara y mi cuerpo. El calor es un bálsamo que agradezco sobre mi piel. Quiero que ardan los residuos del día de ayer, quiero

una explicación por todo lo que pasó o incluso olvidarlo por completo. Cuando las cosas no están bien entre Ella y yo, soy incapaz de concentrarme. El mundo parece desprovisto de colores; mis huesos, demasiado grandes para mi cuerpo. Lo único que quiero, más que cualquier otra cosa, es acortar la distancia que nos separa.

Quiero que esta incertidumbre desaparezca.

Levanto la cara hacia el chorro y cierro los ojos cuando el agua me acribilla la cara. Respiro hondo, inhalando agua y vapor, e intento tranquilizar mis latidos.

Sé que no debo ser optimista, pero, aunque me prohíba pensar en ello, no puedo evitar cavilar que la palabra «sorpresa» rara vez va asociada con algo negativo.

Puede que Winston haya elegido la palabra menos adecuada, pero el arrebato de emoción parece confirmar esta sospecha; de haber querido prepararle el camino a mi decepción, habría elegido un término más siniestro.

A pesar de mis protestas silenciosas, la esperanza se aferra a mí y hace aflorar a la fuerza lo poco que queda de mi autocontrol. Apoyo la frente en los azulejos fríos y el agua me golpea las cicatrices de la espalda. Apenas la noto, la sensibilidad de esa zona está atenuada por los daños sufridos en los nervios, en la piel cicatrizada.

Me enderezo al oír un sonido repentino.

Me giro, con el corazón acelerado, al oír el suave traqueteo que hace la puerta del baño al abrirse. Sé que es Ella. Siempre la percibo antes de verla, y, cuando la veo, cuando abre la puerta del baño y se

queda en el umbral, sonriéndome…

Siento un alivio tan intenso que debo buscar la pared y apoyarme en los fríos azulejos. Ella sostiene dos tazas de café, vestida como siempre, con un jersey suave y tejanos, con el pelo castaño tan largo que le llega hasta los codos. Me sonríe y desaparece hacia la habitación. La sigo y por poco resbalo por las prisas. Me aferro al marco de la puerta para recuperar el equilibrio y observo cómo deja las tazas de café sobre una mesa cercana. Se quita las zapatillas deportivas y los calcetines.

Cuando se quita el jersey por la cabeza, me da un miniinfarto. Está de espaldas a mí, pero tiene la piel desnuda. No lleva sujetador.

—Esta mañana estabas dormido como un tronco —me dice mirándome por encima del hombro mientras se desabotona los tejanos—. Me daba cosa despertarte. He ido a por café, pero había mucha gente en la cola del desayuno. Perdona que no estuviera aquí.

Se quita los tejanos contoneándose, bajándoselos de las caderas. Lleva puesta una ridícula pieza de lencería que quiere hacerse pasar por ropa interior, y yo la observo, inmóvil, mientras se agacha para acabar de tirar de los tejanos y quitárselos del todo.

Cuando se da la vuelta, me las veo y me las deseo para respirar.

Es tan preciosa que apenas consigo sostenerle la mirada; es como si me hubiese adentrado en una especie de sueño extraño. Los miedos debilitadores que ayer me acosaban han quedado relegados al olvido en un abrir y cerrar de ojos. El calor me atraviesa el cuerpo a una velocidad peligrosa, mi mente es incapaz de captar lo que mi

cuerpo está claro que ya comprende. Hay tantas cosas que todavía tengo que decirle, tantas cosas que recuerdo quererle preguntar. Pero cuando se quita la ropa interior y pasa por la puerta abierta del baño hacia la ducha y luego directamente a mis brazos, me olvido de todo.

Mi cerebro se desconecta.

Su cuerpo blando y desnudo se arrima a todos los centímetros duros del mío y de repente no quiero nada, nada que no sea esto. El anhelo es tan intenso que siento que puede partirme en dos.

—Hola, guapo —me dice levantando la cabeza. Me resigue la espalda con las manos y va bajando. Puedo oír cómo sonríe—. Pareces que aquí estás demasiado bien como para no compartirlo.

No puedo hablar.

Me toma la mano, todavía sonriendo, y se la coloca sobre el pecho antes de guiarla lentamente hacia abajo por su cuerpo; me está mostrando exactamente lo que quiere de mí y cómo lo quiere.

Pero yo ya lo sé.

Sé dónde quiere mis manos. Sé dónde quiere mi boca. Sé dónde me quiere por encima de todo lo demás.

La rodeo con los brazos y subo su pierna alrededor de mi muslo antes de besarla, abriéndola. Está suave, resbaladiza y ansiosa en mis brazos y me devuelve los besos con una urgencia que me vuelve loco. Le echo la cabeza hacia atrás cuando me separo y le beso el cuello. Lentamente, muy lentamente, con cuidado, cambio las manos por mi boca en todas las partes de su cuerpo. Los sonidos desesperados y angustiados que emite me envían oleadas de placer

que me recorren entero y me prenden fuego. Alarga las manos hacia atrás, en busca de un punto de apoyo en la pared de azulejos, y arquea la espalda por el placer.

Me encanta la manera como se deja llevar conmigo, la manera como se suelta, confiándome plenamente sus necesidades, su placer. Nunca me siento tan cerca de ella como cuando estamos entrelazados así, cuando lo único que nos separa es la sinceridad y el amor.

Me toca, envuelve su mano a mi alrededor con cuidado, y yo cierro los ojos con fuerza, apenas capaz de contener el sonido que profiero en lo hondo de la garganta. En lo único en lo que puedo pensar en este instante es que no quiero que se acabe, quiero quedarme atrapado aquí durante horas, su cuerpo húmedo contra el mío, su voz en mi oído suplicándome, como lo está haciendo ahora, que le haga el amor.

—Por favor —me dice mientras me toca—. Aaron…

Me hundo, sin previo aviso, y me pongo de rodillas. Ella da un paso atrás. La confusión le enturbia los ojos un segundo antes de que los abra mucho al comprender mis intenciones.

—Ven aquí, cariño.

Al principio se muestra vacilante. Percibo su vergüenza repentina, su deseo y su inseguridad que colisionan, y me la quedo mirando mientras se queda quieta, el brillo de sus curvas mojadas bajo la luz, su largo pelo oscuro pegado a su piel. Unas gotas de agua caliente discurren por sus pechos, rozan su ombligo. Está completamente empapada, tan preciosa que no sé ni cómo ponerme.

Se acerca a mí poco a poco, con las mejillas sonrojadas por el calor y los ojos oscuros por la necesidad. La intercepto cuando la tengo delante y le planto las manos alrededor de las caderas. Levanto la cabeza hacia ella al tiempo que se ruboriza, un instante de timidez que se evapora en cuestión de segundos. No tarda en jadear mi nombre con las manos en mi pelo y en mi nuca. Ya está húmeda, completamente preparada para mí. Su visión, su sabor, es demasiado. Me parece que me estoy desconectando de mi mente mientras contemplo cómo se suelta. Puedo notar cómo le tiemblan las piernas al gritar que quiere más, al gritar por mí, y, cuando estalla, amortigua el grito en mi pelo. Me pongo de pie un segundo después, capturando los restos del aullido con la boca, besándola mientras tiembla en mis brazos y su respiración agitada se va calmando. Ella alarga una mano y me toca hasta que el placer me ciega. Me empuja con suavidad contra la pared, me besa el cuello, pasa las manos por mi pecho y por mi torso, y luego se pone de rodillas delante de mí y me lleva a su boca…

Emito un sonido ahogado y araño la pared resollando. El placer es de una intensidad deslumbrante que lo abarca todo. No puedo pensar en otra cosa. Apenas puedo enfocar la vista. Y durante un instante pienso que he perdido la cabeza, que se ha desconectado de mi cuerpo.

—Ella —jadeo.

—Lo quiero —me dice al apartarse, sus palabras demasiado calientes contra mi piel—. Por favor… Ahora…

Con el corazón que se me va a salir por la garganta, me aparto un

paso.

Cierro el grifo.

Ella se sorprende y se pone de pie. Paso por su lado para agarrar una toalla para cada uno y acepta la suya con algo de confusión, negándose a secarse.

—Pero…

La levanto en volandas sin mediar palabra y suelta un chillido agudo, casi una risa, al tiempo que la cargo hasta la cama de nuestra habitación. La dejo sobre el colchón con cuidado, y levanta los ojos hacia mí, muy abiertos y llenos de asombro. Tiene el pelo húmedo pegado a la piel y está goteando por todas partes. No me podría traer más al pairo que inundáramos la habitación.

Me subo a la cama y me coloco con cuidado sobre su cuerpo empapado y brillante antes de inclinar la cabeza para besarla, una necesidad tan brutal que casi no se puede distinguir de un tormento. La toco mientras la beso, frotándole lento primero y luego con más intensidad, con más urgencia. Gimotea contra mi boca, deseándome más cerca y levantando las caderas.

Me muevo dentro de ella con una lentitud meticulosa. El placer es tan profundo que parece cercenar mi conexión con la realidad.

—Dios, eres una maravilla —musito, apenas reconociendo el sonido rasgado de mi propia voz—. No me puedo creer que seas mía.

Solo gime mi nombre como respuesta, con los brazos abrazándome con fuerza el cuello mientras se arrima más a mí.

Puedo notar el tormento que va en aumento, la necesidad de

liberarse tan grande como la mía. Encontramos el compás de nuestros cuerpos. Ella me rodea la cintura con las piernas y no deja de besarme la boca, las mejillas, la mandíbula, cualquier parte de mi cuerpo al que pueda acceder. Sus caricias febriles solo se ven interrumpidas por las súplicas desesperadas que me piden más: más fuerte, más rápido.

—Te quiero —me dice desesperada—. Te quiero mucho…

Me abandono cuando noto que ella se deshace y me pierdo en el momento con un grito ahogado. Mi cuerpo se estremece cuando sucumbe a la sensación, a la forma más aguda de placer.

Entierro la cara en su pecho y escucho el sonido de su corazón desbocado durante escasos segundos antes de apartarme, por miedo a aplastarla. No sé cómo hemos logrado caber los dos en la estrecha cama.

Ella se apretuja a mi lado y aprieta la cara contra mi cuello mientras yo voy en busca de las finas mantas y nos arropo. Me acaricia el pecho con la punta de los dedos, dibujando formas, y este simple gesto prende un calor en mi interior.

Podría pasarme todo el día así.

No me importa lo que ocurrió ayer. No necesito ninguna explicación. Nada de eso parece importar ya, no cuando Ella está aquí conmigo. No cuando su cuerpo desnudo está enrollado con el mío, no cuando resigue mi piel con las manos, tocándome con una ternura que transmite todo lo que necesito saber.

Lo único que quiero es esto. A Ella.

A nosotros.

No me doy cuenta de que me he quedado dormido hasta que me despierto sobresaltado por su voz.

—Aaron —susurra.

Tardo unos segundos en abrir los ojos, en encontrar mi voz. Me giro hacia Ella como si estuviera en un sueño y le doy un beso suave en la frente.

—Dime, cariño.

—Hay algo que quiero enseñarte.

NUEVE

La mañana es fresca y serena, todo bañado por una luz dorada. Unas perlas de rocío salpican las hojas y la hierba, y el sol todavía se estiraza en el horizonte. El aire va cargado de aromas que no puedo describir adecuadamente; es una amalgama de fragancias del alba, el olor característico del mundo que se despierta con un estremecimiento. Que me dé cuenta de todas estas cosas es del todo inusual. Está claro, incluso para mí, que me ha mejorado el estado de humor una barbaridad.

Ella me sostiene la mano.

Esta mañana estaba animada. Se ha vestido incluso más rápido que yo, tirando de mí hacia la puerta con un entusiasmo que por poco me provoca una carcajada.

Winston, a quien encontramos esperándonos justo en la puerta de la tienda médica, experimenta un abanico de emociones diametralmente opuestas. No dice nada cuando Ella y yo nos acercamos. Primero nos mira de arriba abajo y luego desvía los ojos hacia su reloj.

—Ey, Winston —lo saluda Ella con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Qué haces aquí?

—¿Quién, yo? —Se señala a sí mismo, fingiendo sorpresa—. Ah, nada. Solo llevo más de una hora esperando a este cretino. —Me dedica una mirada sombría.

—¿Qué? ¿Por qué? —Ella frunce el ceño—. Y no lo insultes.

Proceso la conversación con algo de confusión. No me había dado cuenta hasta ahora de lo mucho que había esperado que la presencia de Winston delante de mi puerta tuviera algo que ver con Ella.

Se ve que no.

—Winston ha venido a buscarme a nuestra habitación esta mañana —le explico—. Me dijo que tenía… una sorpresa para mí.

Los surcos en la frente de Ella se vuelven más profundos.

—¿Una sorpresa?

—Hace una hora —añade Winston enfadado.

—Sí —contesto mirándolo a los ojos—. Hace una hora.

Aprieta los dientes visiblemente.

—Eres lo peor, ¿lo sabías? Todo el mundo siempre me está diciendo que eres lo peor, que no es que lo haya puesto en duda nunca, pero, joder, esta mañana me ha dejado claro hasta qué punto de egocentrismo puedes llegar. No me puedo creer que me presentara voluntario para…

—Winston. —La voz de Ella es tranquila, controlada con cuidado, pero su ira es patente. Me giro para mirarla, no sorprendido exactamente, pero…

Vale, sí, sorprendido.

Todavía me cuesta bastante familiarizarme con esta dinámica. No estoy acostumbrado a que alguien se ponga de mi lado.

—Mira —dice Ella—, puede que Warner sea demasiado agradable como para espetarte algo cuando le hablas así…

Winston emite un sonido como si se estuviera ahogando.

—Pero yo no. Así que para el carro. No solo porque estás diciendo cosas horribles, sino porque estás equivocado.

Winston sigue con los ojos pegados en Ella, perplejo.

—Disculpa… ¿Crees que es demasiado agradable como para replicarme nada? ¿Que el motivo por el que Warner se queda callado y le dedica a la gente miradas fulminantes es porque es demasiado agradable? ¿Incapaz de replicar? —Winston desvía la vista hacia mí —. ¿Él?

Una sonrisa se abre paso por mis labios.

Ella está indignada, Winston furioso y yo sonrío. Casi me estoy desternillando.

—Sí —recalca Ella, negándose a dar el brazo a torcer—. Estáis demasiado acostumbrados a atormentarlo.

Winston recorre con la mirada a su alrededor durante unos segundos, pasmado, como si hubiese entrado en un universo paralelo. Abre la boca para decir algo, me mira, desvía los ojos y finalmente se cruza de brazos.

—Te contaron lo que hizo, ¿verdad? —le suelta finalmente a Ella—. Cuando no estabas, digo. Te contaron todas las historias de cómo…

—Sí —lo interrumpe ella, con tono sombrío—. Me contaron con pelos y señales lo que ocurrió.

—¿Y bien? Entonces, sabes toda la gente a la que mató y lo mal que trató a todo el mundo y cómo hizo llorar a un montón de personas de aquí y cómo Nouria por poco le mete un disparo por ello… ¿Y crees que nosotros somos los que lo atormentamos? ¿Eso

es lo que crees que está ocurriendo aquí?

—Exacto.

—Y tú —añade Winston, volviéndose hacia mí con los ojos entornados en una expresión de rabia apenas contenida—, ¿tú estás de acuerdo con esta evaluación de tu personalidad?

Ensancho la sonrisa.

—Sí.

—Vaya, pues sí que eres un cretino.

—Winston…

—¡Me ha tenido una hora esperando! Y eso después de haberle dicho que tenía una sorpresa para él, y después de cerrarme la puerta en los morros… varias veces. —Winston niega con la cabeza —. Deberías haberlo oído. Es tan faltón, tan maleducado…

—¡Eh! ¿Qué diantres pasa? —Kenji se acerca hacia nosotros dando largos pasos—. ¿Dónde estabas? —le pregunta a Ella—. ¡Os estamos esperando!

—¿Nos estáis esperando? —me extraño—. ¿Para qué?

Kenji levanta los brazos, lleno de frustración.

—Madre de Dios, ¿todavía no se lo has contado? —pregunta mirando a Ella—. ¿A qué esperas? Oye, desde un principio que esta idea me ha parecido una estupidez, pero ahora ya me parece una auténtica tontería…

—Se lo iba a decir esta mañana —responde Ella, tensa—. Es que no he tenido la oportunidad aún. Hemos estado ocupados…

—No me cabe ninguna duda, princesa —repone Kenji, con un temblor en la mandíbula—. ¿Por qué tienes el pelo mojado?

—Me he dado una ducha.

—Te has dado una ducha —repite él, entrecerrando los ojos—. En serio.

—Vale… ¿Qué está pasando? —pregunto, pasando la vista de Ella a los demás mientras un pavor que conozco bien me recorre la espalda—. ¿Tiene que ver con la sorpresa?

—¿La sorpresa? —Kenji se muestra confundido solo un segundo antes de que se le iluminen los ojos al comprenderlo. Se gira hacia Winston—. Un momento… Creía que te habíamos enviado hace una hora a buscarlo.

Winston estalla.

—Eso es exactamente lo que hace rato que intento decir… Este hijo de puta me ha hecho esperar fuera de la tienda médica durante una hora, aunque le he hablado con toda mi amabilidad, a pesar de saber que no lo merece…

—Hostia —masculla Kenji enfadado, pasándose los dedos por el pelo—. Como si no tuviéramos suficientes cosas de las que preocuparnos hoy. —Se vuelve hacia mí—. ¿Has hecho esperar a Winston una hora entera solo para que te demos al maldito perro?

—¿El perro? —Frunzo el ceño—. ¿El perro es la sorpresa? ¿Cómo va a ser una sorpresa si ya sé que existe?

—Un momento, ¿qué perro? —Ella me mira primero a mí y luego a los demás—. ¿Te refieres al perro de ayer?

—Sí. —Kenji suspira—. Yara se llevó al perro anoche. Lo bañó y lo dejó impoluto. Incluso le puso un collar. Estaba muy entusiasmada con que fuera una sorpresa para Warner y nos hizo prometerle que

no diríamos ni pío a nadie. El perro lleva un estúpido lazo en la cabeza ahora.

Ella se ha tensado a mi lado.

—¿Quién es Yara?

La nota de celos, de posesión, prácticamente imperceptible no hace sino consolidar la sonrisa que tengo en la cara.

—Ya la conoces —le indica Kenji a Ella—. Pelirroja, alta… La que lleva el grupo escolar. Has hablado con ella…

Kenji ve mi expresión y se queda callado.

—¿De qué cojones te ríes ahora? Has mandado a la mierda todo el horario, imbécil. Llevamos un retraso de una hora con todo solo porque tú…

—Basta —intercede Ella enfadada—. Deja de insultarlo. No es ningún imbécil. No es un cretino. No es egocéntrico. No entiendo por qué os creéis que no pasa nada por decirle cualquier cosa horrible que os pase por la mente a la cara, como si estuviera hecho de piedra. Todos lo hacéis. Todos lo insultáis una y otra vez, y él se limita a encajarlo… Ni siquiera os replica nada, y no sé por qué os habéis convencido de que eso está bien. ¿Por qué? Es una persona real, de carne y hueso. ¿Por qué no os importa? ¿Por qué no creéis que tiene sentimientos? ¿Qué diantres os pasa?

La sonrisa se me desvanece en un visto y no visto.

Experimento un extraño dolor, una sensación que no dista de disolverse lentamente desde dentro. Esta percepción se agudiza y me perfora.

Me giro para mirar a Ella.

Parece percatarse del cambio que se opera en mí; durante un instante, todos reparan en ello.

Siento una vaga humillación al darme cuenta, al advertir que de alguna manera me he expuesto. El silencio que prosigue es corto pero torturador, y, cuando Ella me rodea la cintura con el brazo, arrimándome incluso en medio de todo esto, oigo que Winston se aclara la garganta.

Levanto una mano vacilante hacia su cabeza y la paso lentamente por su pelo. A veces me preocupa que el amor que siento por Ella se expanda más allá de las limitaciones de mi cuerpo, que un día me mate con su peso.

Kenji desvía los ojos.

—Sí. Mmm, bueno, la última vez que lo he visto, el perro estaba en la tienda comedor, zampándose el desayuno con todos los demás —repone Kenji con voz apagada.

Transcurren un par de segundos más de extraña incomodidad, y Winston suspira.

—¿Voy a buscar a Yara? ¿Tenemos tiempo?

—Lo dudo —contesta Kenji—. Será mejor que le digamos que se quede con el perro hasta después.

—¿Después de qué? —pregunto, intentando leer el torbellino de emociones que me rodea sin éxito—. ¿Qué está pasando?

Kenji suelta una exhalación. Parece agotado.

—J., tienes que decírselo.

Se aparta de mí, aterrorizada de repente.

—Pero tenía un plan… Iba a llevarlo allí primero…

—No tenemos tiempo para eso, princesa. Has esperado demasiado y ahora ya es un problema. Dile lo que está pasando.

—¿Ahora? ¿Con vosotros aquí?

—Sí.

—No. —Niega con la cabeza—. Al menos tenéis que dejarnos algo de intimidad.

—Ni en sueños. —Kenji se cruza de brazos—. Te he dado montones de intimidad y me has demostrado que no se puede confiar en ti. Si os dejo solos, o bien acabaréis en la cama o no lograréis conseguir nada. Ninguna de las dos opciones es favorable para nuestros objetivos.

—¿De verdad hace falta que digas eso? —exclamo, irritado—. ¿De verdad tienes la necesidad imperiosa de hablar de nuestra vida privada?

—Cuando nos cuesta una hora de nuestras vidas, sí —tercia Winston, acercándose a Kenji en un acto de solidaridad. Incluso se cruza de brazos copiando la postura del otro.

—Venga. —Señala con la cabeza a Ella—. Díselo.

Ella parece nerviosa.

Winston y Kenji forman un público enfurecido e impaciente; nos intimidan con la mirada, imparables, y ni siquiera sé si debería estar enfadado por ello, porque la verdad es que yo también quiero saber qué está pasando. Quiero que Ella me diga qué ocurre.

Alterno la mirada entre ellos, y el corazón me martillea en el pecho. No tengo ni idea de qué me va a decir. Ni idea de si esta revelación va a ser buena o mala, aunque lo nerviosa que está

parece indicar que algo va mal. Me preparo cuando veo que respira hondo.

—Está bien —dice Ella antes de soltar una exhalación—. Vale. —Otra exhalación y se acuerda de mirarme, esta vez esbozando una sonrisa ansiosa en el rostro—. Bueno… No te lo quería decir así, pero llevo un tiempo pensando cómo hacerlo de la mejor manera posible, porque quería que todo fuera perfecto, ¿sabes?, perfecto para los dos… Y no quería que fuera decepcionante. No quería que tuviera lugar este gran acontecimiento y que luego hiciéramos como si nada… Quería que fuera especial… Como si fuera a cambiar algo, y siento mucho no habértelo dicho antes, se suponía que iba a ser una sorpresa, pero no estuvo preparada a tiempo y, si te lo hubiese dicho, dejaría de ser una sorpresa y Kenji no paraba de insistir en que te lo dijera de todos modos, pero yo no… Siento mucho lo de ayer, y siento lo de Nouria… Llevo planeando todo esto con ella prácticamente desde que desperté, pero se suponía que Nouria no te tenía que decir nada, porque ella y yo habíamos acordado que sería yo la que te dijera lo que estaba pasando, pero ayer no supe exactamente qué iba a ocurrir y estaba esperando a tener más información porque nos estábamos dejando la piel intentando que todo funcionara a tiempo, pero sé lo importante que es para ti que…

—Madre del amor hermoso —musita Winston.

—¡Os vais a casar hoy! —grita Kenji.

Me giro de golpe, pasmado, para mirarlos.

—¡Kenji! ¿Cómo te atreves…?

—Estabas tardando demasiado…

—¿Nos vamos a casar hoy? —Me vuelvo para mirar a Ella a los ojos, con el corazón desbocado ahora por un motivo completamente distinto, por un motivo mucho mejor—. ¡¿Nos vamos a casar hoy?!

—Sí —responde poniéndose roja como un tomate—. Bueno… Si quieres, claro.

Le sonrío. Es una sonrisa tan ancha que me empiezo a reír, un gesto tan extraño en mí que hace que me sienta como un desconocido en mi propio cuerpo.

Apenas reconozco el sonido.

Las sensaciones que me recorren el cuerpo en estos instantes… son difíciles de explicar. El alivio que me llena las venas es embriagador; es como si alguien me hubiese perforado un agujero en el pecho en el mejor de los sentidos. Estoy experimentando una especie de locura.

Lo intento, pero no puedo dejar de reír.

—Hala —dice Winston en voz baja—. No sabía que su cara podía hacer eso.

—Sí. Es superraro la primera vez que lo ves —le explica Kenji.

—No puedo apartar la vista. Estoy intentando desviar los ojos, pero no puedo. Es como si hubiese nacido un bebé con toda la dentadura completa.

—¡Eso! ¡Exacto!

—Pero es agradable.

—Sí. —Kenji suspira—. Es agradable.

—Mmm, ¿sabías que se le marcan los hoyuelos? No tenía idea de que los tenía.

—Venga ya, hombre, eso lo sabe todo el mundo…

—A ver, vosotros dos, ¿podríais, por favor, estaros calladitos un segundo? —les pide Ella, cerrando con fuerza los ojos—. Solo un segundo.

Kenji y Winston hacen el gesto de cerrarse la boca con una cremallera antes de dar un paso atrás sosteniendo los brazos en alto en gesto de rendición.

Ella se muerde el labio antes de mirarme a los ojos.

—Bueno… ¿Qué te parece? —Se retuerce las manos—. ¿Tienes planes esta mañana? Todavía hay algo que quiero enseñarte… Es algo en lo que he estado trabajando los últimos…

La rodeo con los brazos y se ríe, sin aliento, hasta que su mirada se cruza con la mía. Pronto, su sonrisa es reemplazada por una mirada, una suavidad en su expresión que muy probablemente refleja la mía. Todavía puedo notar los cantos de la cajita de terciopelo que se me clavan en la pierna; la he estado llevando conmigo a todos lados, demasiado reacio a dejarla atrás, demasiado asustado de perder la esperanza.

—Te quiero —susurro.

Cuando la beso, inhalo su aroma, inhalo la fragancia de su piel mientras deslizo las manos por su espalda, arrimándola a mí. Su respuesta es inmediata; sus pequeñas manos se desplazan por mi pecho para adueñarse de mi cara, aferrándome cerca en lo que me devuelve el beso con intensidad, de puntillas, mientras lentamente me pasa los brazos alrededor del cuello.

La llama de mi cuerpo se prende fuego.

Me separo a regañadientes y solo porque recuerdo que tengo público. Aun así, apoyo la frente en la suya para mantenerla cerca de mí.

Vuelvo a sonreír como un idiota cualquiera.

—Mmm, vaya, la escena ha subido un poco de tono.

—¿Han terminado ya? —pregunta Kenji—. He tenido que cerrar los ojos.

—No lo sé. Creo que sí, pero yo que tú seguiría con los ojos cerrados otro minuto más por si acaso…

—¿Os podéis guardar los comentarios, vosotros dos? —les digo, girando sobre los talones para encararme a ellos—. ¿Tanto os cuesta estar simplemente felices por…?

Las palabras se mueren en mi garganta.

Winston y Kenji están con los ojos brillantes y una sonrisa de oreja a oreja.

—Enhorabuena —me felicita Kenji en voz baja.

Lo suelta con una sinceridad tan inesperada que me golpea antes de que tenga tiempo de defenderme, y las consecuencias me dejan dando vueltas.

Un calor desconocido y abrumador erupciona en mi cabeza, en mi pecho, y me escuecen los ojos.

Ella me agarra la mano.

No puedo evitar escrutar la cara de Kenji. Me quedo patidifuso con la amabilidad que encuentro en su expresión, con esa felicidad que no hace nada por ocultar. Con cada segundo que pasa se hace más patente que ha tenido un papel mucho más importante en la

ejecución del plan de Ella de lo que había sospechado, y entonces experimento la verdad —la noto con total claridad, por primera vez —, y darme cuenta es como recibir una descarga eléctrica.

Kenji desea de corazón que yo sea feliz.

—Gracias —le digo.

Sonríe, pero no es más que una contracción de sus facciones. Todo lo demás está en su expresión, en el asentimiento seco que me dedica a modo de respuesta.

—De nada —responde en voz baja.

El silencio se alarga unos segundos, roto solo por el sonido de la nariz de Winston cuando inhala sonoramente.

—Vale, ya, ha sido un momento precioso, pero id parando antes de que me eche a llorar —dice, riéndose mientras se quita las gafas y se frota los ojos—. Además, tenemos un montón de trabajo pendiente.

—Trabajo —digo, buscando el sol en el cielo—. Cómo no. —Deben de ser poco más de las ocho de la mañana, pero normalmente ya estoy sentado a mi escritorio mucho bastante antes—. Tendré que hacer una breve parada en la base de operaciones. ¿Cuánto rato crees que estaremos fuera hoy? Voy a tener que reprogramar algunas llamadas. Hay materiales urgentes que tengo que entregar hoy, y si vamos a…

—No es ese tipo de trabajo —me corta Kenji, con una extraña sonrisa en la cara—. No tienes que preocuparte por eso hoy. Nos hemos encargado de todo.

—¿Os habéis encargado? —Arrugo la frente—. ¿Cómo?

—Juliette anoche ya informó a todo el mundo. No podemos desentendernos del trabajo por completo, pero nos hemos repartido las tareas de hoy. Vamos a hacer turnos. —Vacila un instante—. Vosotros dos no, por supuesto. Vuestros horarios de hoy han quedado despejados para todo el día.

Esta es la mayor sorpresa de todas.

Si no tenemos nada en la agenda, significa que lo que va a tener lugar no ha sido una decisión improvisada en el último momento. Significa que las cosas no se han alineado fortuitamente para que ocurriera.

Ha sido algo orquestado, premeditado.

—Creo que no lo entiendo —digo titubeante—. Por más que agradezca tener tiempo libre, no debería ocuparnos más de una hora. Solo necesitamos a un oficiante y a un par de testigos. Ella ni siquiera tiene vestido. Nouria me dijo que no había tiempo para preparar la comida, ni una tarta. Ni siquiera había gente que pudiera ayudar a montarlo todo, así que no…

Ella me aprieta la mano y me mira a los ojos.

—Sé que hablamos de hacer algo muy pequeño —me dice en voz baja—. Sé que no esperabas demasiado, pero pensé que preferirías esto.

Me la quedo observando, estupefacto.

—¿Y qué es lo que voy a preferir?

Justo a tiempo, la cabeza cubierta de pelo rubio platino de Brendan aparece doblando la esquina.

—¡Buenos días, chicos! ¿Estáis listos para traer a todo el mundo?

¿O necesitáis otro minuto?

El rostro de Winston se ilumina al verlo, y le asegura que solo necesitamos unos minutos más.

—Oído cocina —le responde Brendan, y desaparece al instante.

Me giro hacia Ella, con la mente dando vueltas sin parar.

Sin tener en cuenta el pastel de cumpleaños con el que me sorprendió el mes pasado, tengo pocas experiencias vitales que me puedan ofrecer algún marco de referencia para esta vivencia. Mi cerebro está en pie de guerra contra sí mismo, comprendiendo —aunque es incapaz de entenderlo— lo que ahora me parece obvio. Ella me ha organizado algo maravilloso.

En secreto.

Todas sus evasivas, sus medias verdades y explicaciones pendientes… El miedo de que me estuviera ocultando algo…

De repente, todo cobra sentido.

—¿Cuánto llevas planeándolo? —le pregunto. Ella se tensa visiblemente de la emoción, emanando un tipo de alegría que solo he percibido en presencia de niños pequeños.

Por poco me quita el aliento.

Me rodea la cintura con los brazos y levanta los ojos hacia mí.

—¿Te acuerdas de cuando estábamos de vuelta en el avión y se me acabó la adrenalina de las venas y empecé, digamos, a perder la cabeza? ¿Y que no dejaba de mirar el hueso que me sobresalía por la pierna y no paraba de gritar?

De todo lo que podría llegar a decir, esa respuesta era algo que no me esperaba.

—Sí —contesto con cautela. No me apetece para nada recordar lo ocurrido en ese vuelo. Ni hablar de ello—. Lo recuerdo.

—¿Y te acuerdas de lo que te dije?

Desvío la mirada y suspiro mientras clavo los ojos en un punto del horizonte.

—Me dijiste que no te podías poner un vestido de novia con un hueso sobresaliéndote.

—Eso es —afirma, y se ríe—. Madre mía, sí que tenía la cabeza ida.

—No tiene gracia —susurro.

—No. No tiene gracia. Pero no sabes lo raro que fue todo en mi cabeza, nada tenía sentido. Acabábamos de pasar por un infierno, pero en lo único en lo que podía pensar mientras me miraba era en lo poco práctico que era que estuviera sangrando tanto. Te dije que no me podía casar contigo si no dejaba de sangrar, porque entonces empaparía el vestido de sangre y también tu traje, y entonces los dos estaríamos cubiertos de sangre, y mancharíamos cualquier cosa que tocáramos. Y tú… —respira hondo—, tú me dijiste que te casarías conmigo en ese preciso instante. Me dijiste que te casarías conmigo con los dientes ensangrentados, con una pierna rota, con sangre seca en la cara, con regueros rojos cayéndome por las orejas.

Pongo una mueca al oír eso, al visualizar el recuerdo de lo que le hizo mi padre, de lo que le hicieron sus propios padres. Ella ha sufrido y ha sacrificado tantas cosas por este mundo… Todo para poner de rodillas al Restablecimiento. Porque se preocupa mucho

por este planeta y por la gente que lo habita.

De repente, me siento mareado.

Lo que odio, más que cualquier otra cosa, es que no se detiene. Las exigencias sobre su cuerpo no cesan. No parece importar en qué parte de la historia estemos; sea el bando bueno o el malo, todo el mundo le exige más. Incluso ahora, después de la caída del Restablecimiento, la gente y sus líderes siguen queriendo más de ella. No parece que les importe que sea solo una persona ni que ya ha dado mucho de sí misma. Cuanto más se implica, más le demandan y antes se marchita su gratitud, cuyas reminiscencias secas se convierten en algo completamente distinto: expectativas. Si por ellos fuera, seguirían succionándola hasta dejarla seca, pero yo no voy a permitir que eso ocurra jamás.

—Aaron.

Finalmente, la miro a los ojos.

—Suscribo cada una de las palabras que dije, mi amor.

—Estaba horrible.

—Nunca has estado horrible.

—Era un monstruo. —Sonríe al decirlo—. Tenía un tajo profundo en el brazo, la piel de las manos se me había abierto, no me dejaban de sangrar la nariz y los ojos. Incluso tenía un dedo en el que me acababan de poner unos puntos. Era el monstruo de Frankenstein. ¿Te acuerdas de ese libro…?

—Ella, por favor, no tenemos por qué hablar de eso.

—Y no podía dejar de gritar —prosigue—. Sentía tanto dolor y estaba tan disgustada por no dejar de sangrar… No paraba de decir

sandeces, y tú te quedaste sentado a mi lado y me escuchaste. Me contestaste a todas las preguntas ridículas que te hice como si no estuviera completamente enajenada. ¡Durante horas! Todavía me acuerdo, Aaron. Recuerdo todo lo que me dijiste. Incluso después de desmayarme te seguí oyendo, en bucle, en mis sueños. Fue como si tu voz se hubiese quedado atrapada en mi cabeza. —Hace una pausa—. No me puedo llegar a imaginar cómo tuvo que ser para ti.

Niego con la cabeza.

—Por mí no te preocupes. Lo que yo viví no tiene ninguna importancia…

—Claro que tiene importancia. Me importa a mí. Tú no vas a ser el único que se preocupe por la persona a la que quiere. Yo también tengo derecho a eso —me interrumpe, apartándose para poder mirarme mejor—. Te pasas demasiado tiempo pensando en lo que es mejor para mí. Siempre estás preocupado por mi bienestar y por mi felicidad y por las cosas que pueda llegar a necesitar. ¿Por qué no puedo hacer yo lo mismo por ti? ¿Por qué no puedo pensar yo en tu felicidad?

—Estoy feliz, cariño —respondo en voz baja—. Tú me haces feliz.

Ella aparta la mirada, pero al poco vuelve a fijarla en mí. Está conteniendo las lágrimas.

—Pero si pudieras casarte conmigo de la manera que fuera, elegirías hacerlo distinto, ¿verdad?

—Ella —susurro tirando de ella hacia mi cuerpo—. Mi amor, ¿por qué lloras? Me da igual la boda. No es importante para mí. Me casaré contigo ahora mismo, con lo que llevamos puesto, en este

preciso lugar.

—Pero si pudieras celebrarla como te gustaría, lo harías de otra manera —me dice levantando la mirada hacia mí—. Lo harías mejor que esto, ¿no?

—Bueno… Sí… —titubeo—. A ver, si este fuera un mundo distinto, puede. Si las cosas fueran distintas, si tuviéramos más tiempo o más recursos. Y quizá algún día tengamos la oportunidad de repetirlo, pero ahora mismo yo…

—No. —Niega con la cabeza—. No quiero repetirlo. No quiero que puedas echar la vista atrás al día de nuestra boda y lo veas como una celebración provisional o te cuestiones cómo podría haber sido mejor. Quiero que lo hagamos bien a la primera. Quiero caminar hasta el altar para llegar hasta ti. Quiero que me veas llevando un vestido bonito. Quiero que alguien nos eche una fotografía. Quiero que tengas todo eso. Lo mereces.

—Pero… ¿cómo…?

Levanto la cabeza, distraído por el sonido de voces y movimiento. Una multitud se ha congregado y se dirige hacia nosotros. Nazeera y Brendan lideran la masa de gente; Lily, Ian, Alia, Adam, James, Castle, Nouria, Sam y decenas más…

Todos llevan algo en las manos: ramos de flores, bandejas llenas de comida, cajas coloridas y manteles doblados…

Mi presión arterial parece desplomarse ante esa visión, dejándome peligrosamente mareado. Respiro hondo e intento despejar la mente. Cuando hablo, a duras penas reconozco mi voz.

—Ella, ¿qué has hecho?

Se limita a sonreírme, con los ojos brillantes de emoción.

—¿Cómo has encontrado tantas flores? ¿Dónde…?

—Vale ya —dice Winston con las manos en alto. Inhala por la nariz dos veces, y veo que tiene los ojos rojos—. Ya basta de revelar secretos. Ni una palabra más.

Me doy cuenta de que Kenji está desviando la mirada de todos nosotros.

Se aclara la garganta, con los ojos clavados en el cielo, y dice:

—Que sepas que intenté que te lo dijera. No estoy de acuerdo con toda esta locura de la boda sorpresa. Le dije que, de ser yo el que estuviera en tu posición, me gustaría saberlo. —Al final, Kenji me mira a los ojos—. Pero no me hizo caso. Me dijo que tenía que ser una sorpresa, a lo que le respondí: «¡Vas a volver a la habitación oliendo a pintura y se va a enterar de todo! ¡No es tan idiota!». Y ella obcecada y blablablá, no se va a enterar de nada, blablablá, soy la reina del mundo, blablablá…

—¡Kenji!

—¿Qué?

Ella tiene los puños apretados. Parece estar a punto de darle un puñetazo en la cara.

—Por favor, cierra el pico.

—¿Por qué? —Kenji observa a su alrededor—. ¿Qué he dicho?

—Pintura —digo yo frunciendo el ceño al recordarlo—. Claro. Anoche olías a algo ligeramente químico. Aunque no estaba seguro de qué era.

—¿Qué? —exclama Ella, decaída—. ¿Cómo? Creía que estabas

dormido.

Niego con la cabeza, sonriendo, aunque sobre todo por su bien. La culpabilidad que siente Ella es evidente y se multiplica rápidamente.

—¿Para qué era la pintura? —pregunto.

—¡No! —Winston junta las manos dando una palmada—. ¡Ahora no hay tiempo para eso! ¿Estáis listos? Estupendo. Kenji y yo os guiamos.

DIEZ

Ella me agarra la mano como si fuera una cuerda salvavidas, sonriendo mientras avanzamos por un camino desconocido a través del Santuario. Su felicidad es tan eléctrica que se contagia. Me noto pesado, abrumado. Dudo de que mi cuerpo sepa qué hacer con una sensación tan desbordante.

Pero verla así…

No hallo las palabras para describir lo que me despierta verla tan feliz, con una sonrisa tan ancha que apenas puede hablar. Solo sé que nunca querré hacer nada que se la pueda arrebatar.

Vamos siguiendo a Kenji y a Winston, a quienes se les han unido sus compañeros, Nazeera y Brendan, mientras que el resto de la muchedumbre nos sigue de cerca. Parece que soy el único que no sabe a dónde vamos, y Ella se niega a revelarme más detalles de nuestro destino.

—¿Me puedes decir al menos si vamos a salir del Santuario? —le pido.

Me sonríe.

—Sí y no.

Arrugo la frente.

—¿Vamos a algún lugar a ver lo que querías mostrarme? ¿O es otra cosa?

Su sonrisa se ensancha.

—Sí y no.

—Con que esas tenemos —repongo, mirando al horizonte con los ojos entornados—. Así que me estás torturando a propósito.

—Sí —me dice tocándome con un dedo la barriga— y no.

Niego con la cabeza, con una risa apagada, y me vuelve a hundir el dedo en el estómago.

—¡Ay! —me quejo en voz baja.

Ella sonríe de oreja a oreja antes de rodearme la cintura con un brazo, abrazándome mientras caminamos, y parece no importarle en absoluto que se tropiece cada pocos pasos. Estoy tan incomprensiblemente feliz que es como si hubiesen extraviado la mayoría de mis neuronas. A duras penas puedo pensar con coherencia.

Pasados unos segundos, Ella dice:

—¿Sabes una cosa? No es muy divertido hundirte el dedo en el estómago. De hecho, no es posible hundirlo en el músculo duro. —Pasa una mano por debajo de mi camiseta hacia arriba y luego baja lentamente por mi torso—. Todo esto sería más divertido si tuvieras algo de grasa corporal.

Tomo una buena bocanada de aire para serenarme.

—Siento mucho decepcionarte.

—En ningún momento he dicho que estuviera decepcionada —arguye, todavía sonriendo—. Me encanta tu cuerpo.

Sus palabras invocan un calor que se extiende poco a poco por algún lugar de mi interior. Me tenso cuando dibuja formas por mi piel, cuando me acaricia con los dedos el ombligo antes de ascender

lentamente de nuevo, trazando líneas con una meticulosidad lacerante.

Al final le cubro la mano con la mía.

—Eso me distrae mucho.

—¿El qué? —Ya ni siquiera está mirando el camino que está ante nosotros. Tiene un brazo alrededor de mi cintura y el otro metido descaradamente debajo de mi camiseta—. ¿Esto? —Arrastra la mano por encima de mis abdominales, moviéndose sin parar hacia abajo —. ¿Esto te distrae?

Inhalo.

—Sí.

—¿Y qué me dices de esto? —insiste levantado la mirada hacia mí con una expresión de pura inocencia mientras la mano que tiene libre sigue su descenso, metiéndose por debajo de la cintura de los pantalones—. ¿Esto te distrae?

—Ella.

—¿Sí?

Me río, pero no emito ningún sonido. Estoy nervioso. Tengo que hacer acopio de todas mis fuerzas para mantener el control necesario para que mi cuerpo no le anuncie a todo el mundo presente lo que preferiría estar haciendo en estos instantes.

—¿Quieres que pare? —me pregunta.

—No.

Su sonrisa se ensancha.

—Genial, porque…

—A ver, si el día de vuestra boda queréis estar diciendo porquerías

—dice Kenji por encima del hombro—, por lo menos podríais susurrarlas. Estamos muy apiñados en esta multitud, ¿vale? Nadie quiere oír vuestras conversaciones subidas de tono.

—Sí —conviene Nazeera girándose para mirarnos—. Tampoco quiero conversaciones empalagosas. Esas no las recomiendo ningún día, pero menos en el de vuestra boda.

La mano de Ella se aleja de mi cuerpo de inmediato.

Se vuelve hacia ellos. El instante que estábamos compartiendo ha pasado por completo al olvido; yo, sin embargo, necesito un minuto. El efecto que tiene sobre mis nervios tarda más en disiparse.

Suelto una lenta exhalación.

—Empiezo a pensar que puede que os estéis convirtiendo en la misma persona —replica Ella—. Y no lo digo como un cumplido.

Kenji y Nazeera se ríen. Él le rodea la cintura con un brazo mientras caminan, arrimándola a su cuerpo. Ella se inclina hacia él y le planta un beso en la base de la mandíbula.

En las últimas semanas, las provocaciones de Kenji se han ido volviendo inofensivas. Sus comentarios mordaces son más por costumbre que por querer hacer daño, y no está en condiciones de criticar a nadie. Nazeera y él son inseparables hoy por hoy, y los dos se refugian en cualquier esquina oscura cada vez que se les presenta la ocasión. Siendo sinceros, a todos nos escasea la intimidad; pocas personas gozan de habitación privada, así que no somos los únicos que mostramos nuestro afecto en público.

Aunque Kenji y Nazeera parecen felices de verdad.

No hace demasiado tiempo que conozco a Kenji, pero Nazeera…

Jamás pensé que la vería así.

Supongo que ella podría decir lo mismo de mí.

—Técnicamente, ahora deberíais estar separados —interviene Winston, girándose para mirarnos de frente. Camina hacia atrás mientras añade—: el novio y la novia no pueden estar de cháchara el día de su boda. Va en contra de la tradición.

—En eso tienes toda la razón —añade Brendan—. Y como los dos son almas tan puras e inocentes, no querríamos que se pudieran arriesgar a cometer algún tipo de contacto carnal indecoroso por accidente.

—Ya, bueno, creo que para eso llegamos tarde —tercia Kenji.

—¿En serio? —dicen Brendan y Nazeera a la vez.

Brendan se ríe, pero Nazeera se gira de golpe para mirar a Ella, cuyo rubor no hace sino confirmar sus sospechas.

—Vaya —exclama Nazeera pasados unos segundos, asintiendo—. Qué bien. Tus prioridades son de lo más interesantes.

—La madre que os parió —se queja Ella al tiempo que se tapa la cara con la mano—. A veces os odio de verdad, chicos.

Decido cambiar de tema.

—¿Falta mucho para llegar a ese destino misterioso? —pregunto—. Llevamos tanto rato caminando que me empiezo a preguntar si voy a necesitar algún tipo de visado.

—¿Habla en serio? —pregunta Winston exasperado—. Como mucho habrán pasado cinco minutos.

—Corre tres kilómetros, en subida, bajo un sol de justicia y vestido con un traje, y ni una gota de sudor—dice Kenji—. Ni siquiera me

dejó descansar treinta segundos. Pero esto… Claro, esto es demasiado para el señorito. Tiene sentido.

—Vale, no les hagas ni caso —interviene Ella, que me vuelve a agarrar la mano—. Ya estamos cerca. —Percibo cómo su entusiasmo vuelve a acrecentarse, y los ojos se le iluminan cuando mira hacia delante.

—Entonces… ¿Qué cambió ayer? —le pregunto—. Para hacer todo esto posible, digo.

Ella levanta la mirada.

—¿A qué te refieres?

—Ayer Nouria me dijo que, por varias razones, no podíamos ni contemplar celebrar la boda. Pero hoy —miro a nuestro alrededor, a la masa de gente que está sacrificando horas de sus trabajos y vidas para ayudar a organizar este acontecimiento— no parece que ninguno de esos motivos sea relevante.

—Ah —dice Ella, y suspira—. Sí. Ayer fue un auténtico caos. La verdad es que no quería posponer nada, pero hubo demasiados desastres que requerían nuestra atención. Perder la ropa fue un obstáculo, pero intentar celebrar la boda de noche estaba resultando una pesadilla logística. Me di cuenta de que podíamos casarnos anoche y poner en riesgo prácticamente todo lo demás, o posponerla un día y quizá, solo quizá, ser capaces de hacerlo como es debido…

—¿Un día? —Frunzo el ceño—. Nouria lo dijo como si fueran a pasar meses antes de que pudiéramos volver a agendarla. Hizo que sonara prácticamente imposible.

—¿Meses? —Ella agarrota el cuerpo—. ¿Por qué te dijo algo así?

—Debiste de cabrearla de lo lindo —dice Kenji, cuya risa reverbera —. Nouria sabía que Juliette no pospondría la boda tanto tiempo. Lo más probable es que te estuviera torturando.

—¿En serio? —Enterarme de eso hace que arrugue la frente. Entre ella y Sam parece que me he ganado dos enemigas muy poderosas.

—Ay… Siento que te dijera eso —musita Ella, abrazándome de lado mientras caminamos. Paso un brazo por encima de sus hombros y la arrimo más a mí.

—Creo que Nouria se ha tomado demasiado en serio la tapadera. No tenía ni idea de que podías llegar a pensar que íbamos a posponer la boda durante tanto tiempo. Ahora me doy cuenta de que el día de ayer debió de ser un verdadero infierno para ti.

—Qué va —miento, acariciándole suavemente la nuca. Entrelazo los dedos en su pelo sedoso. Analizo su cara cuando levanta la mirada hacia mí y reparo en cómo la luz del sol le cambia los ojos; sus iris parecen más verdes bajo su brillo, azules en la oscuridad—. Sin más.

No se lo traga.

Sus manos me acarician las caderas cuando se aparta.

—Estaba tan obcecada con intentar que todo fuera bien que ni pensé…

Se queda sin palabras, y sus emociones cambian de repente sin aviso previo.

—Uy, ¿qué es esto? —pregunta.

—¿El qué?

—Esto —repite, tocándome la pernera del pantalón de una manera que Kenji va a tener pesadillas durante semanas—. Esta cajita.

—Ah.

Me detengo de golpe, con el corazón desbocado mientras la multitud nos avanza y algunas de las personas me felicitan al pasar por nuestro lado. Alguien le coloca una tiara artesana a Ella, que acepta con una grácil inclinación de cabeza antes de quitársela discretamente.

Saben que es mejor que a mí no me toquen.

En la distancia, oigo a Winston dar palmas.

—Muy bien, ya estamos aquí. Juliette, ¿podéis Warner y tú…? Un momento, ¿dónde está Juliette?

—¡Aquí atrás!

—¿Qué cojones haces ahí atrás? —grita Kenji.

Oigo un gruñido amortiguado que procede de Winston y más palabras exasperadas de Kenji, todo esto seguido por los sonidos tranquilizadores que profieren sus respectivas parejas. La secuencia sería cómica si estuviera de humor como para echarme a reír.

Pero no, me he convertido en piedra.

—¡Ahora mismo vamos! —les asegura Ella—. ¡Podéis empezar a montar sin nosotros!

—¿Empezar a montar sin ti? Como descubra que ese era tu plan desde el principio, princesa, Nazeera te va a dar una patada en el culo.

—Para nada —exclama la aludida, alegre—. De hecho, ¡apoyo por completo que os arranquéis la ropa mutuamente, si eso es lo que

tenías planeado!

—Por el amor de Dios, Nazeera…

—¿Qué?

—No los animes —dicen Kenji y Winston a la vez.

—¿Por qué no? —pregunta Brendan—. A mí me parece romántico.

Discuten un poco más mientras mi mente va a mil por hora. Noto el contorno de la cajita contra mi pierna más afilado que nunca, un cuadrado caliente pegado a mi piel.

Esto está ocurriendo en el orden equivocado.

Consigo consolarme al recordar que todo en nuestra relación se ha desarrollado de una manera inusual; no debería sorprenderme demasiado que en esto las cosas tampoco vayan a ir según lo planeado.

En un escenario ideal, le habría propuesto matrimonio con el anillo, que ya llevaría puesto en el dedo. Pero la realidad es que nos estamos aproximando rápidamente a la celebración de la boda y todavía tengo que dárselo. Y, aunque se me ocurre que podría encontrar la manera de eludir la curiosidad que le pica justo ahora, no estoy seguro de que tenga demasiado sentido alargarlo. No tengo ni idea de a dónde vamos. No sé qué va a ocurrir a continuación.

Puede que luego ni siquiera tenga tiempo de hacer esto como es debido.

Trago saliva con dificultad, intentando hacer retroceder todos mis temores. No sé por qué estoy tan nervioso.

No es verdad.

Sí sé por qué estoy nervioso. Temo que no le guste, y no sé qué voy a hacer si lo odia. Supongo que tendré que devolverlo. Tendré que casarme con ella sin anillo y reconocer que soy un idiota de proporciones astronómicas, uno que ni siquiera habrá logrado elegir una anillo decente para su prometida.

Todas estas imágenes me inspiran una oleada de pavor tan intensa que cierro los ojos para contener su embate.

—Aaron —me llama Ella, y abro los ojos de golpe, volviendo al momento presente.

Me está sonriendo.

Me doy cuenta de que Ella ya sabe lo que hay en la caja.

Y ese hecho me pone más nervioso si cabe. Miro alrededor, en busca de algo que me calme, y me doy cuenta un segundo demasiado tarde de que estamos completamente solos. La multitud se ha dispersado en la distancia y, mientras desaparecen —sus cuerpos se van haciendo cada vez más pequeños en el horizonte—, me percato de que no tengo ni la más remota idea de dónde estamos.

Evalúo el entorno: hay carreteras asfaltadas y aceras no muy lejos, árboles que languidecen plantados a intervalos regulares. El aire huele diferente, más intenso, y el sol parece brillar más, sin que lo tapen los densos bosques. Oigo el trino familiar de pájaros y busco en el cielo, intentando orientarme. Mi mente hurga en sus recovecos los mapas, los planos, la información de hace tiempo. Esta zona parece menos salvaje que el Santuario, más urbanizada. Estoy bastante seguro de que estamos invadiendo algún territorio no

regulado, pero, como parece que seguimos dentro de los límites de protección de Nouria, no puede ser posible. Las luces que separan nuestro espacio del mundo exterior son claramente visibles.

—¿Dónde estamos? —pregunto. Durante un instante, olvido mis nervios—. Esto no es…

—Ahora abordamos ese tema —me interrumpe Ella, todavía con una sonrisa en el rostro. Deja caer al suelo la corona artesana y da un paso adelante, subiendo la mano lentamente por mi muslo y trazando un leve círculo alrededor de la forma de la cajita—. Pero antes creo que no me queda otra que hacer una broma pésima sobre encontrar algo duro en tus pantalones.

Me paso una mano por la cara, un tanto humillado.

—No, por favor.

Ella se esfuerza por mantenerse seria y se muerde el labio para evitar la sonrisa. Hace el gesto de cerrarse la boca y arrojar la llave.

Entonces estallo en una carcajada, después de la cual suspiro, con la mirada fija un instante en la distancia.

—Bueno. ¿Qué hay en la caja? —me pregunta, con una alegría tan radiante que llega a cegarme—. ¿Es para mí?

—Sí.

Cuando no hago ningún gesto para sacar el objeto, frunce el ceño.

—¿Me lo… das?

A regañadientes, saco la cajita de terciopelo de dentro del bolsillo y la aferro con la mano tan fuerte que finalmente Ella alarga la suya. Con suavidad, me envuelve el puño con los pequeños dedos.

—¿Aaron, qué ocurre?

—Nada. —Respiro hondo—. No pasa nada. Es que… —Me obligo a abrir la palma, con el corazón latiéndome con fuerza—. Espero que te guste.

Sonríe y toma la cajita.

—Estoy segura de que me va a encantar.

—No pasa nada si no te gusta. No tiene por qué encantarte. Si te parece horrendo, siempre puedo cambiártelo por otro…

—No estoy acostumbrada a verte así de nervioso. —Me mira con la cabeza ladeada—. Me parece adorable.

—Me siento como un idiota —le digo, intentando sonreír, pero fracasando estrepitosamente—. Aunque me alegro de que te resulte entretenido.

Abre la cajita mientras le digo esto. No me da tiempo de prepararme antes de oírle soltar un grito ahogado, con los ojos desorbitados por el asombro. Se tapa la boca con una mano, sus emociones están tan desatadas que apenas consigo leerlas. Hay demasiadas cosas a la vez: sorpresa, felicidad, confusión…

El esfuerzo de permanecer callado por poco me cuesta la cordura.

—¿De dónde lo has sacado? —me pregunta, bajándose al fin la mano de la cara. Con cuidado, saca el anillo de compromiso del cojincillo y lo examina de cerca antes de levantar la vista—. Jamás había visto uno igual.

—Lo mandé fabricar —consigo decir. Mi cuerpo sigue tan tenso aún que me cuesta hablar. No me ha dicho si le gusta, así que la opresión que noto alrededor del pecho se niega a aflojarse.

Me obligo a quitarle la pieza brillante y le agarro la mano izquierda

con la mía con sumo cuidado. Mis manos se mantienen milagrosamente estables mientras le deslizo el anillo en el dedo anular.

Y le encaja a la perfección, como ya anticipaba.

Le tomé la medida mientras dormía como un tronco, recuperándose en la tienda médica.

—¿Te lo han fabricado? —Ella tiene la mirada fija en su mano, el anillo refleja la luz y esparce un crisol de colores por todas partes. La gema del centro es grande, pero no demasiado llamativa, y le sienta de maravilla.

Al menos eso es lo que me parece a mí.

La observo mientras estudia el anillo, girando la mano a derecha e izquierda.

—¿Cómo has conseguido que te lo fabriquen? —me pregunta—. ¿Y cuándo? Creía que dentro habría una simple alianza lisa, jamás me habría imaginado que…

—Hay una alianza dentro. Hay dos anillos.

Levanta la mirada hacia mí y veo por primera vez que sus ojos brillan con lágrimas retenidas. La imagen me perfora el corazón, pero trae consigo la esperanza de un alivio. Puede que sea la única vez de mi vida en la que me haya hecho feliz verla llorar.

Con frenesí, Ella vuelve a abrir la cajita de terciopelo y saca de dentro de sus profundidades la alianza.

La sostiene en alto con una mano temblorosa y se fija detenidamente en todos sus detalles. El aro dorado se parece a una ramita, tan delicada que parece que la hayan forjado a partir de hilo.

Brilla bajo el sol, las dos hojas de esmeralda centellean sobre la rama infinita.

Se la desliza por el dedo, emitiendo un leve grito cuando se la acomoda en su sitio. Está diseñada para encajar perfectamente al lado del anillo de compromiso.

—Las hojas están pensadas para que sean como nosotros —le digo, oyendo lo estúpido que suena cuando lo verbalizo en voz alta, lo sumamente vulgar que resulta.

De repente, me odio a mí mismo.

Aun así, Ella no media palabra y no puedo retener la pregunta más tiempo.

—¿Te gusta? Si no te gusta, puedo…

Cierra la tapa de la cajita y me lanza los brazos al cuello para estrecharme con tanto ímpetu que noto su mejilla húmeda aplastada contra la mandíbula. Se retira un palmo para acribillarme la cara a besos, medio riendo y enjugándose las lágrimas con manos temblorosas.

—¿Cómo me preguntas algo así? Nunca he tenido nada tan bonito. Me encantan estos anillos. Me gustan muchísimo. Y sé que seguro que no pensaste en eso cuando pediste que los fabricaran, pero las esmeraldas me recuerdan a tus ojos. Son espectaculares.

Al oír eso, me la quedo mirando pasmado.

—¿Mis ojos?

—Sí —contesta con un hilo de voz y expresión suave—. Y tienes razón, son como nosotros. Hemos estado creciendo el uno hacia el otro desde lados opuestos del mismo sendero desde el inicio, ¿no

crees?

El alivio me golpea como un sedante.

La envuelvo con los brazos y entierro la cara en su cuello antes de besarla, primero con suavidad, y esos roces lentos y abrasadores evolucionan rápidamente a otra cosa. Ella vuelve a meterme la mano por debajo de la camiseta, mi piel ardiendo bajo su tacto.

—Te quiero —susurra besándome el cuello, la mandíbula, el mentón, los labios—. Y no me los quiero quitar nunca. —Sus palabras van acompañadas de una pasión tan profunda que apenas puedo respirar cuando las pronuncia. Cierro los ojos mientras las sensaciones se intensifican y dan vueltas en espiral; la caricia fría de los anillos sobre mi pecho me prende a la piel como si fuera una cerilla.

El deseo no tarda en obstruirme la mente.

Cuando nos separamos, tengo la respiración entrecortada, y un calor derretido se me desparrama por las venas. Me estoy imaginando escenas demasiado irrealizables como para llevarlas a cabo. Estar con Ella esta mañana ha sido como una presa al romperse; había tenido demasiado miedo de tocarla mientras se estaba recuperando y los días siguientes me aterrorizaba abrumarla. Me quería asegurar de que estaba bien, de que se tomaba su tiempo para regresar a la normalidad, a su propio ritmo, sin que nadie invadiera su espacio personal.

Pero ahora…

Ahora que está lista… Ahora que mi cuerpo recuerda esto…, es imposible que se pueda saciar.

—Me alegro mucho de que te gusten los anillos, amor mío —susurro a un milímetro de su boca—. Pero te tengo que pedir que me devuelvas la alianza.

—¿Qué? —exclama apartándose. Se queda mirándose la mano un instante, con el corazón roto—. ¿Por qué?

—Son las normas. —Sigo sonriendo cuando le toco la cara y le acaricio la mejilla con los nudillos—. Te prometo que después de darte este anillo hoy jamás te pediré que me lo devuelvas.

Como sigue sin moverse, alargo la mano sin mirar hacia la cajita que tiene aferrada en el puño derecho.

Suelta el objeto con mucha reticencia y suspira cuando da un paso atrás y se quita la alianza del dedo. Abro la cajita, se la acerco y, después de que coloque el anillo de nuevo dentro, cierro la tapa y me la guardo de nuevo en el bolsillo, donde estará a salvo.

El corazón me ha crecido diez tallas en los últimos minutos.

—Deberíamos ir tirando si quieres recuperarlo —le digo, tocándole la cintura y arrimándola a mi cuerpo. Acerco los labios a su oído y le susurro—: Me voy a casar contigo hoy. Y luego te voy a hacer el amor hasta que olvides tu propio nombre.

Ella profiere un grito ahogado y sorprendido, y sus manos me aprietan la camiseta. Tira de mí, me besa y me mordisquea el labio inferior antes de apoderarse de mi boca, tocándome con una desesperación renovada, un hambre voraz sin saciar. Presiona su cuerpo contra el mío, una superficie dura contra una blanda que se sueldan, y me pierdo en la sensación, en la embriaguez de saber lo mucho que desea esto.

Lo mucho que me desea a mí.

Su boca es caliente y dulce, sus brazos pesados y cargados de placer. Arrastra la mano hasta la parte delantera de mis pantalones y emito un sonido angustiado que procede de algún lugar de las profundidades de mi pecho. Aovillo las manos alrededor de su cara mientras me toca, besándola con más intensidad, con más voracidad, incapaz de saciarme. Parece estar torturándome a propósito, torturándonos a los dos, a sabiendas de que no hay nada que podamos hacer aquí, de que hay gente que nos está esperando…

—Ella —digo con voz ahogada. Su nombre es prácticamente una súplica cuando me aparto, intentando serenarme la cabeza y los pensamientos sin lograrlo. No puedo atravesar una muchedumbre con este aspecto. Ni siquiera puedo hilvanar dos pensamientos.

Mi mente está desbocada.

Lo único que deseo ahora mismo con todas mis ansias es desnudarla. Quiero ponerme de rodillas y saborearla, hacer que pierda la cabeza de placer. Quiero que me suplique antes de hacer que estalle, aquí mismo, en mitad de la nada.

—Creo que no comprendes lo que provocas en mí, amor mío —le digo intentando serenarme—. No te haces una idea de lo mucho que te deseo. No te haces una idea de lo que me gustaría hacerte ahora mismo.

Mis palabras no surgen el efecto deseado. Ella no se echa hacia atrás.

Su deseo parece intensificarse con cada segundo que pasa. Que

me pueda llegar a desear de esta manera, que yo pueda llegar a inspirarle el mismo tipo de necesidad que ella me provoca a mí…

Todavía me parece imposible.

Y es adictivo.

—No te haces una idea —replica Ella en voz baja— de cómo me haces sentir cuando me miras así.

Respiro hondo y entrecortadamente cuando vuelve a tocarme. Resigo con las manos su cuerpo antes de deslizar una por debajo de su jersey, por encima de la curva de su caja torácica. Jadea y rozo el suave y pesado bulto de sus pechos. Su cuerpo responde al instante a mi tacto.

En ese punto, como en todos los demás, su piel es suave como el satén.

—Dios mío —exclamo con voz ahogada—, no puedo saciarme de ti.

Ella niega con la cabeza y cierra los ojos, rindiéndose a mis manos.

—Kenji tiene razón —dice con voz entrecortada—. No se nos puede dejar solos.

Le beso el cuello lentamente, saboreándola hasta que gime, con la intensidad justa como para no dejarle ninguna marca. Alarga una mano hacia mí, en busca del botón de mis pantalones. Sumergido en el delirio, no me opongo, olvidando durante unos segundos dónde estamos y qué deberíamos estar haciendo hasta que noto sus suaves dedos a mi alrededor, una mano fría contra mi piel febril, y mi cabeza por poco empieza a arder.

Estoy a escasos segundos de perder la cabeza. Quiero quitarle el

jersey. Quiero desabrocharle el sujetador. Quiero desnudarla delante de mí antes de que yo…

Es una locura.

El sentido común regresa a mí solo a través de un reclamo brutal y agonizante de autocontrol, lo justo como para colocar una mano sobre la suya, obligándome a respirar lentamente.

—No podemos hacer esto aquí —le digo, y me odio al pronunciar estas palabras—. Aquí no. Ahora no.

Mira a su alrededor como si estuviera saliendo de un sueño y el mundo real se va haciendo nítido poco a poco. Me aprovecho de su distracción para adecentarme, asombrado al darme cuenta de que he estado a punto de hacer algo muy insensato.

La decepción de Ella es más que evidente.

—Tengo que llevarte a la cama, cariño —le digo, mi voz todavía áspera, cargada de deseo—. Necesito horas, días, a solas contigo.

Asiente. Su anillo refleja la luz cuando se acerca a mí y se desploma contra mi pecho.

—Sí. Por favor. Solo espero que esta noche no tengas planeado quedarte dormido.

Me río, un sonido que todavía suena un tanto tembloroso.

—Un día tendremos una cama de verdad —le digo, y la beso en la frente—. Y entonces dudo de que vuelva a dormir.

Ella se echa hacia atrás de golpe.

Abre mucho los ojos por algo que parece comprensión primero y luego alegría. Por poco se pone a dar saltitos antes de agarrarme la mano y, profiriendo un chillido entusiasmado, tira de mí.

—Espera… Ella…

—¡Todavía te tengo que enseñar una cosa! —grita, y echa a correr.

No me queda más remedio que perseguirla.

ONCE

Al principio, solo oigo las carcajadas de Ella, la alegría desenfrenada de un instante de libertad. El viento la azota al correr a toda prisa bajo el sol. Es una imagen que me gusta mucho más de lo que puedo explicar; corre entre la poca tierra que queda por explotar hacia el centro de una calle abandonada, con la desinhibición propia de un niño pequeño. Estoy tan embelesado por la escena que tardo unos segundos en reparar en el chirrido lejano de una bisagra sin engrasar, la repetición de acero golpeando acero. Al fin llego a la acera mientras la sigo por la callejuela abandonada, y el impacto de mis botas sobre el suelo dan fe del repentino cambio que se ha operado en el lugar con golpetazos duros y definitivos. El sol incide en mí mientras corro y me sorprende con su intensidad, con una luz atenuada por una nube o por algún que otro árbol. Reduzco la velocidad conforme el rechino lejano gana fuerza, y, cuando la fuente del ruido por fin se alza ante mí, freno en seco de repente.

Es un parque infantil.

Oxidado y abandonado, un columpio chirría cuando el viento empuja los asientos vacíos.

Ya he visto antes algo parecido. En la época previa al Restablecimiento, había muchos parques infantiles. Vi un montón de ellos en las vueltas que di por viejos territorios sin regular. La mayor parte se construyó en zonas donde había numerosas casas. Eran

barrios.

Se desconocía que en las zonas frondosas cercanas al Santuario hubiera parques infantiles, que tampoco se erigían en el medio de la nada así como así.

Me muero por saber, y no por primera vez, dónde nos encontramos.

Me aproximo a la estructura oxidada y me sorprende sentir una clara falta de resistencia cuando me adentro en el parque. Está construido encima de un material que se deforma al caminar por ahí; es como si el suelo estuviera hecho de goma, rodeado por formas de hormigón sujetas por vallas de metal, cuya pintura se descascarilla. Más allá del parque se ven largas extensiones de tierra, donde sin duda tiempo atrás hubo hierba y árboles.

Frunzo el ceño.

Es imposible que esta área forme parte del Santuario; sin embargo, es innegable que seguimos dentro de la jurisdicción de Nouria.

Miro alrededor buscando a Ella con la mirada.

La diviso antes de que desaparezca por otra calle muy mal pavimentada, con el asfalto agrietado, y me reprendo en silencio por haberme quedado atrás. Estoy a punto de cruzar lo que parece la ruina de un cruce cuando regresa de pronto, y su silueta aparece corriendo antes de detenerse de golpe.

Se ha percatado de que no estaba con ella.

Es un gesto insignificante, me doy cuenta aun cuando me afecta, pero me arranca una sonrisa de todos modos. Veo cómo da media

vuelta, buscándome en la calle, y levanto una mano para que sepa dónde estoy. Cuando por fin nos miramos a los ojos, empieza a dar saltos y me hace señas para que vaya con ella.

—Date prisa —exclama, con las dos manos alrededor de la boca.

Acorto la distancia que nos separa al tiempo que analizo el entorno. Las viejas señales de las calles se han vandalizado tantísimo que ahora no tienen significado alguno, pero hay algún que otro semáforo en algunas intersecciones. Los restos del viejo sistema de altavoces que instaló el Restablecimiento durante los primeros días también han sobrevivido, cuyas cajas negras y siniestras siguen pegadas a las farolas.

Por aquel entonces, aquí vivía gente.

Cuando al fin la alcanzo, le agarro la mano, y Ella enseguida tira de mí hacia delante, aunque a duras penas le quede algo de aliento. Correr siempre le ha costado muchísimo más que a mí. Aun así, me resisto a que me arrastre.

—Cariño, ¿a dónde vamos? —le pregunto.

—No te lo voy a decir —responde con una sonrisa de oreja a oreja —. Pero tengo el presentimiento de que ya lo has averiguado.

—Estamos en territorio sin regular.

—Sí. —Su sonrisa se ensancha antes de apagarse—. Bueno, más o menos.

—Pero ¿cómo…?

Niega con la cabeza antes de volver a intentar arrastrarme, ahora con mayor dificultad.

—¡Todavía no te pienso explicar nada! ¡Vamos, ya casi hemos

llegado!

Su energía es tan efervescente que me hace reír. La observo durante unos segundos, en los que intenta tirar de mí. Su esfuerzo se parece al que haría un personaje de dibujos animados. Supongo que debe de frustrarla no poder usar sus poderes conmigo, pero me recuerdo que Ella jamás haría nada por el estilo si pudiera evitarlo. Jamás me superaría con su poder solo para obtener lo que quiere. No es así.

Es, y siempre ha sido, mucho mejor persona de lo que llegaré a ser yo nunca.

Me quedo contemplándola. Le brillan los ojos bajo el sol, el viento le revuelve el pelo. Es la personificación del amor, con las mejillas arreboladas por la emoción y el cansancio.

—Aaron —salta fingiendo enfado. Creo que no será positivo que se lo diga, pero me resulta adorable. Cuando por fin me suelta la mano, levanta los brazos en gesto de derrota.

Con una sonrisa, le paso un mechón de pelo detrás de la oreja. La rabia fingida se evapora en un abrir y cerrar de ojos.

—¿De verdad que no quieres decirme nada sobre el sitio al que nos dirigimos? —insisto—. ¿Nada de nada? ¿No se me permite ni hacer una sola pregunta esclarecedora?

Ella niega con la cabeza.

—Ya veo. Y ¿hay alguna razón particular por la que nuestro destino sea un secreto tan bien guardado?

—¡Eso ha sido una pregunta!

—Ah. —Frunzo el ceño y entorno los ojos para mirar hacia el

horizonte—. Pues sí.

Ella se pone las manos en las caderas.

—Y me vas a hacer otra pregunta, ¿a que sí?

—Es que quiero saber cómo Nouria ha conseguido incluir territorio sin regular en su zona de protección. También me gustaría saber por qué nadie me ha contado que pretendía hacer tal cosa. Y por qué…

—No, no. No puedo responder a esas preguntas sin cargarme la sorpresa. —Ella suelta un suspiro, pensativa—. ¿Qué te parece si te prometo explicártelo todo cuando lleguemos?

—¿Cuánto tiempo falta?

—Aaron.

—Vale —digo reprimiendo una sonrisa—. Vale. No haré más preguntas.

—¿Me lo juras?

—Te lo juro.

Ella emite un gritito de alegría antes de darme un apresurado beso en la mejilla, y acto seguido vuelve a sujetarme la mano. Esta vez, le permito que tire de mí y la sigo, sin pronunciar palabra, hacia una calle desconocida.

La calle se tuerce a medida que avanzamos, reacia todavía a revelarnos nuestro destino. Ignoramos las aceras, ya que no se espera que aquí haya un solo coche, pero me sigue resultando extraño caminar por el centro de la calzada, siguiendo las líneas amarillas descoloridas de otro mundo y esquivando los baches por el camino.

Hay más árboles de los que me esperaba, más hojas verdes y

porciones de hierba de las que creía que encontraríamos. Son vestigios de otra época, que todavía consiguen sobrevivir, sin saber cómo, a pesar de todo. El verdor parece multiplicarse cuanto más nos alejamos; los árboles semidesnudos que se alzan a ambos lados de la calle extienden sus ramas por encima de nosotros hasta formar una especie de túnel espeluznante a nuestro alrededor. La luz del sol destroza la red de madera y arroja un caleidoscopio de luz y sombras por el cuerpo de ambos.

Supongo que debemos de estar acercándonos a nuestro destino, ya que la energía de Ella cambia, y sus emociones se vuelven un batiburrillo de alegría y nervios. No pasa mucho tiempo antes de que la calle abandonada finalmente se abra hasta una zona despejada, y me detengo en seco.

Es una calle residencial.

Hay una docena de casas, todas a varios metros de distancia, separadas por jardines delanteros cuadrados y muertos. Me martillea el corazón en el pecho, pero eso no se parece a nada que haya visto antes. Es una imagen de una época muy pasada; esas casas, como tantas otras de zonas sin regular, están en distinto estado de ruinas, sucumbiendo al tiempo y al clima y al abandono. Tejados hundidos, paredes combadas, ventanas rotas, puertas delanteras que cuelgan de los goznes, todas ellas medio destruidas. No dista demasiado de otros tantos barrios del continente, a excepción de una notable diferencia.

En el centro hay un hogar.

No una casa, no un edificio cualquiera, sino un hogar que se ha

salvado de la destrucción. La han pintado de un tono blanco y sencillo elegante no demasiado intenso, le han reparado las paredes y el techo, y han pintado la puerta y los postigos de un verde pálido. La imagen es un *déjà vu*; me acuerdo de otra casa de otra época, ubicada en otro lugar. Y de un color azulado.

La diferencia entre ambas, sin embargo, es palpable.

La vieja casa de mis padres no era más que un cementerio, un museo de oscuridad. Esta casa irradia posibilidades, con ventanas grandes y brillantes, y al otro lado hay personas. Rostros y cuerpos conocidos, que se agolpan en el salón principal. Si presto atención, puedo oír sus voces amortiguadas.

Debe de ser una especie de sueño.

El césped se muere por que lo rieguen con agua y el solitario árbol del jardín delantero se marchita lentamente bajo el sol. Hay un par de cubos de basura oxidados en un callejón lateral, donde un sorprendido gato callejero languidece en un rayo de sol. No recuerdo la última vez que vi un gato. Me da la sensación de que he entrado en una máquina del tiempo y he salido a una visión de un futuro que me dijeron que jamás alcanzaría.

—Ella —susurro—. ¿Qué has hecho?

Me da un apretón en la mano y oigo su risotada.

Me giro lentamente para mirarla, con una oleada de sentimientos creciendo en mi interior con tanta fuerza que me asusta y todo.

—¿Qué es esto? —le pregunto, a duras penas capaz de hablar—. ¿Qué es lo que estoy viendo?

Ella respira hondo y suelta todo el aire mientras se sujeta las

manos. Me doy cuenta de que está nerviosa.

Me quedo patidifuso.

—Se me ocurrió la idea hace mucho tiempo —dice—, pero por aquel entonces no era factible. Siempre he querido que pudiéramos reapoderarnos de los viejos barrios, siempre me ha parecido que era un desperdicio no aprovecharlos. Vamos a tener que demoler la mayor parte porque hay muchos que no se pueden reparar, pero eso quiere decir que también podemos rediseñarlos mejor. Y que podemos incluirlo en un nuevo plan de infraestructura que creará empleos para la gente.

»Lo he hablado con el urbanista al que acabábamos de contratar, por cierto. —Esboza una tensa sonrisa—. Ayer no tuve ocasión de comentártelo. Esperamos poder reconstruir estas zonas por fases, priorizando el traslado de los minusválidos, de los ancianos y de aquellas personas con necesidades especiales. El Restablecimiento hizo lo imposible por meter a cualquiera que consideraban «no apto» en manicomios, por lo cual ninguna de las instalaciones que crearon albergó a ancianos, heridos o huérfanos. Pero tú todo eso ya lo sabes, claro. —Aparta la vista de pronto y se rodea con los brazos. Cuando vuelve a levantar los ojos, me golpea la potencia de su pena y de su gratitud—. Creo que todavía no te he dado suficientemente las gracias por todo lo que has hecho —añade, y se le rompe la voz al decirlo—. No tienes ni idea de lo mucho que ha significado para mí. Gracias. Muchísimas gracias.

Se lanza a mis brazos, y la estrecho fuerte, aturdido y callado. Noto todas sus emociones a la vez: amor y dolor y miedo. Me doy

cuenta de que son hacia el futuro. El corazón me golpetea el pecho sin parar.

Ella siempre ha estado sumamente preocupada por el bienestar de los reclusos de los manicomios. Después de apoderarse del sector 45, Ella y yo hablamos largo y tendido por la noche sobre sus sueños de cambios; a menudo decía que lo primero que haría tras la caída del Restablecimiento sería encontrar la manera de reabrir los viejos hospitales y dotarlos de personal antes del inmediato traslado de los residentes de los manicomios.

Mientras Ella se recuperaba, yo preparé la iniciativa.

Hemos empezado a dotar los hospitales recién abiertos no solo de doctores y enfermeras de las instalaciones, sino también de provisiones y soldados de cuarteles generales de los sectores locales de todo el continente. El plan es examinar todas las víctimas de los manicomios antes de decidir si requieren un tratamiento médico o rehabilitación física. Cualquier persona que esté sana y cuerda irá a parar al cuidado de sus parientes vivos, o se le buscará un alojamiento seguro.

Ella me ha dado las gracias por ello miles de veces, y siempre le he asegurado que mi participación ha sido como mucho nominal.

Aun así, se niega a creerme.

—En el mundo no hay nadie como tú —añade, y prácticamente siento cómo le late el corazón entre ambos—. Estoy muy agradecida por que estés aquí.

Esas palabras me producen un dolor agudo y una clase de placer que me dificulta respirar.

—Yo no soy nada —le digo—. Si he conseguido ser algo, es solo gracias a ti.

—No digas eso —protesta abrazándome más fuerte—. No hables de ti de esa manera.

—Es la verdad.

Nunca habría podido hacer nada de aquello tan rápido si Ella no se hubiera ganado ya a los militares, una hazaña lograda casi por completo con los rumores y los chismes referidos a cómo trató a los soldados de mi viejo sector.

Durante el breve tiempo que se encargó del 45, Ella permitió que los soldados fuesen a reunirse con sus familias, repartió raciones mayores a aquellos que tenían hijos y eliminó la ejecución como castigo por cualquier infracción, leve o grave. A menudo resta importancia a esos cambios, como si no fuesen para tanto. En su opinión, solo fueron comentarios sin más durante una comida, una joven que agitaba el tenedor al protestar enfurecida por las dignidades fundamentales que se les negaba a nuestros soldados.

Pero aquellos cambios fueron radicales.

Su enorme empatía hacia los militares incluso de menor rango le granjeó lealtad por todo el continente. Al final, costó muy poco convencer a nuestros militares hombres y mujeres de Norteamérica para que obedecieran las órdenes de Juliette Ferrars; se movían a toda prisa cuando se los pedían en nombre de Ella.

Sus superiores, sin embargo, han terminado planteando más problemas.

Aun con todo, Ella todavía no ve cuánto poder ostenta ni hasta

qué punto sus opiniones cambian la vida de muchísimas personas. Se niega a atribuirse ningún mérito asegurando que sus decisiones son lo que denomina «mera decencia humana». Le he repetido en innumerables ocasiones lo raro que resulta encontrar a alguien entre nosotros que haya conservado esa decencia. Todavía quedan menos que puedan mirar más allá de sus propios problemas para reparar en el sufrimiento de los demás, y menos aún que estén dispuestos a hacer algo al respecto.

Que Juliette Ferrars sea incapaz de verse como una excepción es otro de los motivos que la convierten en alguien extraordinario.

Respiro hondo para serenarme mientras la abrazo, sin dejar de contemplar la casa. Oigo carcajadas amortiguadas, percibo movimiento. Una puerta se abre en algún punto y luego se cierra para dar paso a sonidos y voces que cada vez suenan más altas.

—¿Dónde queréis estas sillas? —oigo que grita alguien, y la respuesta que obtiene es demasiado queda como para captarla.

Varios temblores emocionales siguen zarandeándome.

Me doy cuenta de que están preparando nuestra boda.

En nuestra casa.

—No —susurra Ella sobre mi pecho—. No es verdad. Te mereces todo lo bueno que hay en el mundo, Aaron. Cada día que pasa te quiero más, y eso que no pensaba que fuera posible.

Su declaración casi me aniquila.

Ella se aparta para mirarme a los ojos. Está conteniendo las lágrimas, y yo apenas puedo observarla por el temor a terminar en la misma posición.

—Nunca te quejas cuando me apetece comer con alguien. Nunca te quejas cuando nos pasamos horas reunidos. Nunca te quejas por dormir en el suelo de nuestra habitación del hospital, como has hecho noche tras noche en las dos últimas semanas. Pero te conozco, y sé que debe de estar matándote. —Respira hondo y, de pronto, es incapaz de mirarme a los ojos—. Necesitas silencio —añade—. Necesitas espacio e intimidad. Quiero que sepas que lo sé, que lo veo. Te agradezco todo lo que haces por mí y veo todas y cada una de las veces que sacrificas tu comodidad para permitir la mía. Pero yo también quiero cuidar de ti. Quiero darte paz. Quiero darte un hogar. Conmigo.

Noto un escozor aterrador detrás de los ojos, un sentimiento que siempre me obligo a eliminar a toda costa, pero hoy soy incapaz de vencerlo por completo. Es demasiado. Me siento demasiado lleno, siento demasiadas cosas. Aparto la vista y tomo aire, pero suelto una exhalación irregular por culpa del cuerpo inestable y el corazón acelerado.

Ella levanta la vista, primero poco a poco, y su expresión se suaviza al verme la cara.

Me pregunto qué ve en mí. Me pregunto si es capaz de verme el alma incluso ahora, y luego me sorprendo a mí mismo por planteármelo. Ella es la única persona que se ha molestado en preguntarse si soy algo más de lo que aparento.

Aun así, lo único que puedo hacer es negar con la cabeza, ya que no me fío de ser capaz de hablar.

Ella experimenta una intensa punzada de miedo en el silencio

sepulcral y se muerde el labio antes de preguntarme:

—¿Me he equivocado? ¿No te gusta nada?

—¿Que no me gusta nada? —Me alejo un poco de ella y encuentro la voz cuando un extraño temor me recorre y me impide respirar con normalidad—. Ella, no es… No he hecho nada en absoluto para merecerte. Me haces sentir unas cosas y me dices unas cosas… Es aterrador. No dejo de pensar en que el mundo se dará cuenta en cualquier momento de lo indigno que soy de ti. No dejo de esperar que ocurra algo espantoso, algo que lo reinicie todo y me devuelva al infierno, donde debo estar, y que entonces todo esto desaparecerá sin más. Y tú desaparecerás. Dios, el simple hecho de pensarlo…

—Tú y yo, Aaron… —Ella niega con la cabeza—. La gente como nosotros cree que las cosas buenas desaparecerán porque así es como siempre ha sido. En nuestra vida, las cosas buenas nunca duran, la felicidad nunca ha durado. Y en cierto modo solo esperamos que nos suceda lo que ya hemos experimentado.

Me embarga una ansiedad colosal. Mi cuerpo traicionero se cierra en sí mismo, y Ella me sujeta las manos para anclarme al presente.

La miro a los ojos cuando se me desboca el corazón.

—Pero ¿sabes de qué me he dado cuenta? —prosigue—. Me he dado cuenta de que tenemos el poder de romper esos ciclos. Podemos elegir felicidad para nosotros y para el otro, y, si lo hacemos con la frecuencia suficiente, se convertirá en nuestra nueva normalidad, que desplazará el pasado. La felicidad dejará de resultarnos extraña si la vemos todos los días.

—Ella…

—Te quiero —me interrumpe—. Siempre te he querido. No pienso irme a ninguna parte.

La rodeo con los brazos y la estrecho con fuerza contra mí para aspirar su olor familiar. Cuando está aquí, justo a mi lado, me resulta mucho más fácil respirar. Cuando está aquí, en mis brazos, es una persona real.

—No sé ni cómo darte las gracias por todo esto —susurro sobre su pelo, con los ojos cerrados al notar calor en la cabeza y en el pecho —. No tienes ni idea de lo mucho que significa para mí, cariño. Es el mejor regalo que nadie me ha dado nunca.

Suelta una carcajada suave y amable.

—No me des las gracias todavía —repone levantando la vista—. En la casa todavía hay que hacer un montón de trabajo. El exterior está en bastante buen estado, pero por dentro sigue siendo un desastre. Tan solo hemos podido adecentar una de las habitaciones a tiempo, pero ha sido…

—¿«Hemos»? —Me echo hacia atrás con el ceño fruncido.

Ella rompe a reír al ver la cara que estoy poniendo.

—Pues claro que sí, «hemos». ¿Creías que lo había hecho todo yo solita? Todos me han ayudado. Todo el mundo ha renunciado a mucho tiempo libre para que pudiera regalártela.

—Si la gente te ha ayudado, lo ha hecho por ti, no por mí —puntualizo negando con la cabeza.

—Tú también les importas, Aaron.

—Qué mentira más generosa —digo con una sonrisa.

—No es mentira.

—Es probable que sea la mentira más gorda que hayas dicho nunca.

—¡Que no! Hasta Ian me ha echado una mano. Me enseñó a enmarcar una pared, y ha tenido mucha paciencia, y ya sabes lo que piensa de mí. Incluso Nouria colaboró. Bueno, sobre todo Nouria. No podríamos haber hecho nada de nada sin ella.

Me parece bastante sorprendente teniendo en cuenta que Nouria odia mi existencia.

—¿Ha incluido esta zona dentro de su límite de protección? ¿Solo por mí?

Ella asiente antes de fruncir el ceño.

—Bueno, sí. A ver, más o menos. También forma parte de un plan mayor.

—Ya decía yo. —Sonrío de oreja a oreja al oírlo.

Que Nouria se involucrara, y que los demás también lo hicieran, es muchísimo más lógico si este proyecto es, de hecho, una pequeña parte de una iniciativa mayor, aunque no le digo nada. Ella parece incapaz de creer cuánto me odia a mí la gente de por aquí, y no me hace ninguna gracia insistir para que cambie de opinión.

—Vamos a construir un campus en el Santuario —me explica—, y esta es la primera fase. Pedimos a unos exploradores que hicieran un montón de visitas en persona. Estas son las mejores casas, y las más funcionales, de los alrededores, ya que algunas de ellas las llegó a usar la comandante del sector local y sus subordinados.

Enarco una ceja, fascinado.

Ella no me ha contado nada al respecto. Está claro que lleva días

ocultándome este proyecto, un hecho que me preocupa y a la vez no. Una parte de mí siente alivio por comprender por fin la distancia que he notado entre los dos, mientras que otra desearía haber podido participar.

—Así que sí, nos hemos adueñado de varias docenas de acres de territorio sin regular —me cuenta—. Hasta hace un par de semanas, esta zona estaba bajo control militar. He pensado que, por mucho que necesitemos seguridad, y que quizá sea durante una buena temporada, no podemos vivir como si estuviéramos en una cárcel. Vamos a tener que expandir el Santuario y darle a nuestra gente una vida real y viable.

»El camino hacia la normalidad va a ser muy largo —añade Ella con un suspiro—. El trabajo será brutal. Lo menos que puedo hacer es dar un refugio apropiado, intimidad y comodidades a aquellos que se dedican en cuerpo y alma a la reconstrucción. Lo primero que quiero hacer es reparar todas las casas de esta zona. Luego quiero construir escuelas y un buen hospital. Podemos reservar algunas áreas que en su momento no se desarrollaron y hacer parques en ellas. Espero que algún día se convierta en un campus privado, en una nueva capital, mientras reconstruimos el mundo. Y entonces, cuando quizá la situación sea más segura, podamos bajar la guardia y reunirnos con el resto.

—Vaya.

Me aparto unos instantes de ella para mirar la calle de arriba abajo y luego hacia el horizonte. Lo que me está describiendo es una misión colosal. No me puedo creer cuánto espacio han podido

recuperar ya.

—Es una idea estupenda, Ella. De verdad. Es brillante. —La miro a los ojos y me obligo a sonreír—. Ojalá hubiera podido ayudar.

—Te juro que quería contártelo, en serio —repone con el ceño fruncido—. Pero no podía decirte nada porque sabía que querrías visitar la zona, y entonces te habrías fijado en todos los materiales de construcción y habrías querido saber por qué tantísima gente se esmeraba en una sola casa y habrías querido saber quién iba a vivir ahí…

—No te habría hecho tantas preguntas.

Me fulmina con la mirada.

—No, tienes razón. —Asiento—. Me habría cargado la sorpresa.

—¡Eh!

Me giro al oír una voz que me resulta familiar. Kenji está rodeando el patio de la casa. Lleva una silla plegable en una mano y con la otra nos saluda con lo que parece una especie de ramita con una flor o algo.

—¿Venís o qué? Brendan está rezongando que nos quedamos sin luz o alguna tontería parecida… Dice que el sol estará justo encima de nosotros dentro de un par de horas, y por lo visto es una mierda para las fotos. En fin, que Nazeera también se está impacientando. Dice que J. debe comenzar a prepararse en breve.

Me quedo mirando a Kenji y luego a Ella, pasmado. Ya la veo perfecta.

—¿Prepararse cómo?

—Me tengo que poner el vestido —me explica, y se echa a reír.

—Y maquillarse —grita Kenji desde la otra punta de la calle—. Nazeera y Alia dicen que deben maquillarla. Y hacerle algo en el pelo.

—¿Un vestido? —Me quedo rígido—. Pero creía que…

Ella me da un beso en la mejilla y me interrumpe.

—Vale, puede que haya algunas cuantas sorpresas más guardadas para el día de hoy.

—No sé si mi corazón podrá soportar más sorpresas, cariño.

—¿Qué te parece esta nueva sorpresa? —tercia Kenji apoyándose en la silla plegable—. ¿Ves esta preciosidad que está justo ahí? —Señala hacia la casa derrumbada de al lado—. Ahí viviré yo.

Su comentario me borra la sonrisa de la cara.

—Pues sí, amigo mío. —Kenji sonríe de oreja a oreja—. Vamos a ser vecinos.

DOCE

A Ella se la lleva enseguida un tornado de mujeres —Nazeera, Alia y Lily—, que salen juntas por la puerta y la adentran en el interior de la casa antes de que haya podido despedirme de ella siquiera.

No oigo más que un débil gritito por parte de Ella…

Y desaparece.

Me encuentro plantado delante de la que va a ser mi propia casa, algo que todavía no he asimilado del todo, con la mente dando vueltas y el corazón desbocado cuando Kenji se me acerca.

—Ven conmigo —dice sin dejar de sonreír—. Nosotros también tenemos cosas que hacer.

—¿Qué clase de cosas? —Lo miro a los ojos.

—A ver, en primer lugar, esto es para ti —añade, y me ofrece la ramita que he visto antes que llevaba en la mano—. Es para la solapa. Es una especie de…, ya sabes, de…

—Ya sé lo que es una flor en el ojal —repongo con brusquedad. La acepto y la examino con renovada sorpresa. Es una solitaria gardenia dispuesta en un elegante arreglo con sus propias hojas, cuyos tallos están atados con un pedazo de cinta negra y clavados en un alfiler. Es un detalle precioso y sorprendentemente aromático. De hecho, las gardenias son una de mis flores preferidas.

Levanto la vista hacia Kenji, incapaz de ocultar la confusión que me inunda.

—A mí no me mires, ¿eh? —Se encoge de hombros—. No tengo ni idea de qué flor es. J. me dijo lo que quería.

—Un momento. —Frunzo el ceño al oírlo, más confundido si cabe —. ¿Lo has hecho tú?

—Yo he hecho lo que ella me ha pedido, ¿vale? —replica levantando las manos—. Así que, si no te gusta la flor, ve a hablar con tu prometida, porque no es culpa mía…

—Pero ¿de dónde ha salido esta flor? Antes he visto a gente con flores también y no he entendido de dónde…

—Ah. —Kenji baja las manos. Se me queda mirando unos segundos antes de añadir—: Del viejo cuartel general del sector. ¿Recuerdas que en el 45 siempre teníais unos arreglos florales de lo más extraños? No sabíamos de dónde salían ni cómo los elaboraban, pero todo el mundo siempre pensó que era muy raro que el alto comandante pudiera lucir orquídeas y tal, mientras que los civiles a duras penas conseguían poco más que dientes de león. En fin, que en realidad fue idea de Juliette. Nos recomendó que rastreáramos al florista que solía preparar los pedidos del Restablecimiento por esta zona. Él nos ayudó a encontrar todo lo que necesitábamos, pero las flores no las entregaron hasta última hora de ayer por la noche. Otra razón por la que J. quería posponer la boda.

—Claro. —Me deja de piedra—. Por supuesto.

Mi asombro no tiene nada que ver con saber que Ella es tan impresionante y resolutiva como siempre he sabido, no. Es que me cuesta la vida creer que alguien pudiera tomarse tantísimas molestias solo por mí.

Sigo un tanto vacilante mientras intento clavarme la flor en el jersey, pero Kenji levanta una mano para detenerme.

—Uy, no hagas eso todavía, hombre —comenta—. Vamos.

—¿Por qué?

—Pues porque todavía tenemos cosas que hacer.

Se gira como para marcharse, pero yo permanezco paralizado.

—¿Qué tipo de cosas?

—Pues ya sabes. —Hace un gesto indescifrable y me frunce el ceño—. Cosas de boda.

Noto cómo me tenso.

—Si el propósito de la pregunta no te ha quedado claro, Kishimoto, permíteme que lo verbalice de otra forma: te estoy pidiendo que seas más concreto.

Se echa a reír.

—¿Nunca haces nada de lo que te piden sin formular primero un millón de preguntas?

—Pues no.

—Ya. —Se ríe de nuevo—. Vale. A ver, supongo que a J. le estarán preparando el peinado y el maquillaje durante un buen rato, por lo que podrás echarnos una mano a terminar de dejar listo el patio. Pero primero Winston tiene una sorpresa para ti.

—No, gracias.

—¿Cómo que «no, gracias»? —Kenji parpadea.

—Que no quiero más sorpresas —digo con un fuerte nudo en el pecho al valorar aquella posibilidad—. No voy a poder soportar más sorpresas.

—Mira, entiendo perfectamente lo que debes de estar sintiendo ahora mismo. —Suspira—. Seguro que la cabeza te da vueltas. Intenté decírselo…, decirle que no era buena idea sorprender a alguien con un bodorrio, pero bueno. Juliette hace siempre lo que quiere. Y que conste que es una buena sorpresa, te lo prometo. Además, así te podré hacer una visita guiada por tu nueva casa.

Es la última frase la que me lleva a despegarme del suelo.

Hay un breve tramo de escaleras hasta la puerta principal, y las subo poco a poco, con el corazón martilleándome nervioso al mirar alrededor. Hay un generoso porche delantero con vigas y barandillas de madera recién pintadas y una zona decente donde disponer una mesa y sillas cuando haga buen tiempo. Las grandes ventanas que flanquean la puerta principal están acompañadas de lo que parecen unos postigos funcionales de color verde claro, y la puerta está pintada a juego. Lentamente, la abro —estaba entornada— y cruzo el umbral con mayor emoción si cabe. El suelo de madera cruje cuando entro en el vestíbulo, y el clamor y el estruendo de la estancia se detienen de pronto ante mi presencia.

Todos se giran para mirarme.

El retumbo de mi pecho se intensifica, y durante unos segundos siento que floto a la deriva en este mar de incertidumbre. Estoy sin palabras, en la vida me he preparado para superar este extraño escenario.

Intenso pensar en lo que haría Ella.

—Gracias —digo al silencio— por todo.

La multitud vitorea y grita, y la tensión desaparece al instante. La

gente chilla «Felicidades» entre el estrépito. A medida que se me empiezan a relajar los nervios, soy más capaz de reconocer los rostros de las personas; a algunas las conozco, a otras no. Adam es el primero en saludarme desde un rincón alejado, y me fijo en que rodea con el otro brazo la cintura de una joven de pelo rubio.

Es Alia.

Recuerdo su nombre. Es una chica muy callada, del grupo que antes ha ido a buscar a Ella, y una amiga de Winston. Hoy irradia una alegría y un brillo atípicos en ella.

Adam está igual.

Le contesto con un asentimiento de cabeza, y me sonríe antes de girarse para susurrarle algo a Alia al oído. En este momento, aparece James, un poco de la nada, y le da golpecitos a Adam en el brazo casi de modo agresivo, después de los cuales los tres se sumen en una breve y murmurada conversación que termina con Alia asintiendo con vigor. Le da un beso a Adam en la mejilla antes de desaparecer en una habitación al final del vestíbulo, y me quedo mirando la puerta de la estancia hasta mucho después de que la haya cerrado.

Ella debe de estar allí.

Durante lo que se me antoja un tiempo peligrosamente largo, estoy paralizado, observando las paredes y ventanas imperfectas de una casa que es mía, que será mía hoy, mañana y pasado.

No me lo puedo creer.

Podría besar el suelo podrido.

—Sígueme —me indica Kenji, cuya voz me arranca del trance. Me

guía por la casita como si hubiese recorrido esos pasillos mil veces. Supongo que es así.

Lleva muchos días trabajando en este proyecto. Por Ella. Por mí.

Experimento una punzada de culpa aguda que me distrae.

—¿Hola? —Kenji mueve una mano delante de mi cara—. ¿Quieres ver la cocina o no? A ver, que no es que te lo recomiende, porque es probable que sea donde haya que hacer más reformas, pero es tu casa.

—No necesito ver la cocina.

—Estupendo, pues vamos al meollo. Primero Winston y luego el patio. ¿Te parece? Creo que nunca has tenido problemas en trabajar con un traje, así que no creo que hoy te resulte complicado.

—No tengo ningún problema en trabajar con las manos, Kishimoto. —Suspiro—. De hecho, me habría encantado hacerlo antes.

—Pues genial, es lo que queremos oír. —Kenji me da una palmada en la espalda, y aprieto los dientes para no matarlo en el acto—. Muy bien —añade—. No te voy a torturar con más incógnitas porque creo que es cierto que no te gustan las sorpresas. También creo que eres uno de esos que quieren poder imaginárselo todo de antemano, algo que te ayuda a gestionar la ansiedad de no saber las cosas, así que te lo voy a contar paso a paso. ¿Te parece bien?

Me detengo de repente y lo miro fijamente como si nunca lo hubiera visto.

—¿Cómo?

—¿A qué te refieres con «cómo»?

—¿Cómo sabes que no me gustan las sorpresas?

—Olvidas que presencié cómo te daba un auténtico ataque de pánico. —Se lleva una mano a la cabeza—. Sé algunas cosas, ¿vale?

Entorno los ojos.

—Muy bien… —Se aclara la garganta—. Es gracias también a una doctora con la que estamos trabajando, una de las mujeres encargadas de las evaluaciones finales de los residentes del manicomio. Es superlista. Tiene un montón de información sobre todos los pacientes y sabe lo que han sufrido. En fin, deberías hablar con ella. Hace unos días hubo un paciente al que dieron el alta, estaba sano y bien y del todo normal, para que volviese con sus familiares, pero no pudo subirse a un avión sin tener un ataque de pánico enorme. La doctora le explicó a Sam que, para algunas personas, subirse a un avión es aterrador porque deben fiarse de que el piloto podrá controlarlo, y hay gente que es incapaz de fiarse. Incapaz de ceder el control. Y pensé en ti.

Detesto profundamente la comparación y se lo digo tal cual.

—Soy más que capaz de subirme a un avión —puntualizo.

—Sí, ya lo sé, pero… entiendes a qué me refiero en general, ¿no?

—No.

—A ver. —Kenji suspira—. Solo digo que creo que es probable que te ayude a saber con exactitud lo que va a pasar a continuación. Te gusta tener el control. No te gusta no saber algo. Es posible que te guste imaginarte las cosas antes de que sucedan.

—¿Has mantenido una sola conversación con una doctora y ahora te crees capaz de psicoanalizarme?

—No pretendo… —Kenji levanta los brazos—. ¿Sabes qué? Déjalo.

Vámonos. Winston nos está esperando.

—Un momento.

Kenji me mira con una clara irritación escrita en sus facciones.

—¿Qué pasa?

—Puede que haya una pizca de verdad en lo que has dicho. Una pizca diminuta, minúscula.

—Lo sabía —exclama señalándome—. Y se lo dije a ella. Le dije que debería hablar con un chico al que conocíamos, al que le iría muy bien trabajar unas cuantas…

—No. —Un músculo se me tensa en la mandíbula—. Dime que no se lo dijiste a la doctora.

—Pues sí. Es muy inteligente, y creo que es probable que tenga cosas interesantes que contarte. Estaba hablando con algunos reclusos y con los problemas a los que se enfrentaban y fue en plan: madre mía, es como si estuvieras describiendo a Warner ahora.

—Ya veo. —Asiento—. Debería matarte aquí, ¿verdad?, en mi propia casa. Y en el día de mi boda. Podría ser tu regalo para mí.

—¡Precisamente! —Levanta los brazos—. ¡Este es un ejemplo perfecto! ¡No sabes cómo resolver un problema sin recurrir a un asesinato! ¿No ves que hay algo que está mal? —Niega con la cabeza—. No sé, pero creo que deberías pensar…

Respiro hondo y miro hacia el techo.

—Por el amor de Dios, Kishimoto. ¿Dónde está Winston y qué quiere?

—¿Alguien me ha llamado? —Winston asoma la cabeza por una puerta del pasillo—. Ven. Ya lo tengo todo preparado.

Le lanzo a Kenji una mirada fulminante antes de dirigirme hacia el pasillo y observar la nueva estancia con cierta preocupación. Parece una especie de dormitorio, pero necesita desesperadamente una remodelación. Y pintura. Winston ha puesto lo que debe de ser una especie de puesto de control: una mesita plegable con una sucesión de corbatas, pajaritas, gemelos y calcetines de todo tipo. Me lo quedo mirando y empiezo a comprenderlo, pero me distrae un olor extraño e intenso que no hace más que intensificarse cuanto más estoy aquí.

—¿Qué diablos es ese olor? —pregunto, con el ceño fruncido hacia los viejos paneles de madera.

—Ya. —Winston se encoge de hombros—. No lo sabemos. A lo mejor hay una rata muerta en la pared. O quizá un par de ratas muertas.

—¿Qué? —Lo miro boquiabierto.

—¡O puede que solo sea moho! —tercia Kenji con alegría.

—Una alternativa maravillosa.

—A ver. —Winston da una palmada con una sonrisa—. Ya hablaremos mañana de las ratas. ¿Preparado para ver el traje?

—¿Qué traje?

—Tu traje de boda —repone Winston mirándome con una extraña expresión en el rostro—. No pensabas que te ibas a casar hoy con la ropa que llevas puesta, ¿no?

—Que conste que es una ropa de lo más elegante —añade Kenji.

—No he podido predecir ni una sola de las cosas que iban a pasarme hoy. —Miro a Winston a los ojos—. ¿Cómo se supone que

iba a saber que habíais logrado salvar mi traje de boda? Nadie me lo ha contado.

—No salvamos tu traje de boda —me informa Winston entre risas —. Te he hecho uno nuevo.

Su comentario me deja sin palabras durante unos segundos. Miro a Winston y luego a Kenji.

—¿Que me has hecho un traje nuevo? ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Cuándo?

—¿A qué te refieres? —Winston no deja de sonreír—. No podíamos permitir que te casaras sin un traje adecuado.

—Pero ¿de dónde has sacado el tiempo? Debes de haberte…

—¿Pasado la noche en vela? —Brendan asoma la cabeza en la habitación y luego entra—. ¿Muchas horas terminándolo a mano? Sí, Winston se ha pasado casi toda la noche despierto por ti. Apenas ha dormido. Por eso ha estado tan mal que esta mañana fueras tan grosero con él.

Paso la vista de Brendan a Winston y a Kenji.

No sé qué decir y estoy pensando cómo contestar cuando Adam y James aparecen por la puerta, dos sucesiones de golpecitos de nudillos en el marco.

—¡Hola! —exclama James, y se aleja de la puerta y de su hermano para invadir mi espacio personal—. ¿Te han dicho que soy el único niño que tiene permiso para asistir a la boda?

—No.

—Pues ya te lo digo yo. Soy el único niño que tiene permiso para asistir. Todos mis amigos están supercelosos ahora porque siguen en

clase.

—Y ¿ha habido algún motivo particular —pregunto con cuidado— por el que hayan hecho esta excepción contigo?

James pone los ojos en blanco y se abalanza sobre mí para abrazarme en una demostración de confianza sin precedentes que me deja brevemente paralizado.

—Felicidades —dice sobre mi jersey—. Estoy muy contento por vosotros.

Debo recordar que James no es solo mi hermano biológico, sino también un niño, y como tal no merece ningún rechazo. Le doy una palmada en la cabeza con un gesto tenso que arranca una carcajada de Kenji, un grito ahogado de Winston, un silencio atónito de Brendan y un asombro descomunal de Adam.

Me aclaro la garganta y me aparto de James con la mayor de las amabilidades posibles.

—Gracias —le digo.

—De nada —contesta sonriendo—. Gracias por invitarme.

—Yo no te he invi…

—¡Bueno! —me interrumpe Adam. Intenta contener una sonrisa, pero no lo consigue—. Hemos venido a comprobar un par de detalles contigo. —Mira a James—. ¿Verdad?

—Sí. —James asiente.

—En primer lugar: ¿te ha hablado alguien de los votos? ¿Quieres ir a lo tradicional o has pensado en decir algo…?

—A lo tradicional —tercia Kenji respondiendo por mí—. Ya se lo he dicho a Castle. —Se gira para mirarme—. Castle oficiará la

ceremonia, por cierto… Ya lo sabes, ¿no?

—No —digo mirándolo—. No lo sabía. Pero ¿por qué piensas que no quiero escribir mis propios votos?

—No sé. —Se encoge de hombros—. No me parece que seas de esos que quieren ponerse delante de una multitud y hablar desde el corazón. Pero me alegrará equivocarme —añade—. Si quieres escribir tus propios votos, colocarte delante de un montón de gente (a la mayoría no la conoces) y decirle a Juliette que su cara te recuerda al amanecer, no hay problema. Castle es flexible.

—Antes preferiría empalarme con una pica.

—Ya me lo imaginaba. —Kenji sonríe.

Kenji se gira para hacerle una pregunta a Adam relacionada con la logística de la ceremonia, y yo me quedo mirando su nuca, confundido.

«¿Cómo lo has sabido?», quiero preguntarle.

Winston despliega un portatrajes, lo cuelga en una puerta cercana y baja la cremallera mientras Brendan va a por una caja de zapatos de un armario raído.

—A ver, tengo unas cuantas preguntas que hacerle a Warner —dice Adam—, pero tengo que comentarle a Castle lo de los votos, así que enseguida vuelvo… Y tengo que enterarme de la música…

Es como si me hubiera adentrado en una extraña realidad alternativa, en un mundo que jamás pensé que me perteneciera. Jamás habría anticipado que en algún punto de este camino tan tortuoso…

Me haría con un círculo de amigos.

TRECE

El patio trasero es un modesto rectángulo de tierra chamuscada. La poca hierba que queda está oscurecida por una selección de sillas plegables de madera raída; la disposición se interrumpe hacia la mitad por un pasillo artificial que da hacia un arco nupcial forjado a mano. En el suelo han clavado dos gruesas columnas cilíndricas de madera y los dos metros de espacio vacío que las separa está unido por la parte superior mediante una rama de árbol cercenada, atada a los mástiles con una cuerda. La improvisada glorieta está decorada con una intensa selección de flores silvestres coloridas. Las hojas y los pétalos se mecen bajo la suave brisa y llenan el aire de buena mañana con su fragancia combinada.

La escena es al mismo tiempo sencilla y arrebatadora, y me quedo congelado al verla.

Llevo un traje verde oscuro de tres piezas a medida, además de una camisa blanca y una corbata negra. Mi traje original era negro. Winston me ha comentado que decidió optar por un color verduzco porque creía que quedaría bien con mis ojos y resaltaría mi pelo rubio. He querido protestar, pero me ha impresionado de verdad la calidad de su trabajo, y no he dicho ni pío cuando me ha dado un par de zapatos de cuero negro a juego. Distraído, toco la gardenia fijada en la solapa de la americana y siento el peso siempre presente de la cajita de terciopelo sobre el muslo.

En el extremo opuesto del patio hay mesas plegables dispuestas que esperan que las cubran con manteles, y me han asignado a mí la misión de decorarlas. También me han ordenado que supervise las mesas y las sillas que hay que colocar dentro en el comedor todavía por amueblar, donde se llevará a cabo la recepción más tarde, después de la ceremonia, durante la cual los invitados harán turnos de trabajo para ver cómo va todo por la base, y Ella y yo podremos echarnos unas cuantas fotos.

Es un plan tan sumamente humano y perfecto que me va a dar algo.

Al final no he hecho nada de lo que me han pedido. No he podido moverme de donde estaba, observando el arco nupcial en el que pronto me situaré y esperaré.

Me aferro al respaldo de una silla y me sujeto bien fuerte a medida que el peso de las revelaciones del día me cae encima y me ahoga en sus profundidades. Kenji tiene razón: no me gustan las sorpresas. Es verdad de principio a fin, pero me gustaría ser una persona que disfrutara de ellas. Quiero vivir así, ser capaz de soportar momentos de amabilidad inesperada orquestados por la persona a la que más amo en el mundo. Es que no sé qué hacer con esas experiencias y mi cuerpo no sabe cómo digerirlas.

Soy tan feliz que me resulta físicamente incómodo. Estoy tan lleno de esperanza que me inunda el pecho y me fuerza a vaciar los pulmones de aire.

Respiro hondo para contrarrestar esa sensación y me obligo a mantenerme tranquilo mientras llevo a cabo una y otra vez la

gimnasia mental necesaria para recordarme que mis miedos son irracionales, y entonces oigo cómo se acerca una energía nerviosa que me resulta familiar.

Al girarme, me la encuentro delante de mí, y me sorprende que haya venido a buscarme.

—Hola —me saluda Sam intentando sonreír. Está arreglada. Incluso parece que haya intentado maquillarse un poco, ya que le brillan los párpados bajo la tenue luz de la mañana—. El gran día.

—Sí.

—Oye, te pido disculpas. —Suspira—. Anoche no era mi intención atacarte de ese modo. De verdad que no.

Asiento y aparto la vista para observar a lo lejos. El patio está separado del vecino tan solo por una corta y frágil valla de madera. Kenji seguro que se pasa el resto de nuestras vidas atormentándome desde el otro lado.

Sam vuelve a suspirar, esta vez más fuerte.

—Sé que tú y yo no siempre estamos de acuerdo —dice—, pero espero que quizá, si llegamos a conocernos mejor, eso vaya a cambiar.

Levanto la vista y me la quedo mirando.

Sam está siendo sincera, pero su sugerencia me parece improbable. Noto de reojo que Nouria está junto a su padre y a otras tres personas, y giro la cabeza en su dirección. Lleva un sencillo vestido ceñido de color verde amarillento que resalta su piel morena. Parece feliz en estos instantes y sonríe, algo que hasta yo sé que hoy por hoy es extraño en ella.

Sam sigue mi mirada y parece comprender qué derroteros han tomado mis pensamientos.

—Sé que a veces es un poco dura contigo, pero últimamente ha estado bajo una presión desmesurada. Nunca había tenido que supervisar a tanta gente ni tantos detalles, y el Restablecimiento ha sido mucho más difícil de deconstruir de lo que esperábamos… Seguro que no puedes ni imaginar…

—¿Seguro que no? —Casi sonrío, a pesar de la tensión que me tira de la mandíbula—. ¿Crees que soy incapaz de comprender el peso de la carga que llevamos sobre los hombros?

—No. —Sam aparta la vista—. No quería decir eso.

—Nuestra posición no es precaria, sino lo siguiente —le aseguro—. Y, pese a lo que pienses de mí y a lo que creas saber sobre mí, solo intento ayudar.

Por tercera vez, Sam suspira.

Ahora, más que nunca, los que estamos en el Santuario deberíamos ser aliados, pero Sam y Nouria han terminado odiándome en las dos últimas semanas porque las cuestiono cada dos por tres y me niego a aceptar sus tácticas o ideologías cuando me parecen insuficientes. No estoy dispuesto a ceder tan solo para llevarme bien con ellas.

Les resulta sumamente irritante, pero me da igual.

Me niego a hacer nada que pueda poner en peligro la vida de Ella, y permitir que nuestro movimiento fracase desembocaría en ese preciso resultado.

—Quiero que volvamos a intentarlo —añade Sam con frialdad al

mirarme a los ojos—. Quiero que empecemos de cero. De un tiempo a esta parte nos hemos peleado mucho, y creo que estarás de acuerdo conmigo en que es una situación insostenible. Ahora mismo deberíamos estar unidos.

—¿Unidos? Nouria intentó convencerme de que no podía casarme. Manipuló a propósito la verdad para que pareciera una pésima idea, solo para hacerme daño. ¿Cómo van a cimentar unidad unas maquinaciones tan lamentables?

—No intentaba hacerte daño. Intentaba protegerte.

—¿En qué realidad alternativa es posible que eso sea cierto?

—¿Sabes qué problema tienes? —Sam se enfada.

—Sí. La lista es larga.

—Por el amor de Dios —exclama con una creciente irritación—. Este, este es precisamente tu problema. Crees que lo sabes todo. No cooperas, no te comprometes, y ya has decidido que lo has averiguado todo. No eres capaz de formar parte de un equipo…

—Nouria y tú no sabéis aceptar críticas constructivas.

—¿Constructivas? —Sam me mira boquiabierta—. ¿Consideras que tus críticas son constructivas?

—Llámalo como quieras —le espeto sin más—, pero me niego a quedarme callado si creo que Nouria y tú tomáis una decisión incorrecta. A menudo olvidáis que crecí en el Restablecimiento desde sus inicios y que sé muchas cosas sobre la mecánica de la mente de nuestros enemigos, más de las que estáis siquiera dispuestas a aceptar…

—¿Va todo bien por aquí? —pregunta Castle dirigiéndose hacia

nosotros. Esboza una sonrisa inquieta—. No estarán hablando de trabajo, ¿verdad?

—Ah, todo va genial —exclama Sam con demasiada alegría—. Solo le estaba recordando a Warner lo mucho que ha hecho Nouria para que Juliette y él estén a salvo el día de su boda. Es un acontecimiento que, como estaremos todos de acuerdo, los deja en la posición más vulnerable a una amenaza exterior.

De pronto, me quedo congelado.

—Pues… sí —asiente Castle, confundido—. Por supuesto. Pero eso es algo que usted ya sabe, ¿verdad, señor Warner? La noticia de su boda inminente empezó a extenderse, y temimos las posibles repercusiones que pudieran sufrir la señorita Ferrars y usted en un día de tanta felicidad.

Sigo fulminando a Sam con la mirada al murmurar:

—¿Por eso ayer todos me mentisteis?

—Nouria creía que era necesario que te convenciéramos precisamente a ti —repone Sam con brusquedad— de que hoy no te casarías. Los hijos de los supremos se enteraron de la boda antes de marcharte, y a Nouria le preocupaba que una mera mención al tema durante el día de ayer pudiera interceptarse en tus comunicaciones diarias, y por eso quisimos asegurarnos de que te comportabas con normalidad. Las notificaciones que anoche mandó Juliette estaban codificadas.

—Ya veo. —Miro de nuevo a Nouria, que está manteniendo una intensa conversación con las gemelas. Sonya y Sara sostienen sendos maletines negros.

El gesto protector debería conmoverme, pero el hecho de que pensaran que no podían confiarme un plan como este no consigue mejorar mi estado de ánimo.

—Os dais cuenta de que me podríais haber pedido sin más que no dijera nada, ¿no? Soy perfectamente capaz de ser discreto…

—¿Qué ocurre aquí? —Castle frunce el ceño—. Esa no es la energía que esperaba percibir de ustedes…

—¿Señor? —Ian se encuentra junto a la puerta corredera, el único punto de acceso a la casa desde el patio, y hace señas frenéticamente hacia Castle para que se acerque—. ¿Puede venir, por favor? ¿Ahora?

Castle arruga la nariz y luego pasa la vista de Sam a mí.

—Más tarde habrá tiempo suficiente para debatir asuntos desagradables, ¿queda claro? Hoy es un día de celebración. Para todos nosotros.

—Ah, no pasa nada —le dice Sam a Castle—. Todo va a ir como la seda. ¿Verdad, Warner?

—Puede —respondo sosteniéndole la mirada.

Sam y yo no nos decimos nada más, y Castle niega con la cabeza antes de marcharse y dejarnos a solas para disfrutar de un incómodo momento de silencio.

De pronto, Sam respira hondo.

—En fin —exclama bien alto, mirando a nuestro alrededor en busca de una vía de escape—. Un día lleno de emociones. Os deseo lo mejor y tal.

Aprieto la mandíbula. Me ahorro responder a la falsa actuación de

civismo gracias a un brusco e intenso ladrido, acompañado por la tímida regañina de una joven.

Sam y yo nos giramos a la vez hacia el ruido.

Un animal al que a duras penas reconozco está arañando con fuerza la puerta corredera, gritando —gritándome a mí, para ser específicos— desde varios metros de distancia. El pelaje, que antes estaba desaliñado y apelmazado, ahora luce un saludable color marrón, con unas inesperadas manchas blanquecinas. La hazaña queda eclipsada por el collar rojo vivo y la ridícula diadema a juego, un accesorio indigno coronado por un enorme lazo rojizo, situado encima de la cabeza del perro. La perpetradora del delito se encuentra junto al chucho: es una joven alta y pelirroja que intenta a la desesperada pedirle al cachorro que se tranquilice.

Kenji me dijo que se llamaba Yara.

Se esfuerza en vano. El animal no le hace ningún caso mientras sigue ladrando y golpea ansioso la puerta corredera, mi puerta corredera, que sin duda destrozará como no pare en breve.

—Déjalo salir —le digo a la joven.

La muchacha se sobresalta y enseguida intenta descorrer la puerta. Cuando por fin consigue deslizarla, el animal se lanza a cruzarla tirando de ella en mi dirección.

A mi lado, Sam emite un gruñido de asco apenas disimulado.

—No sabía que odiabas a los animales —digo sin mirarla.

—No, me encantan los animales. A los animales se les da mejor ser humanos que a muchas personas.

—Estoy de acuerdo.

—Menuda sorpresa.

—¿Por qué estás tan enojada? —Me giro, sorprendido.

Sam suspira y asiente con discreción hacia Yara, que la saluda con entusiasmo pese a verse arrastrada hacia nosotros.

La observo con una ceja arqueada.

—No me mires así —protesta Sam, irritada—. No tienes ni idea de lo que hemos tenido que aguantar Nouria y yo desde que llegaste. La situación empeoró cien veces después de que todo el mundo decidiera que eras una especie de héroe. Fue durísimo y sorprendente darnos cuenta de que tanta gente a la que respetábamos era de lo más superficial.

—Si te sirve de consuelo —digo aspirando una bocanada de aire al levantar una mano en dirección a Yara—, a mí tampoco me hace ninguna gracia.

—Y una mierda —repone ella de forma automática, pero detecto un destello de incertidumbre.

Bajo la voz cuando Yara se nos aproxima.

—¿A ti te gustaría ser reducida tan solo a un cuerpo físico y verte obligada a absorber el peso de las emociones indecentes de desconocidos que te miran y te desnudan con los ojos?

Sam se queda rígida a mi lado. Se gira para mirarme, con sentimientos desparramados y confusos. Noto cómo me examina de nuevo.

—¡Hola! —nos saluda Yara al detenerse delante de nosotros.

Es indiscutible que la joven es muy amable. Lo advierto aun cuando debo contener una oleada de repulsa. Yara ha tenido un acto

de cortesía con el animal —y, por ende, conmigo—, que no debería haber llevado a cabo por un desconocido de modo tan acelerado. Aun así, sus emociones son tan generosas como desconcertantes, y algunas de ellas suenan lo bastante alto como para provocarme cierta incomodidad física.

El perro es lo bastante listo como para detenerse a mis pies.

Levanta una pata, receloso, como si quisiera tocarme y lo fulmino con la mirada. Al final, baja la pata. En el silencio instalado entre nosotros, el perro se me queda mirando con unos enormes ojos marrones, meneando la cola sin parar.

—Ha sido amable por tu parte lavarlo —le digo a Yara sin dejar de observar al perro—. Ahora tiene mucho mejor aspecto.

—Ah, ha sido un placer —repone, y vacila antes de añadir—: Está… Hoy está muy guapo.

Esbozo una tensa sonrisa.

No quiero sentir lo que está sintiendo ella en estos instantes. No quiero estar al corriente de lo que siente jamás, pero sobre todo no el día de mi boda.

Me agacho para mirar al perro a los ojos y le pongo una mano cerca de la cabeza, en la que él se recuesta con ansia. Me olisquea y me acaricia la palma, y me aparto antes de que decida lamerme. Opto por echar un vistazo a su collar. Lleva una solitaria moneda de metal colgando de un cordel rojizo; la agarro entre dos dedos para examinarla.

Pone: PERRO.

—Así fue como dijo que quería llamarlo, ¿no? —Yara sigue

sonriendo—. Perro.

Levanto la vista y miro a la joven a los ojos a pesar de no querer hacerlo, y le tiembla la sonrisa.

Sam reprime una carcajada.

—Sí —digo lentamente—. Supongo que dije algo parecido.

—Bueno, pues ahora es todo suyo. —Yara sonríe de oreja a oreja —. Feliz boda y tal.

—¿Cómo dices? —Me incorporo de golpe.

—Ah, y parece que lo han castrado, así que creo que tuvo una familia. Ha tomado usted una buena decisión. No estoy segura de qué raza es, creo que es una mezcla de varias, pero no es salvaje del todo, y creo que será un buen…

—Me temo que has malinterpretado la situación. No quiero tener perro. Solo quería que lavaras al animal y que a lo mejor le dieras de comer…

Sam se ríe a carcajadas, y me giro para enfrentarme a ella.

—¿Te hace gracia? ¿Qué se supone que voy a hacer con un perro?

—Pues no sé… —Me lanza una mirada de incredulidad—. ¿Darle cariño y un hogar?

—No digas tonterías.

—Lo… lo siento mucho —tercia Yara, con los ojos como platos por el pánico—. Creía que el perro era suyo… No sabía que era… Es que no obedece a nadie más, y parece haberse encariñado con usted…

—No te preocupes, Yara —replica Sam con cordialidad—. Lo has hecho genial. Es que Warner no esperaba que fueras tan generosa, y ahora mismo está… abrumado por la gratitud. ¿Verdad que sí,

Warner? —Se gira hacia mí—. Yara ha sido muy amable al traer a… Perro hasta aquí, limpio y preparado para el día de tu boda. ¿A que sí?

—Muy amable —digo con la mandíbula tensa.

—¿En serio? —Yara me contempla, nerviosa.

—En serio. —La miro a los ojos brevemente.

Se pone colorada.

—Yara, ¿por qué no te quedas con Perro hasta que termine la ceremonia? —Sam contiene una sonrisa—. Podrías ir a darle algo de comer.

—Ah, claro que sí. —Yara me lanza una última mirada furtiva antes de tirar con suavidad de la correa del animal. El perro gimotea y ladra mientras ella lo arrastra, paso a paso, de vuelta a la casa.

—Es intolerable. —Dirijo los ojos hacia el cielo.

—¿Por qué? —Noto cómo Sam está sonriendo—. Me apuesto lo que quieras a que a Juliette le encantaría tener un perro.

—¿Sabías que un día vi a un perro vomitar y luego proceder a comerse su propio vómito?

—Vale, pero…

—Y luego vomitó. Otra vez.

—Ese era otro perro. —Sam se cruza de brazos.

—Y otro cagó delante de mí mientras patrullaba por unas instalaciones.

—Eso es algo totalmente norm…

—Y luego se zampó sus propias heces.

—Muy bien, vale. Sigue siendo mejor que las atrocidades que he

visto hacer a algunos seres humanos.

Me ahorro responder gracias a una repentina conmoción general. La gente empieza a corretear y nos empuja para desparramar flores por el pasillo de hierba. Sonya y Sara, enfundadas en un vestido verde idéntico, se sitúan junto al arco nupcial. Los maletines negros han desaparecido. Sostienen sendos violines y arcos, y esa imagen me vuelve a dejar paralizado. Experimento un dolor conocido en el pecho, similar al miedo.

Está empezando.

—Pero tienes razón —murmuro a Sam preguntándome, por enésima vez, lo que Ella estará haciendo dentro de la casa—. Le encantaría tener un perro.

—Un momento… Perdona, ¿acabas de decirme que yo tengo razón?

Suelto una exhalación que casi asemeja una carcajada.

—¿Sabes? —repone Sam, pensativa—. Creo que esta debe de ser la conversación más agradable que hemos mantenido nunca.

—En ese caso, pones el listón muy bajo.

—Cuando se trata de ti, Warner, tengo que poner el listón muy bajo.

Consigo esbozar una sonrisa, pero sigo distraído. Castle se está dirigiendo hacia el arco, con una libretita de tapas de piel en las manos y con una rama de lavanda en la solapa de la chaqueta. Me asiente al caminar, y me quedo mirándolo, con la sensación de que de pronto ya no puedo respirar.

—La he visto, por cierto —murmura Sam. Me giro para mirarla—. A

Juliette. —Sonríe—. Está guapísima.

Intento formular una respuesta, pero entonces noto cómo se acerca una presencia conocida. Me pone las manos en el brazo y, por primera vez, no me encoge.

—Bueno, a ver —exclama Kenji, materializándose a mi lado con un traje muy bonito que me sorprende—. ¿Preparado? No hay comitiva nupcial, así que no habrá ninguna procesión. Por lo tanto, J. va a dirigirse hacia el altar en breve. Nazeera nos da diez minutos…

Kenji deja la frase inconclusa, distraído por Nazeera. Se encamina hacia el arco nupcial, alta y serena con un vestido de gasa rosado. Sonríe a Castle, que la saluda con otra sonrisa. La joven se sitúa a un lado del arco y se recoloca las faldas al situarse en su sitio.

En este preciso instante, me queda superclaro dónde se supone que se pondrá Ella pronto. Y dónde se supone que me pondré yo.

—Pero no he terminado con los manteles —digo—, ni con las sillas de dentro…

—Sí, ya lo he visto. —Kenji respira hondo y aparta la vista de Nazeera para mirarme a los ojos—. No pasa nada, tranquilo. Nos hemos encargado nosotros. Has estado ocupadísimo aquí de pie durante media hora, observando la nada. No queríamos interrumpir.

—Bueno, creo que debería marcharme —dice Sam, y me dedica una sonrisa auténtica—. Nouria me está guardando sitio. Buena suerte.

Le asiento cuando se va, sorprendido al descubrir que, a pesar del largo camino que nos espera, puede que al final entre nosotros pueda haber una especie de tregua.

—Veamos. —Kenji junta las manos—. En primer lugar: ¿tienes que ir al servicio o algo antes de empezar? Sinceramente, creo que deberías aunque no lo necesites, porque sería rarísimo que de pronto tuvieras que…

—Calla.

—¡Ay, claro! —exclama dándose una palmada en la frente—. Qué tonto. He olvidado que tú nunca vas al servicio, ¿verdad?

—No.

—No, ya sé que no. Porque eso es algo humano, y los dos sabemos que eres secretamente un robot.

Suspiro y contengo las ganas de pasarme las manos por el pelo.

—Ahora en serio. ¿Hay algo que debas hacer antes de acercarte al altar? Llevas el anillo, ¿no?

—No. —El corazón me golpea furioso el pecho—. Y sí.

—Muy bien, pues. —Kenji asiente hacia el arco nupcial—. Vete allí y ponte debajo de las flores esas. Castle te enseñará dónde ponerte…

—¿Tú no vienes conmigo? —Me giro para mirarlo.

Kenji se queda perplejo al oír mi pregunta, con la boca un poco abierta y todo. Me doy cuenta un segundo demasiado tarde de lo que acabo de proponerle… Pero soy incapaz de retirar la pregunta, y no sé por qué.

Ahora mismo, no parece importante.

Ahora mismo, no siento las piernas.

Debo reconocer que Kenji no se ríe en mi cara. Su expresión se relaja un poco y me analiza con los ojos oscuros de esa forma que

tanto detesto.

—Sí —dice al final—. Pues claro que voy contigo.

CATORCE

La luz del sol me ciega. El resplandor se altera y titila entre una red formada por ramas sin hojas al tiempo que una suave brisa sopla por el patio, haciendo ondear las faldas y los pétalos de las flores. El olor de la gardenia que llevo en la solapa se eleva en el aire y me inunda la cabeza con un perfume embriagador mientras el cuello duro de la camisa me irrita la piel, con la corbata demasiado apretada. Me sujeto las manos para no recolocármela y rozo la lana del traje con las palmas; es una tela suave y ligera, pero me resulta abrasiva y me sofoca; los zapatos rígidos que llevo se hunden lentamente en la hierba muerta, y observo al mar de personas que han venido a presenciar el que quizá sea el momento en el que me muestro más vulnerable ante nadie.

Me cuesta respirar.

Me cuesta reconocer los rostros, pero los noto. Noto las cápsulas de emoción individual que conforman a los asistentes, así como el frenesí colectivo de sus pensamientos y sentimientos, que me abruman con una oleada espectacular que me embota una cabeza ya de por sí bastante caótica. Empiezo a entrar en pánico, con el corazón latiendo a toda prisa, al intentar asimilar el ruido y desconectarme del nerviosismo y el entusiasmo de los demás. Me cuesta hasta pensar y desenterrar mi propia conciencia. Procuro, desesperado, encontrar un punto que me ancle a la locura.

Es casi imposible.

Sonya y Sara alzan los violines e intercambian una mirada antes de que una de las gemelas, Sonya, empiece a tocar las notas iniciales del canon de Pachelbel. Sara enseguida la acompaña, y la melodía evocadora y conmovedora se adueña del aire, me prende un fuego de emoción en el pecho que solo incrementa mi histeria y lleva a mis nervios a una cota dolorosa. Trago saliva con dificultad, con el pulso peligrosamente desbocado. Me hierven las manos por las emociones, siento escalofríos, y aprieto los puños.

—Oye —me susurra Kenji—, ¿estás bien?

Niego ligeramente con la cabeza.

—¿Qué te pasa?

Noto cómo me observa la cara.

—Ay, joder. ¿Te está dando un ataque de pánico?

—Todavía no —consigo contestar. Cierro los ojos e intento respirar —. Suena demasiado alta.

—¿La música?

—La gente.

—Vale. Vale. Joder. O sea, ¿puedes sentir todo lo que sienten los demás ahora? Vale. Joder. Claro que sí. Vale. A ver, ¿qué quieres que haga? ¿Quieres que te hable? ¿Qué te parece si te hablo? Concéntrate en mí y en el sonido de mi voz. Apaga el resto de los ruidos.

—No sé si funcionará —digo antes de respirar hondo—, pero lo intentaré.

—Genial. Vale. En primer lugar, abre los ojos. Juliette llegará

dentro de un par de minutos, y no vas a querer perdértelo. Lleva un vestido precioso. —Me lo susurra con voz lo bastante tensa que sé que intenta no mover los labios—. Se supone que no debería contarte nada porque, en fin, se supone que es una sorpresa, pero, bueno, vamos a lanzar por la ventana las sorpresas porque es una emergencia, y tengo la sensación de que cuando la veas tu cerebro se concentrará a tope como hace a veces… Ya sabes, como cuando ignoras a todos los que te rodean y tal. Y entonces te empiezas a sentir mejor porque…, mmm, eso —se ríe, nervioso—. ¿Sabes qué? Me acabo de dar cuenta ahora de que, cuando ella está cerca de ti, no te fijas en nadie más, así que…, nada, eso. Sí, te la voy a describir porque, como he dicho, está guapísima. Su vestido es precioso, precioso de verdad, y yo no tengo ni idea de vestidos, así que ya te puedes hacer una idea.

El sonido de su voz hace las veces de extraño salvavidas.

Cuanto más me habla, llenándome la cabeza de tonterías fácilmente digeribles, más se me ralentiza el corazón y más se desaprieta el puño de hierro que me estrujaba los pulmones.

Me obligo a abrir los ojos. La escena que se alza ante mí se enfoca y se desenfoca, y el corazón me sigue latiendo muy fuerte en las sienes. Miro a Kenji, que está observando hacia delante, con semblante tranquilo, como si todo fuese bien. Verlo me ayuda a calmarme, sin saber por qué, y consigo recomponerme lo justo para contemplar el pasillo cubierto de pétalos de flores.

—A ver, el vestido de Juliette es superbrillante, pero también de aspecto… suave. Winston y Alia han elaborado un nuevo diseño en

tiempo récord —me explica Kenji—, pero han podido reaprovechar algunos de los vestidos que ayer encontrasteis en el centro de provisiones. Había un montón de telas esponjosas, no sé cómo se llama ese material…

—Tul.

—Sí, exacto. Tul. Pues eso. Alia se ha pasado toda la noche embelleciendo el vestido, cosiéndole cuentas brillantes por todas partes. Pero en plan bonito. Es precioso. Y lleva unas mangas pequeñas de tul que no son mangas en realidad, sino que caen sin más de los hombros… Oye, ¿te ayuda mi parloteo?

—Sí —contesto, y me lleno los pulmones de aire por primera vez en varios minutos.

—Estupendo, pues… mangas bonitas, y…, mmm, también tiene una larga falda esponjosa… Oye, que lo siento, pero no sé cómo seguir describiendo el vestido de Juliette, pero… Ah, oye, te voy a contar una cosa: ¿sabías que Sonya y Sara eran jóvenes virtuosas hace años, antes de la instauración del Restablecimiento?

—No.

—Pues sí, sí. Empezaron a tocar el violín nada más quitarse los pañales. Qué guay, ¿eh? Nazeera las ayudó a confiscar esos violines en unos viejos almacenes del Restablecimiento. Están tocando la canción de memoria. No sé cómo se llama, pero seguro que es muy elegante, compuesta por un señor muerto…

—Pues claro que sabes cómo se llama —digo con la vista al frente —. Todo el mundo lo sabe.

—Pues yo no.

—Es obra del compositor alemán Johann Pachelbel —le explico, y me cuesta no fruncir el ceño—. A menudo se llama sin más el «canon de Pachelbel en re mayor» porque se supone que hay que tocarlo en re mayor. ¿No sabes nada de música?

—No, no sé ni qué significa lo que acabas de decir.

—¿Cómo es posi…?

—Mira, cállate, a nadie le importa… La melodía está cambiando, ¿lo oyes? Ahora suena más aguda, y eso significa que Juliette saldrá en cualquier momento…

Los asistentes se ponen en pie casi al mismo tiempo y alargan el cuello. Durante unos segundos, no la veo.

Y luego, de pronto, está frente a mí.

El alivio me golpea como si fuera una ráfaga y me deja tan repentinamente tembloroso que no sé si voy a superarlo.

Ella lleva un vestido vaporoso y centellea bajo la tenue luz del sol. El diseño cuenta con un corsé brillante que se ciñe a la suave falda. Tiene los brazos desnudos, y unas cortas mangas de tul le acarician la piel.

Está resplandeciente.

Nunca la he visto con maquillaje, y no sé qué le han hecho en la cara; solo sé que ahora está tan guapa que parece irreal. Lleva el pelo recogido en un elegante moño sobre la cabeza, y un largo velo le cubre los hombros y ondea con cada paso que da.

No parece pertenecer a este mundo, a este patio desastrado, a este barrio ruinoso ni a este mundo derrumbado. Está por encima de todo. Por encima de todos. Es una chispa de luz separada del

mismísimo sol.

Un peligroso calor me nace tras los ojos y me obligo a reprimirlo, a tranquilizarme, pero, cuando me ve, me sonríe… y estoy a punto de perder la batalla.

—Ya te he dicho que era un vestido precioso —susurra Kenji.

—Kenji.

—Dime.

—Gracias —digo sin dejar de observar a Ella—. Por todo.

—No hay de qué —responde con la voz más apagada que antes—. Es el principio de un nuevo capítulo para todos nosotros. Para todo el mundo. Lo sabes, ¿verdad? Nada va a volver a ser igual.

Ella se dirige hacia mí, ya casi podría tocarla si alargase un brazo. Noto cómo el corazón me martillea el pecho y la felicidad amenaza con destruirme. Estoy sonriendo, sonriendo como un hombre normal y corriente, y contemplo a la mujer más extraordinaria a la que he conocido nunca.

—Ya lo sé —susurro—, créeme.

¿TE GUSTÓ ESTE LIBRO?

Escríbenos a

puck@uranoworld.com

y cuéntanos tu opinión.

ESPAÑA /MundoPuck /Puck_Ed /Puck.Ed

LATINOAMÉRICA /PuckLatam

/PuckEditorial

¡Gracias por vivir otra
#EXPERIENCIAPUCK!

PUCK